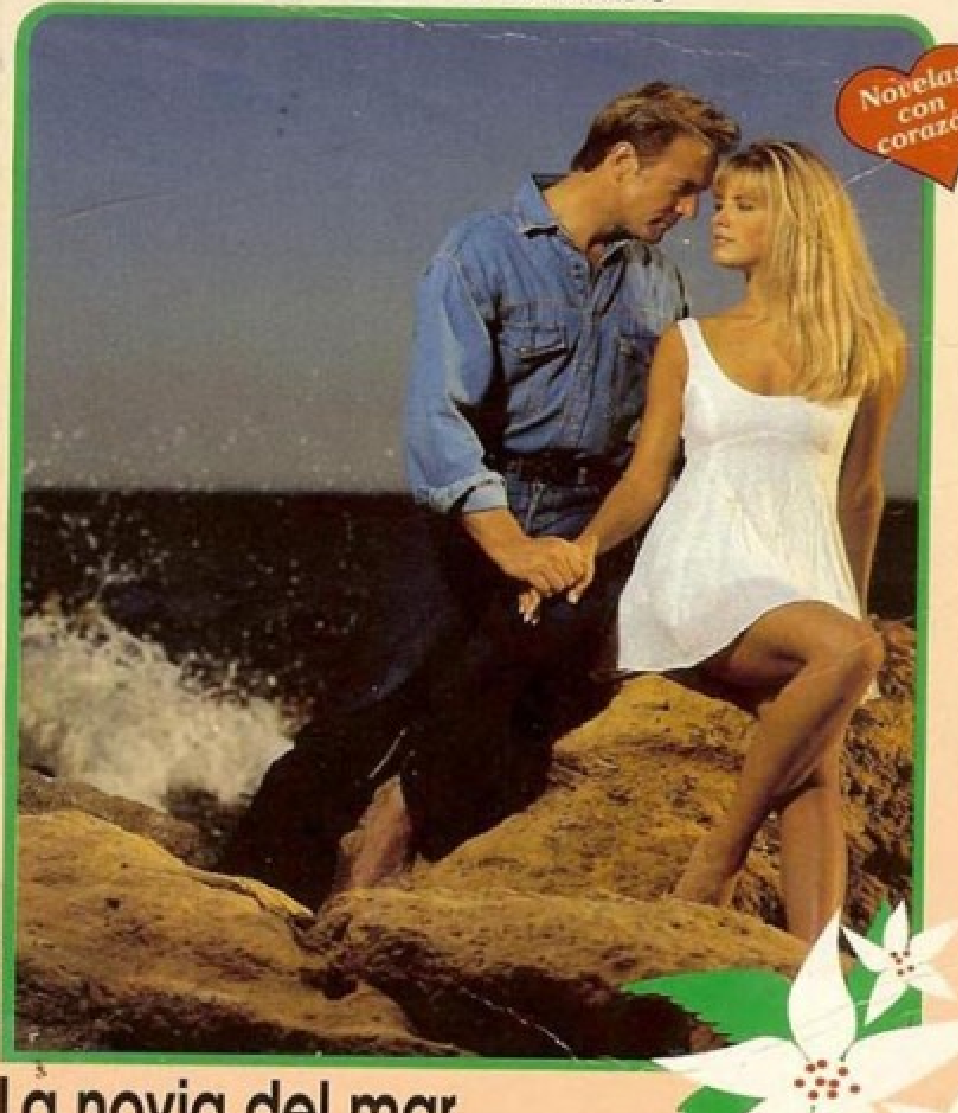
HARLEQUIN

JAZMIN®

LOS MAS BELLOS ROMANCES DEL MUNDO



330 Ptas.

La novia del mar

Alex Ryder

La novia del mar

Alex Ryder

La Novia del Mar (1996)
Título Original: Shores of love
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 1174
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Fraser of Suilvach y Avalon

Argumento:

Avalon no podía creer que tuviera tan buena suerte. Cuando estaba segura de que iba a morir a merced de las olas, fue arrojada a la costa de una remota isla escocesa.

Una vez allí, sólo deseaba volver a casa. Lo que, desde luego, la joven no había tenido en cuenta era la famosa leyenda de la isla, que afirmaba que la novia del jefe del clan debía llegar del mar. Los habitantes del lugar habían decidido que ella era esa persona; y el alto, rico y atractivo Fraser of Suilvach estaba de acuerdo con sus planes. Parecía haber tomado una decisión; Avalon se convertiría en su esposa, tanto si quería como si no.

Capítulo 1

Avalon murmuró una maldición, apretó los puños y se mordió el labio, enfadada. Había ocurrido de nuevo, aunque no lo creyera posible. Había pensado que el destino le concedería un respiro en lugar de arrojarla al lodo; que, por una vez, dejaría que siguiera viviendo en paz. No comprendía qué tenía contra ella. Era amable con los animales y siempre cedía el asiento del autobús a los ancianos y a las personas que llevaban niños en brazos. Sin embargo, resultaba evidente que la había tomado con ella. Y esta vez no se trataba de un simple y pequeño problema al que supiera enfrentarse. Esta vez era algo serio, tan serio como para que la cubriera un sudor frío. Alguien le había puesto una pistola en las costillas, la había encerrado en su camarote y había cerrado la puerta, con la promesa de regresar más tarde.

Se estremeció asustada y respiró profundamente. De una cosa estaba segura: el pánico no le serviría de nada. Si quería salir bien de todo aquello tendría que actuar con sangre fría.

El camarote era pequeño, y estaba demasiado lleno de cosas como para caminar de un lado a otro, de modo que se sentó. Sus ojos verdes brillaban con enfado. Aquel trabajo le había dado mala espina desde el principio, y sabía que había cometido un error al no confiar en su instinto. Había algo extraño en el señor Smith y en su socio, por no mencionar a sus supuestas esposas, pero en aquel momento estaba tan desesperada que hizo caso omiso de las sospechas ante la posibilidad de poder regresar a Inglaterra. En cualquier caso, sus opciones eran bastante limitadas. No en vano, se encontraba en un país extranjero, sin dinero, sin pasaporte y sin un mal sitio donde poder dormir.

Avalon les había advertido que no era una cocinera extraordinaria, pero el señor Smith aseguró que se contentarían con comidas normales y corrientes, siempre y cuando supiera preparar huevos revueltos, freír salchichas y preparar algún asado de manera ocasional.

Con profunda amargura, tuvo que reconocer que la habían engañado. No querían una cocinera. La habían contratado para usarla como coartada en caso de que su plan no funcionara; y ahora que había descubierto lo que pretendían hacer, querían asegurarse

de que no podría avisar a la policía. Pensó que, probablemente, la arrojarían por la borda en cuanto se hubieran alejado lo suficiente de la costa.

Desde su punto de vista, las cosas no podían haber resultado más sencillas. Había desempeñado su trabajo. Nadie sabía que se encontraba en aquella embarcación, y si desaparecía de la faz de la tierra, nadie podría asociar el incidente con sus captores. De todas formas, dudaba que alguien investigara su desaparición. Nadie la echaría de menos.

No tenía elección, O permanecía allí gimiendo, esperando con terror el regreso del señor Smith, o intentaba escapar. Decidida, se puso en pie, se apoyó en el camastro y miró por el ojo de buey. Casi había oscurecido, pero podía observar la silueta de la costa a unos cuatrocientos metros de distancia. No sabía dónde se encontraban sus secuestradores. Habían salido de Portugal cinco días atrás, de manera que supuso que debían encontrarse en Inglaterra.

El ojo de buey no era demasiado grande, pero tampoco lo era ella. Tendría que contorsionarse un poco para pasar por él, pero podía hacerlo. El camarote se encontraba en la popa; podría huir sin que nadie lo notara, a menos que hubiera alguien de guardia en el puente. El mar estaba en calma y era una buena nadadora.

Pero no venía ningún signo de vida en tierra, ni siquiera una luz encendida en alguna casa. Debía ponerse en contacto con las autoridades, pero no podría hacerlo si se trataba de una isla desierta. En tal caso, moriría de hambre o sería víctima de las inclemencias del tiempo.

De repente parpadeó, se frotó los ojos y miró hacia la costa. Una luz acababa de encenderse, una luz blanca y pálida que vacilaba, como si procediera de un cirio. Por desgracia se apagó enseguida, pero al menos ahora tenía esperanzas. No era una isla desierta.

Decidió que debía actuar con rapidez, antes de que fuera demasiado tarde. Abrió el ojo de buey y sacó los brazos y la cabeza por la abertura. En cuanto logró pasar los hombros, giró sobre sí misma, se agarró a la cubierta e intentó sacar el resto del cuerpo. Durante unos segundos, tuvo la impresión de que iba a quedarse atascada a la altura de la cadera. Su piel sufrió los efectos de los bordes cortantes, pero después de varios intentos consiguió liberarse, como si de un corcho de botella se tratara.

Dos metros más abajo pudo ver las oscuras aguas y la franja de espuma que producía la embarcación al avanzar. Aún continuaba

aferrada a cubierta y con los pies apoyados en el ojo de buey. Era consciente de que su mayor problema, en aquel instante, eran los motores. Tenía que saltar con suficiente fuerza como para que no le alcanzaran las hélices. Se alzó unos centímetros, lo suficiente como para poder atisbar la cubierta y comprobar que nadie la había visto. Después, respiró profundamente y saltó hacia atrás impulsándose con las piernas.

La terrible frialdad de las aguas hizo que expulsara el aire de los pulmones. Desesperada, salió a la superficie tosiendo e intentando respirar. El agua estaba helada. Aquello no parecía Inglaterra, sino más bien Islandia.

Sus dientes empezaron a rechinar. En aquel instante una gran ola la elevó y pudo ver las luces del barco, que desaparecían en la noche.

No sintió alegría por haber conseguido escapar. Sabía que la temperatura del mar amenazaba su supervivencia, y empezó a nadar hacia la costa con desesperación. No sentía los dedos de manos y pies, y sabía que el proceso continuaría hasta que la ausencia de sensaciones se extendiera por todo su cuerpo. Entonces se dejaría llevar y moriría. Sería el fin.

Poco a poco fue acercándose a la costa hasta que pudo oír el sonido que hacían las olas al chocar contra las rocas. Sus fuerzas estaban cediendo y apenas podía nadar. Estaba a merced de los elementos. Cerró los ojos, rezó y se puso a sollozar.

La marea la empujó hacia la costa lentamente, hasta que una ola enorme lanzó su cuerpo contra una roca de granito. La espuma la rodeó. Sintió un fuerte dolor en la cabeza y acto seguido perdió la consciencia.

El sueño llegó más tarde. Tenía la sensación de estar flotando en una nube cálida y suave, y que una mujer decía en la distancia:

—Te dije que vendría, ¿no es cierto? Que llegaría por el mar, como las otras. La leyenda ha demostrado ser cierta.

—¿Dices que la encontró el viejo Gavin? —preguntó un hombre de voz profunda.

Por su tono de voz supo que estaba acostumbrado a dar órdenes y a exigir respeto.

—Sí. La encontró en las rocas, pasado el cabo.

—Pero, ¿de dónde ha salido?

—¿Tiene alguna importancia?

—Por supuesto que sí, mujer. No sé si la leyenda será cierta o

no. Pero necesitaré alguna prueba más contundente. Tiene los ojos entreabiertos… ¿Has intentado hablar con ella?

—Sufre una conmoción. No puede ver ni oír nada. Sólo necesita descansar. Por la mañana se encontrará perfectamente, al margen de un intenso dolor de cabeza.

El hombre no parecía estar muy convencido.

—¿Estás segura de que no tiene más heridas? ¿Ningún hueso roto?

—Ninguno. Pero míralo tú mismo.

Avalon se dijo que, afortunadamente, sólo era un sueño. El hombre apartó la manta y observó su cuerpo desnudo en la cama. Entonces vio su rostro, del que sólo pudo adivinar los ojos azules, intensos, y el cabello negro y rizado. Comenzó a explorarla. En aquel instante, supo que debía haberse quejado, que debía haber impedido que aquellos dedos dulces como la miel la tocaran. Pero ni siquiera pudo soltar un murmullo. Además, su contacto resultaba muy agradable.

Al final el hombre se incorporó, sin dejar de mirarla.

—Es joven —comentó—. No creo que tenga más de dieciocho o diecinueve años.

—Joven y muy bonita, Fraser. Fíjate en su cabello rubio ceniza, y en sus preciosos ojos verdes. Es como una ninfa marina. Creo que será una novia preciosa.

—Sí —gruñó—. Pero tengo que saber más cosas sobre ella.

—Es perfecta, te lo aseguro. De lo contrario no la habrían enviado.

—Tal vez tengas razón y tal vez no. Tendremos que esperar hasta que se despierte. Entonces, sabremos la verdad.

Avalon intentó sonreír al hombre y decirle que era de Londres, pero estaba demasiado cansada. Lentamente fue hundiéndose en la oscuridad, hasta que los rostros y las voces desaparecieron.

Cuando despertó, parpadeó ante la intensa luz del sol que entraba por la ventana. Durante unos segundos permaneció tumbada, observando la extraña habitación y preguntándose dónde se encontraba. Entonces recordó su aventura en el mar. Recordó el ojo de buey, las aguas heladas y el sonido de las olas chocando contra las rocas. Ni siquiera sabía de dónde había sacado el coraje suficiente como para hacer algo así. Pero el destino, había querido que se salvara y que la llevaran a aquel lugar.

Intentó sentarse, pero la cabeza le dolía terriblemente. Se llevó

una mano a la cabeza y notó el chichón que tenía en la sien.

Abrió los ojos con lentitud y miró a su alrededor una vez más. La decoración del dormitorio era sencilla. Sólo había una cama, una silla y una cómoda. Las paredes desnudas y el techo eran de color blanco. Un enorme jarrón con flores silvestres, colocado en el alféizar, confería el único de color al lugar. El suelo era de madera, oscurecido por el paso de los años, y había una gran alfombra de lana junto al lecho. No pudo distinguir su ropa en ninguna parte, y no tenía intención de levantarse desnuda para buscarla.

En aquel instante oyó un sonido al otro lado de la puerta.

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa?

Un segundo después la puerta se abrió y una mujer se asomó por la abertura.

—Vaya, vaya. Por fin has despertado —dijo, mientras entraba—. Y tienes buen aspecto.

Se trataba de una mujer corpulenta, de edad avanzada, pelo canoso y ojos marrones muy expresivos. Su amplio cuerpo estaba cubierto por un jersey y una falda escocesa bajo la que llevaba unas medias anchas. Tenía un aspecto muy maternal.

Avalon sonrió con incertidumbre, desde la cama.

—Hola. ¿Cómo he llegado hasta aquí?

—Espera a que prepare un té. Te sentirás mucho mejor después.

La mujer se marchó y Avalon observó la puerta, pensativa. Aquella voz le resultaba vagamente familiar. Entonces recordó el sueño, o lo que ella creía que había sido un sueño. También había un hombre alto, pero no recordaba más detalles.

Sin embargo, recordaba perfectamente la amenaza del señor Smith. Ya habrían descubierto que se había escapado, pero no podía saber si la darían por muerta en el océano o si empezarían a buscarla. Tal vez no quisieran correr el riesgo de permitir que escapara con vida. Tal vez en aquellos mismos instantes estuvieran intentando descubrir si había conseguido alcanzar la costa.

En primer lugar, debía notificar lo sucedido a las autoridades, y dejar que fuera la policía quien se las viera con el señor Smith y con sus amigos. Impaciente, se levantó de la cama y miró por la ventana. La casa estaba en un alto, pero no se veía nada salvo kilómetros y kilómetros de campo desolado que se fundía con el horizonte. Era la tierra más extraña que había visto nunca. Se preguntó por el lugar donde se encontraba. El acento de la mujer que había entrado era del norte, pero no parecía irlandesa, sino más

bien escocesa. Posiblemente, estaba en la costa este de Escocia.

Pensativa, volvió a tumbarse en la cama. Había ido a parar a algún sitio en mitad de los páramos escoceses y no tenía ni un penique en el bolsillo ni un triste par de zapatos. Pero al menos estaba viva.

La mujer regresó al cabo de unos minutos, con una taza de té caliente y azucarado.

—Ahora quédate en la cama y tómatelo. Te he traído un viejo vestido y un par de zapatillas. Te lo puedes poner mientras se seca tu ropa. Cuando hayas terminado con el té, podrás tomar un baño caliente. Tienes que tener buen aspecto para cuando llegue el jefe.

—¿El jefe? —preguntó Avalon, sorprendida—. ¿Jefe de qué?

—El jefe del clan, por supuesto. El joven Fraser of Suilvach, caballero de los ciervos y de las águilas, por utilizar su verdadero título. Por cierto, he observado que has perdido tus zapatos. Llamaré a la tienda del puerto y pediré que envíen un par. ¿Cuál es tu número?

—El treinta y seis. Muchas gracias por todo, señora…

La mujer rió.

—Me llamo Kirsty, y soy señorita, no señora. ¿Es que no reconoces a una vieja criada cuando la ves?

—Bueno, has sido muy amable conmigo, Kirsty. Yo me llamo Avalon.

—Sí, lo sé.

—¿Lo sabes? —preguntó, sorprendida por enésima vez.

—Por supuesto. Me dijeron cómo te llamabas. Y te describieron perfectamente.

Avalon sintió miedo.

—¿Te lo dijeron? ¿Quiénes? ¿Ha preguntado alguien por mí? ¿Tal vez un hombre extraño llamado Smith?

Kirsty frunció el ceño e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No hay nadie con ese nombre por los alrededores. Y desde luego, nadie extraño —sonrió con benevolencia—. No te inquietes haciéndote preguntas. Estás a salvo aquí. No debes preocuparte por nada.

Avalon no era de la misma opinión.

—¿Hay alguna comisaría de policía por aquí? —preguntó esperanzada.

La sonrisa de Kirsty perdió su calidez durante un segundo, pero no tardó en recuperarla.

—La más cercana se encuentra en Oban, a cuatro horas de navegación en barco. Aquí no necesitamos a la policía. Siempre nos las hemos arreglado sin ellos. Lo que suceda es asunto nuestro y de nadie más.

Avalon se desanimó. Estaba más lejos de la civilización de lo que pensaba.

—Has mencionado un puerto. ¿Está muy lejos?

—Ponte el vestido y te lo enseñaré.

Minutos más tarde se encontraban en la puerta de la casa. Desde el umbral podía contemplar todo el pequeño y bello pueblo pesquero. Situado en una bahía, los edificios eran de color blanco y parecían estar muy bien cuidados. Había unos cuantos barcos viejos en el puerto, amarrados, pero ningún yate.

Respiró aliviada. Al menos aún no estaba en peligro.

—¿Qué te parece? —preguntó Kirsty—. Es bonito, ¿verdad?

Avalon no estaba de humor para apreciar el paisaje, pero a pesar de todo contestó lo correcto.

—Es encantador. Muy pintoresco. ¿Cómo se llama?

—Port Suilvach.

Entonces señaló hacia una enorme e imponente mansión de granito que estaba escondida entre un bosque de pinos, y dijo:

—Esa es la casa del jefe. Desde ahora te alojarás ahí. En realidad, esperaba que llegaras antes —añadió—, pero más vale tarde que nunca.

Avalon la miró con extrañeza. Sospechó que algo raro estaba pasando, pero luego pensó que tal vez lo único extraño fuera Kirsty. Era encantadora, aunque algo excéntrica.

Entraron de nuevo en la casa, de modo que tuvo la oportunidad de echar un vistazo a su alrededor. Resultaba bastante agradable, pero tuvo la impresión de encontrarse en el túnel del tiempo. Un fuego ardía en una chimenea de piedra negra, que servía para dar calor y para cocinar. Había un enorme mueble victoriano lleno de fotografías con marcos de plata, que ocupaba uno de los lados de la habitación, y un centenario reloj de pared en la esquina.

—¿Te parecen bien unos huevos con bacon? —preguntó Kirsty.

Avalon asintió, a pesar de sentirse extraña con aquellas zapatillas demasiado grandes y aquel vestido. Estaba hambrienta, como si no hubiera comido en una semana.

—El apetito es buena señal. Bueno, el cuarto de baño está en esa puerta. Cuando hayas terminado de bañarte ya habré preparado tu

desayuno.

La bañera era de metal, casi una pieza de museo, y en cuanto se metió en el agua caliente se olvidó de todo. Por otra parte, debía sentido agradecida. La estaban tratando con una hospitalidad exquisita a pesar de ser una completa desconocida.

Más relajada, empezó a pensar en lo que debía hacer. Hasta consideró la posibilidad de olvidarse del asunto del señor Smith, convencida de que la ley lo detendría más tarde o temprano. No quería saber nada. Si volvía a involucrarse tendría que ir a juicio y contestar montones de preguntas. En cuanto regresara a Londres volvería a ser una persona más entre millones de personas, e iniciaría una nueva vida.

Media hora más tarde se sentaba a la mesa y apartaba el plato vacío. Se había puesto su ropa, lavada y planchada, y se sentía mucho mejor.

—Estaba delicioso, Kirsty. Nunca había tomado un desayuno igual.

Kirsty rió.

—Por la forma que has tenido de comértelo, te creo.

Entonces sacó un paquete con tabaco, lió un cigarrillo con manos expertas, y lo encendió.

—Supongo que la gente de Londres no se toma la molestia de preparar su propio pan —continuó—. Los huevos proceden de las gallinas que tengo en la parte trasera de la casa, y la mantequilla es fresca, hecha en el pueblo. Ah, y por si fuera poco, el agua de esta zona es magnífica, sin cloro, ni nada por el estilo. Creo que encontraras muy diferente el modo de vida de Port Suilvach.

Avalon estuvo a punto de decir que no tenía intención de quedarse demasiado tiempo, pero en aquel instante alguien llamó a la puerta. Sintió una punzada en el corazón. De inmediato se preguntó si se trataría de Smith o de alguien de su grupo que estuviera buscándola.

Kirsty la miró de forma extraña y sonrió.

—Entra, Jamie.

Un chico de ocho años entró en la habitación. Era pelirrojo y estaba lleno de pecas. En cuanto le vio le dio una caja de zapatos y empezó a decir algo en gaélico.

—Compórtate, Jamie —dijo Kirsty—. Avalon aún no sabe hablar gaélico. Tendrás que hablar con ella en inglés.

El chico se ruborizó y sonrió antes de hablar.

—Pruébeselos. Si no le están bien los devolveré y los cambiaré. ¿Necesita alguna otra cosa?

Eran unas zapatillas de muy buena calidad. Avalon se las probó y sonrió al niño.

—Me, están perfectamente, Jamie. Muchas gracias. No necesito nada más por el momento.

En cuanto desapareció, se sirvió dos tazas más de la enorme tetera.

—Cuando termine te ayudaré a limpiar —se ofreció—. Después iré al pueblo. ¿Crees que podría encontrar algún trabajo durante unos cuantos días?

Kirsty la miró con absoluta sorpresa.

—¿Trabajo? ¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió Avalon—. Porque no tengo dinero, por eso. Tengo que ganar algo para compensarte por todo lo que has hecho por mí y para regresar a casa. Aunque podría volver haciendo autoestop.

—Oh, pobrecita —dijo la mujer—. No me había dado cuenta. Aún no sabes por qué te han traído. ¿Cómo podrías saberlo? Seguramente no has comprendido ni la mitad de las cosas que he dicho.

—Bueno, yo… Lo siento, Kirsty, pero a riesgo de parecer grosera la verdad es que sigo sin saber de qué estás hablando. Nadie me ha traído. Fue un… accidente.

—Puede que te parezca un accidente, pero lo planearon ellos —insistió—. Me lo dijeron. ¿Cómo si no iba a saber tu nombre, o que procedías de Londres?

Notó que Kirsty empezaba a inquietarse, de modo que intentó hablar con calma y razonablemente.

—Cualquiera sabría que mi acento es de Londres. En cuanto a mi nombre, es posible que lo dijera mientras estaba dormida. Yo diría que es una explicación bastante verosímil.

Kirsty negó enfáticamente con la cabeza.

—Debes creerme, Avalon. Los guardianes te trajeron. Tu destino está aquí.

Avalon pensó que definitivamente había algo extraño en Kirsty. Todo aquello de los guardianes y del destino sólo le parecían invenciones. Tal vez tuviera alguna enfermedad mental, producida por haber vivido sola demasiado tiempo.

Kirsty suspiró.

—Oh, querida. Supongo que será mejor que sepas cuanto antes la verdad.

Avalon sonrió con cautela. Si padecía alguna dolencia mental seria mejor no llevarle la contraria.

—Sabía que ibas a venir desde hace dos meses. Los guardianes me dijeron que te esperaban. Me aseguraron que la vieja tradición te traería.

—¿Y qué tradición es ésa? —preguntó con fingido interés.

—Una que dice que la novia del jefe del clan siempre viene por mar —contestó, mientras fumaba su cigarrillo—. Y no puedes negar que has venido del mar, ¿no es cierto?

Avalon tuvo que hacer un esfuerzo para no reír.

—Tienes razón. Pero, ¿me estás diciendo que me han traído para que me case con…?

—Con el joven Fraser of Suilvach —contestó con solemnidad—. En poco tiempo te convertirás en su esposa, y primera dama del clan.

—Bueno, eso estaría bien —declaró Avalon, siguiéndole el juego —. Estoy segura de que sería un gran honor, pero, ¿de verdad crees que tu jefe querría casarse con una perfecta desconocida?

Kirsty asintió.

—Se casará contigo encantado. Te han escogido los guardianes. Si rechazara su elección sería desastroso para el clan. Y no queremos que tal cosa suceda, ¿verdad?

—No, claro. Por cierto, ¿quiénes son esos guardianes de los que hablas? ¿Algún tipo de comité? Si están en el pueblo tal vez podría hablar con ellos. Así podríamos arreglar el asunto sin que exista ningún tipo de problemas.

Avalon pensó que, cuando contara lo sucedido, se reirían de ella y pensarían que se lo había inventado.

Kirsty rió de buena gana.

—Los guardianes no viven en el pueblo. Viven en el Nevay.

—¿Y dónde está ese lugar? ¿Está muy lejos?

—En absoluto. Puedes verlo desde la ventana del dormitorio.

—Antes miré por esa ventana y no pude ver nada. Sólo un largo páramo sin fin.

—Exacto. Eso es el Nevay. La tierra encantada. El lugar donde viven los guardianes.

La tierra encantada. Avalon tuvo un terrible presentimiento. Respiró profundamente y preguntó:

—¿Quienes son los guardianes, Kirsty? ¿Qué aspecto tienen? ¿Puedes describírmelos?

—¡Por Dios, niña! —rió de nuevo—. Nadie los ha visto nunca. Les gusta estar solos. Son tímidos, y por si fuera poco, no confían del todo en los mortales. Piensan que somos ignorantes y vulgares. Yo soy la única persona con la que hablan. Cuando tienen algo que decirme, me envían un mensaje. A veces es una luz encendida en mitad de la noche. Entonces salgo y me dirijo al Nevay para escuchar sus voces.

Avalon se estremeció, asustada. Antes de poder evitarlo, abrió la boca y dijo:

—Yo también vi esa luz anoche. Una llama alta y grande. Por eso supe que había alguien aquí.

Kirsty asintió.

—Ese es el Fuego Fatuo. El hecho de que lo hayas visto, demuestra que eres la escogida.

Avalon la miró asombrada. Sus sospechas eran correctas. Aquella mujer mayor, de aspecto normal y encantador, estaba diciendo que los espíritus la habían llevado hasta allí para que se casara con el jefe del clan. Supuso que se trataría de algún rufián enorme y peludo. No podía creerlo.

Consiguió levantarse y sonrió.

—Siéntate y descansa un rato, Kirsty. Yo fregaré los platos.

—Muy bien. Después te daré un cepillo para que puedas hacer algo con tu pelo. No podemos permitir que el jefe te vea con ese aspecto.

Capítulo 2

Ninguna de las dos mujeres oyó el sonido del Land Rover que había aparcado en el exterior. Avalon acababa de peinarse, y estaba contemplando su cabello rubio platino cuando observó en el espejo que un hombre entraba en la casa. Se dio la vuelta lentamente y se ruborizó. Supo con absoluta certeza que la noche, anterior no había estado soñando. Era el hombre que la había observado en la cama, el hombre que había examinado su cuerpo desnudo.

Con más de un metro ochenta de altura y anchos hombros, su presencia parecía llenar la habitación. La noche anterior no había observado sus rasgos con claridad. Su nariz era recta; sus pómulos, pronunciados; y su boca resultaba muy sensual. Poseía una figura esbelta y fuerte. Llevaba una camisa con las mangas subidas y un pantalón de color caqui metido en unas botas militares. Sus ojos azules se clavaban en ella, observándola como si pudiera leer sus pensamientos, atravesando el fino material de su dignidad.

Al cabo de unos segundos, pudo escuchar su voz profunda.

—Soy Fraser of Suilvach. Tengo entendido que eres la mujer con la que supuestamente debo casarme.

Avalon había tenido la esperanza de que cuando llegara se limitara a llevarla al pueblo, a pedirle disculpas por el extraño comportamiento de Kirsty y a dejar que se marchara. Pero resultaba evidente que también estaba loco. Y no estaba dispuesta a permitir aquella situación.

Le había seguido el juego a Kirsty agradecida por su hospitalidad, pero no se comportaría del mismo modo con él. Pensó en hacerle caso omiso, pero cambió de opinión. Había algo peligroso y duro en aquel hombre. No era alguien al que conviniera pasar por alto.

—¿Ha comido ya nuestra pequeña bruja del mar? —preguntó él, impaciente por recibir una respuesta.

Kirsty asintió con alegría.

—Sí. Y tiene buen apetito.

—¿Tiene también un nombre?

—Se llama Avalon, tal y como dije. ¿No es cierto?

—Sí, Kirsty, tal y como dijiste. Desde luego, es muy atractiva. ¿Estás segura de que es la elegida?

Fraser la observó de los pies a la cabeza, como si estuviera intentando decidir si comprar o no un coche de segunda mano.

Kirsty estaba ocupada liándose otro cigarrillo. Lamió el papel para pegarlo y asintió.

—No hay duda. Acaba de confesarme que el Fuego Fatuo la trajo aquí.

Avalon gimió, desesperada. Espíritus y fuegos fatuos. Aquello parecía una escena salida de *La zona muerta*. Al parecer, todos estaban locos. Se preguntó con cierta ironía qué sucedería en aquel pueblo cuando hubiera luna llena. Tal vez se pintaran de azul y aullaran.

Fraser intentó tocar su rostro, pero ella se apartó.

—No te muevas, maldita sea. Quiero ver cómo está la herida que tienes en la sien.

Avalon estaba tan enfadada que no pudo evitar decir lo que pensaba.

—Las heridas que tenga no son de tu incumbencia. No me toques. No quiero que me traten como si fuera una diversión circense.

Un silencio tenso dominó la habitación hasta que intervino Kirsty para calmar los ánimos.

—La pobrecilla aún está algo confusa, Fraser. Necesita tiempo para comprenderlo.

—Cierto. Y también tendrá que aprender modales. Cuando hago una pregunta espero cierta cortesía en la respuesta. Tal vez deberías ir al Nevay para decir a tus amigos que no tengo intención de atarme a una mujer que no conozco, y que parece tan fría como el mar del que surgió.

La amenaza alarmó a Kirsty, que se apresuró a tranquilizarlo.

—Es encantadora, Fraser. Dale tiempo. Todo esto debe resultarle muy extraño.

El jefe del clan no pareció considerar aquella apelación desesperada a su paciencia.

—Tengo la impresión de que nuestra pequeña señorita de ojos verdes piensa que somos un par de locos —observó, sin dejar de mirar a Avalon—. Me gustaría saber cómo llegaste anoche a mis tierras.

Estuvo a punto de decirle que se lo preguntara a los espíritus, pero lo pensó mejor. Aquel hombre era capaz de lanzarse a su cuello.

—Estaba en un barco. Me caí y nadé hacia la costa.

—¿Te caíste? Eres bastante patosa. ¿Qué clase de barco era?

—Un yate.

—¿Cuántas personas iban a bordo?

—Cinco —suspiró—. Incluyéndome a mí.

—¿Y nadie vio cómo caías?

—No —contestó, evitando su mirada—. Estaba oscuro y no había nadie en cubierta.

—Bueno, supongo que ya habrán descubierto tu desaparición, y habrán avisado a las autoridades.

—Sí, supongo que sí.

Fraser la observó con detenimiento durante unos segundos, antes de caminar hacia la puerta y hacer un gesto para que lo siguiera.

—Muy bien, vámonos.

Sus fríos y duros modales aumentaron el enfado de Avalon, pero no se quejó, aunque le habría gustado mandarlo al infierno. La situación era demasiado peligrosa. Si se negaba a acompañarlo probablemente se limitaría a levantarla y a ponérsela al hombro como si de un fardo se tratara. No tenía más opción que aceptar su tiranía hasta que encontrara una forma de regresar a la civilización.

—¡Fraser! Espera.

Fraser se volvió.

—¿Qué quieres, Kirsty?

La anciana mujer parecía preocupada.

—Sé bueno con ella. Prométeme que la cuidarás, al menos hasta que llegue el día del Grand Ceilidh.

—Conoces de sobra los planes que tengo para ese día —suspiró él.

—Sí, pero los planes se pueden cambiar. Mis amigos no quieren a Pamela. Por eso enviaron a Avalon. Se amable con ella, por favor.

—De acuerdo. Lo haré por ti, Kirsty —comentó, observándola con cariño—. Me aseguraré de que no sufra ningún mal. Se quedará conmigo hasta entonces, y ya veremos lo que sucede.

Kirsty sonrió aliviada. Avalon consideró la posibilidad de intentar escapar. Deseaba regresar a la realidad.

El todoterreno avanzó por el bacheado camino que bordeaba la costa y se dirigió hacia el sur a toda velocidad. Avalon se agarró con fuerza al asiento, deseando que aquel loco condujera más despacio.

—¿Cómo se llama el barco en el que estabas? —preguntó, aparentemente decidido a continuar con el interrogatorio.

—*Caprice* —contestó.

—¿A dónde se dirigía?

Avalon lo miró irritada. Levantó la voz para hacerse oír por encima del ruido del motor.

—No lo sé. Y no puedo mantener una conversación mientras me trates de ese modo.

Fraser la miró, pero no hizo ningún comentario. En cuanto volvió a concentrarse en la carretera, Avalon le sacó la lengua. Cinco minutos más tarde frenó, apagó el motor y salió del vehículo.

Ella permaneció inmóvil, con los brazos cruzados, mirando por el parabrisas. Fraser dio la vuelta al coche y abrió su portezuela.

—Sal.

Para su sorpresa, la ayudó a salir del automóvil. Avalon miró a su alrededor con nerviosismo, preguntándose qué tendría pensado. A su derecha se extendían los extraños páramos, donde siempre soplaba el viento; y a su izquierda, un acantilado que daba al mar.

—¿Por qué te has detenido aquí? —preguntó Avalon con aprensión.

—Porque ahí fue donde te encontraron anoche —contestó, señalando un punto entre las rocas negras—. Estabas helada e inconsciente. Tuviste mucha suerte, jovencita. Por fortuna, el viejo Gabin pasó con su tractor. Si no hubiera mirado hacia el mar, no te habría visto, y en tal caso habrías muerto de frío.

Avalon miró hacia abajo.

—Tienes razón. Me gustaría darle las gracias cuando lo vea.

—Lo verás —le aseguró con ironía—. Pero mientras tanto, puedes contestar a unas cuantas preguntas.

—Lo siento, pero no quiero contestar más preguntas. No veo qué derecho tienes a someterme a…

—Tengo todo el derecho del mundo. Ahora no estás en Londres, sino en mis tierras —le recordó—. Técnicamente hablando acabas de invadir mis propiedades y puedo actuar en consecuencia. De modo que mientras estés aquí contestarás a cualquier pregunta que te haga. ¿Entendido?

Avalon vaciló. Era como un lobo dispuesto a atacar. Debía tranquilizarlo.

—Muy bien, muy bien. ¿Qué quieres saber? Algo parecido a una sonrisa iluminó el rostro de Fraser.

—Mucho mejor. Podríamos empezar por, tu nombre.
—Avalon Rivers.
—¿Cuántos años tienes?
—Diecinueve.
—¿Tienes padres? ¿Dónde viven?
Avalon estornudó. En aquel momento, supo que iba a pillarse un catarro.
—No tengo padres. No llegué a conocerlos. Crecí en un orfanato. Por lo que he podido averiguar, murieron en un accidente de coche cuando yo tenía un año de edad.
—Lo siento mucho.
—No es necesario que lo sientas. No tiene nada que ver contigo.
—¿Y qué hay de tus amigos? ¿Tienes amigos íntimos?
Se levantó un poco de viento. Un frente de nubes oscuras avanzaba desde el mar.
—Sólo conocidos.
—¿Y novios?
—No.
—Mmmm… ¿Cómo es posible que una atractiva joven como tú no tenga novio? —preguntó, mirándola con escepticismo—. Es difícil de creer.
—Yo tampoco lo entiendo. Tuve uno, pero nuestra relación terminó. Discutimos, lo insulté y me marché.
Fraser arqueó las cejas, divertido.
—Suena interesante. Cuéntame qué pasó.
Avalon lo miró y suspiró.
—¿Son necesarias tantas preguntas? Trabajábamos para la misma empresa. Tuve una idea para procesar mejor el papeleo y se lo conté. El muy canalla me quitó la idea y consiguió que lo ascendieran. Ni que decir tiene que dejé bien claro lo que pensaba de él antes de marcharme.
—Un poco estúpido por tu parte —comentó él, moviendo la cabeza en gesto negativo—. Debiste haberte quedado para esperar tu oportunidad.
Avalon estaba de acuerdo con Fraser, pero obviamente no lo aceptó. Además, no poseía su sangre fría.
—¿Te acostaste con él o aún eres virgen?
La pregunta bastó para que se ruborizase.
—Eso no es asunto tuyo.
—Por supuesto que lo es —gruñó—. Y será mejor que me des

una respuesta o te aseguro que la encontraré yo mismo aquí y ahora.

Avalon lo miró enfadada, pero todo su coraje desapareció cuando vio que empezaba a desabrocharse el cinturón. Se apartó y acertó a decir:

—No te atreverás…

Sin embargo, sabía que se equivocaba. Aquel cretino estaba dispuesto a hacer cualquier cosa. Era el amo y señor de aquellas tierras. Aunque gritara y alguien la oyese, nunca dirían nada.

—Sigo siendo virgen —contestó al fin—. Es la verdad, lo juro. Pero no te atrevas a tocarme.

Fraser la miró con los ojos entrecerrados y se abrochó el cinturón.

—Será mejor que sea cierto. Porque si decido hacerte mi esposa y descubro en la noche de bodas que no eres virgen, te arrepentirás.

—No tienes por qué preocuparte. No tengo ninguna intención de casarme contigo. De hecho, si fueras el único hombre del mundo me alejaría de ti todo lo posible. Eres el individuo más detestable, arrogante y…

—No creo que tengas elección —la interrumpió con frialdad—. Tu destino está en mis manos. Tendrás que quedarte hasta que decida si eres merecedora de convertirte en la primera dama de este clan.

Avalon puso los brazos en jarras, echó la cabeza hacia atrás y lo miró.

—¿Y qué puede evitar que me marche ahora mismo? Podría irme andando. Estoy segura de que encontraría una carretera importante y un modo de regresar al sur. ¿O es que esperas que tus espíritus vengan y me conviertan en rana o algo así?

Fraser sonrió.

—Nada tan drástico. Tendrías que caminar sesenta y cinco kilómetros. Y te aseguro que por esta carretera no pasan más de dos o tres coches a la semana. Sólo hay otro modo de escapar de aquí. Por barco. Pero todos los barcos son míos, y daré la orden de que no te permitan subir a ninguno.

—¡No puedes hacer tal cosa! ¡No puedes hacerme prisionera contra mi voluntad! —exclamó, ultrajada.

Fraser la miró con ojos burlones.

—Puedo hacer lo que quiera, querida mía —dijo con suavidad —. ¿Quién va a detenerme? ¿Tus amigos del *Caprice*? No te

preocupes, no creo que vayan a aparecer. De todas formas, ya hablaremos de eso más tarde. De momento estoy interesado sólo por ti.

—Mira, estoy helada. ¿Vamos a quedarnos aquí todo el día?

—Si es necesario, sí —contestó, mientras sacaba una manta del todoterreno—. Toma, póntela sobre los hombros.

Avalon se preguntó si serviría de algo apelar a sus sentimientos, en el caso de que los tuviera.

—Esto no tiene sentido, ¿no te parece? Si quieres una esposa, ¿por qué no te casas con una chica del lugar? Estoy segura de que muchas mujeres te encontrarán atractivo, aunque necesites un trasplante de personalidad. Pero tú y yo ni siquiera nos caemos bien. Y por favor, no me cuentes otra vez lo de los espíritus y los fuegos mágicos. No he nacido ayer.

Fraser la miró con fría intensidad. Hasta tal punto que se estremeció a pesar de la manta.

—Kirsty es la que cree en espíritus. Yo no. Yo creo en los hechos. Pero a pesar de todo el respeto, como todos los que vivimos aquí. De lo contrario, no le habría prometido que voy a cuidarte.

—Ya. Hasta que decidas si te casas conmigo —le recordó con ironía—. Mis sentimientos no importan nada, ¿verdad?

—La culpa de que te encuentres en esta situación es sólo tuya. Nadie te invitó. Tengo mejores cosas que hacer que ser la niñera de una quinceañera con mal carácter. Tu presencia va a causarme muchos problemas.

—Pues lo siento. Si hubiera sabido lo que iba a pasar, habría preferido ahogarme.

Fraser hizo caso omiso de su sarcasmo.

—Resulta evidente que le caes bien a Kirsty. No sé qué es lo que ve en ti, pero lo descubriré.

Avalon lo retó de nuevo, indignada.

—Estoy segura de que habrá muchas mujeres que estarían locas por convertirse en tu esposa. ¿Por qué yo, entonces? Al menos deberías contestarme a esa pregunta.

—Aún eres una desconocida. Y lo único que puede encontrar un extraño en este lugar es comida, un techo y hospitalidad. Cosas que ya has conseguido.

Ella lo miró, exasperada, e intentó cambiar de estrategia.

—No sé nada sobre ti, ni sobre esta parte del país, ni sobre sus gentes. No encajo y, desde luego, no merezco ser la primera dama

de nada. De pequeña pasé la vida cambiando de orfanatos. No tengo dinero, ni soy de clase alta. Estás perdiendo el tiempo conmigo.

—Sí, sospecho que tienes razón. Pero aquí soy yo el que decide, no tú. A partir de ahora tendrás que contestar mis preguntas, sin trucos ni mentiras. ¿De acuerdo?

—No tengo por costumbre mentir —espetó enfadada—. Y me niego a…

Su voz la interrumpió en seco, como una espada de frío acero.

—Al igual que tú, yo tampoco he nacido ayer. Ibas en un barco con sólo cinco pasajeros, así que descubrirían en seguida tu desaparición, ¿no te parece? Esta mañana me puse en contacto con los guardacostas para preguntarles si alguien había denunciado una pérdida. Pero no lo habían hecho. ¿Qué dices a eso?

—Puede que aún no hayan podido ponerse en contacto…

Fraser la agarró por el hombro y la obligó a mirarlo.

—No denunciaron tu desaparición porque no querían llamar la atención sobre ellos. Esa es la verdad, ¿no es cierto?

Avalon se humedeció los labios, nerviosa. Fraser la aterraba.

—Mira, yo…

—Ahorra palabras. Dos horas después de que te encontraran, un yate llamado *Caprice* atracó en un muelle desierto, a veinticinco kilómetros de aquí. La policía estaba esperándolos, y tus amigos están ahora bajo custodia.

Se sintió aliviada al conocer el final del señor Smith y su banda, pero su alivio duró poco. De repente, comprendió que Fraser la tomaba por uno de ellos.

—Creo que has sacado una conclusión equivocada.

—¿De verdad? —preguntó con escepticismo—. Tú misma dijiste que eras miembro de la tripulación. Si no te hubieras caído «accidentalmente», ahora estarías encerrada.

Al sentir la presión de su mano, vaciló.

—Suéltame el hombro, maldita sea. Estás haciéndome daño.

Fraser la soltó.

—¡De acuerdo! Te he mentido. Pero sólo era la cocinera del barco. No sabía lo que estaban haciendo, y no me caí por la borda. Salté —suspiró—. Es una larga historia, y probablemente no la creerías.

—Tal vez sí, pero no sigas mintiendo. ¿Comprendido? Si no formabas parte de la banda, ¿qué hacías en esa embarcación?

—Acabo de decírtelo. Sólo era la cocinera.

—Si tú lo dices… Deberías inventar algo mejor.

—¡Maldita sea! ¡Estoy diciendo la verdad!

—¿Cuánto tiempo trabajaste para ellos?

—Sólo unos cuantos días. Los conocí en Portugal. La habitación de mi hotel…

—¿Qué estabas haciendo en Portugal?

Resultaba evidente que no pensaba darse por satisfecho hasta que no conociera todos los detalles sobre el asunto, de modo que comenzó de nuevo.

—Cuando me separé de mi novio, dejé el trabajo y decidí tomarme unas vacaciones.

—Para curar tu corazón roto, supongo.

Avalon hizo caso omiso de su comentario y continuó explicándose.

—Saqué todos mis ahorros del banco, cerré mi casa y tomé el primer avión. Pasé las dos primeras semanas nadando y paseando por la playa, jurándome que ningún otro hombre volvería a utilizarme —declaró, mirándolo con amargura—. Pero me equivoqué, como siempre.

Fraser la observaba con expresión opaca.

—El día antes de regresar a Inglaterra, entraron a robar en mi habitación y robaron todo lo que tenía. Mi dinero, mi pasaporte, mi ropa…

Cuando entró en la habitación del hotel no pudo creer lo que veían sus ojos. Sólo había estado fuera diez minutos, y en aquel espacio de tiempo le habían robado todas sus pertenencias. Supuso que el ladrón habría entrado por el balcón, que estaba abierto.

Furiosa, corrió escaleras abajo hacia la recepción para denunciar lo sucedido. El director del establecimiento se mostró muy comprensivo, pero dejó bien claro que no podía presentar ninguna reclamación contra el hotel.

—Debería haber cerrado el balcón antes de salir —dijo—. Informaremos a las autoridades, pero temo que haya pocas esperanzas de que recobre lo perdido. Aunque estoy seguro de que dispondrá de un seguro para este tipo de contingencias.

Por desgracia, no estaba asegurada. Se alejó del mostrador de recepción, desesperada. Con el dinero que tenía en el bolsillo ni siquiera podría comer. Y no podía regresar a Inglaterra sin el billete de avión. Ni siquiera tenía amigos en Londres que pudieran enviarle dinero. Deprimida, salió del hotel y se quedó parada en la calle, sin

saber qué hacer.

—No han sido de gran ayuda, ¿verdad? —preguntó una voz—. Perdóneme, pero no he podido evitar escuchar su conversación.

Avalon se volvió y observó a un hombre de mediana edad que la había seguido. De manera instintiva, se puso en guardia. No parecía peligroso, pero tampoco se fiaba de él. Al menos, iba bien vestido. Tenía la apariencia de un típico aristócrata inglés de vacaciones, con chaqueta negra, pantalones de vestir, corbata con un pasador militar y una camisa blanca inmaculada. Un cuidado bigote y una sonrisa amigable iluminaban su cara.

—No, es cierto —comentó al fin—. Pero ha sido culpa mía.

—Es una lástima que le haya sucedido algo así en el extranjero —declaró, tendiéndole la mano—. Me llamo Roger Smith. Estoy aquí con mi esposa y con un par de amigos.

Avalon estrechó su mano y sonrió con educación.

—Encantada. Yo soy Avalon Rivers.

—¿Ha perdido todo lo que tenía? —preguntó el hombre, con tristeza.

—Sí, y no sé cómo voy a regresar a casa. La habitación del hotel está pagada hasta esta noche, pero mañana tendré que dormir en la playa e intentar encontrar un trabajo en alguna parte.

—Necesitaría un permiso de trabajo. Y en cuanto a dormir en la playa, no se lo recomendaría. Hay demasiados individuos extraños por ahí —dijo, pensativo—. Escuche, señorita Rivers… No sé si le parecerá bien, pero creo que puedo ayudarla. Aunque por supuesto, depende de usted.

La experiencia le decía que no debía confiar en ofrecimientos de extraños, sobre todo cuando no había pedido su ayuda. En general, nadie daba nada a cambio de nada.

Pero el hombre pareció leer sus pensamientos.

—En realidad, nos haría un favor a mi esposa y a mí. Tenemos que regresar en barco a Inglaterra, esta misma noche, pero nuestra cocinera ha decidido quedarse aquí. Al parecer, se ha enamorado de un portugués, y no quiere dejarlo. Así que el puesto es suyo si lo quiere.

Sonaba demasiado bueno para ser cierto.

—Es una oferta muy amable, señor Smith, y le estoy muy agradecida, pero temo que no sé mucho de cocina.

—Admiro su sinceridad, pero no debe preocuparse —rió Smith —. No esperamos maravillas a bordo del *Caprice*. Sólo una cocinera

normal y corriente. Y estoy seguro de que será perfectamente capaz de hacerlo.

Una voz interior le decía que tuviera cuidado. Todo aquello era demasiado fácil, demasiado casual. Sin embargo, pensó que tal vez estuviera pecando de desconfiada. La oferta del señor Smith parecía sincera. Si dejaba pasar aquella oportunidad tendría un verdadero problema para regresar a Inglaterra.

—El viaje no durará mucho tiempo —continuó él, intentando persuadirla—. Y obviamente, nos encargaremos de que reciba un justo pago por su trabajo.

Avalon sonrió al fin, convencida.

—Muy bien, señor Smith. ¿Cuándo quiere que empiece?

—Bueno, la llevaré ahora mismo al barco y se lo enseñaré.

Tomaron un taxi para ir al puerto. Después, avanzaron por el muelle hasta llegar a una embarcación de buen tamaño. No sabía nada de barcos, pero podía reconocer el lujo cuando lo veía. Bajo el puente, había una escalerilla que daba a los camarotes delanteros. El salón y el camarote principal se encontraban en la proa, y la cocina en la popa. Cuando bajaron, Smith abrió una puerta que se encontraba al extremo de la cocina.

—Este será su camarote. Es pequeño, pero creo que lo encontrará bastante cómodo.

—Es muy bonito —sonrió.

—Bueno… Mi esposa y mis amigos están de compras en este momento. Tengo que reunirme con ellos en el hotel, para comer. Pasaremos fuera la mayor parte del día. No creo que regresemos hasta esta noche —declaró, sacando un papel del bolsillo—. Aquí tiene una lista con las provisiones que necesitamos. Iba a recogerlo yo mismo, pero será su primer trabajo. Ahí tiene el nombre y la dirección del proveedor. Ya está todo pagado. Le daré dinero para que pueda llamar un taxi y podrá ir a buscarlo esta misma tarde.

Avalon dejó de contar lo sucedido y miró a Fraser.

—No cree una palabra de lo que estoy diciendo, ¿verdad?

—Siga —contestó él, impaciente—. De momento no sé lo que creo ni lo que dejo de creer.

Lo miró en silencio, enfadada, antes de continuar con su narración.

—Tenían muchas provisiones. De hecho, se trataba de cuatro cajas de gran tamaño. Me pregunté para qué necesitarían tantas cosas para un simple viaje a Inglaterra. El taxista las dejó en el

muelle, y yo tuve que llevarlas al interior del yate.

Fraser la observaba con atención.

—El señor Smith, su esposa y sus amigos regresaron a las nueve y media. Me presentó a su mujer y a la otra pareja y se alejó hacia el puente. Al cabo de unos segundos oí que arrancaba el motor. Cuando nos alejamos del puerto, bajó y examinó el contenido de las cajas. Tres estaban llenas de latas de melocotones. Me dijo que las pusiera a un lado porque eran un regalo para un amigo de Inglaterra, pero ya entonces me pareció extraño. Nadie regala tres cajas de latas de melocotones.

Avalon se detuvo un momento antes de continuar.

—Todo marchó bien hasta anoche. Me limitaba a desempeñar mi trabajo y mantenerme al margen. No me gustaban las dos mujeres. A pesar de sus modales y de los aires que se daban parecían dos mujeres de vida alegre, muy ensortijadas y…

—Olvídate de las mujeres. Sólo me interesa lo que sucedió anoche.

—Estoy intentando explicarlo.

Respiró profundamente y siguió hablando.

Una mancha en el suelo de la cocina llamó su atención. Siguió el rastro hasta las cajas de los melocotones, sacó la lata que estaba goteando, la abrió y yació el contenido en un bol. De inmediato se sorprendió. La lata era demasiado grande para la pequeña cantidad de melocotones que habían caído. Miró en el interior y descubrió que había dos compartimentos separados. Acto seguido intentó ver si conseguía averiguar lo que contenía. Un polvo blanco apareció ante sus ojos. Era cocaína, o algo parecido.

—¿Cómo supiste que era droga? —preguntó Fraser.

—Bueno, estoy segura de que no se trataba de polvos de talco. Nadie se habría tomado la molestia de esconderlos.

—Desde luego —dijo él—. Pero continúa.

—Abrí otra lata con idénticos resultados. Y de repente, pensé que yo las había subido a bordo. Si la policía los hubiera detenido al salir del puerto, Smith habría dicho que no sabía nada de nada. Habría dicho que me había contratado como cocinera y que yo había utilizado la oportunidad para traficar con drogas sin su conocimiento. En cualquier caso, el propio Smith interrumpió mis pensamientos en seco. Me alcanzó, me apuntó con una pistola y me encerró en un camarote con la amenaza de regresar más tarde a ajustarme las cuentas. Pero prefiero no aburrirte con los detalles.

—Quiero conocer todos los detalles —insistió él—. ¡Todos!

Ella se encogió de hombros.

—A principio intentó convencerme de que no se trataba de drogas, pero notó que no lo creía. Lo amenacé con avisar a la policía en cuanto llegáramos a puerto. Entonces se enfadó y me amenazó con una pistola.

Un escalofrío recorrió su cuerpo. Supuso que se trataba de un efecto tardío del terror que había sufrido la noche anterior. Probablemente, tendría pesadillas durante seis meses, y no podría volver a probar los melocotones en toda su vida.

—Iba a matarme —continuó con voz rota—. Pude verlo en sus ojos. Estaba esperando a que nos alejáramos para arrojarme por la borda y observar cómo me ahogaba.

Avalon cerró los ojos. Se estremeció de nuevo, y de repente se encontró entre los brazos de Fraser, que la consolaba. Aquel contacto de apenas unos segundos bastó para que tuviera la impresión de que el mundo se había detenido.

—Ya me encuentro mejor —murmuró—. Puedes soltarme.

Él la llevó hacia una roca y le pidió que se sentara. Después, caminó hacia el todoterreno y regresó con una petaca;

—Toma un poco, te sentirás mejor.

Avalon lo probó y empezó a toser.

—¿Qué es esto?

—Whisky con miel. Un conocido remedio para casi todas las cosas, desde la depresión hasta la neumonía.

Avalon sintió que una ola de calor invadía su cuerpo. Respiró profundamente. Se alegraba de encontrarse bien y a salvo, aunque fuera en un lugar corno aquel.

Se levantó. Fraser la observó con detenimiento, como si quisiera asegurarse de que estaba más tranquila. Satisfecho, preguntó:

—¿Cómo lograste escapar del camarote?

—Salí por el ojo de buey —contestó, con toda la naturalidad del mundo—. Ya era de noche, pero sabía que nos encontrábamos cerca de la costa. Entonces vi una luz, supe que era un lugar habitado y salté. Pero no podía imaginar lo fría que estaba el agua. Al cabo de unos segundos empecé a notar los primeros síntomas de congelación. Recuerdo una gran ola que me arrojó contra una roca, y después nada más. Hasta que desperté al día siguiente en la casa de Kirsty.

Fraser la observó con intensidad. Su expresión no denotaba

emoción alguna.

—Una historia muy bien estructurada —comentó con ironía.

—Sabía que no me creerías —dijo ella, disgustada.

—Encuentro bastante difícil de creer que una persona pueda escapar saliendo por el ojo de buey de un yate. Aunque sea tan delgada como tú.

—Pues lo hice —insistió—. No fue fácil. Me quedé atascada, pero conseguí salir.

Fraser la observó con atención antes de hablar.

—Mmmm. Bájate los pantalones. Avalon lo miró, boquiabierta.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Bájate los pantalones.

—No pienso hacer tal cosa —espetó, apartándose de él, alarmada.

—Tal vez prefieras que lo haga yo por ti.

—No te atrevas a ponerme un dedo encima —le advirtió—, O te aseguró que te sacaré los ojos.

—Por Dios, sé razonable. No pienso violarte. Cuando quiera saborear las delicias de ese precioso cuerpo que tienes, lo haré en un lugar más cómodo.

Aquella declaración no sirvió en modo alguno para tranquilizarla. Parecía decidido a intentar seducirla más tarde o más temprano.

—Entonces, ¿por qué quieres que me quite los pantalones?

—Si tuviste problemas para salir por el ojo de buey, tendrás alguna rozadura. Probablemente en las caderas —explicó con lentitud—. Anoche examiné tus heridas, pero no observé nada, salvo en tu sien.

Avalon se ruborizó al recordar la caricia de sus manos.

—En tal caso no habrás mirado con suficiente atención. Aunque para empezar, no tenías derecho a hacerlo.

—Si no tienes ninguna marca, sabré que me has mentido.

—Las tengo, puedo asegurártelo —insistió con vehemencia—. Me dolían muchísimo cuando me bañé esta mañana.

—Demuéstramelo.

—Jamás.

Fraser dio un paso hacia ella y Avalon retrocedió hacia el todoterreno. Al observar su expresión decidida, el corazón de la joven comenzó a latir más deprisa.

—¡De acuerdo! —exclamó—. No me toques, te lo demostraré.

Le dio la espalda, se bajó los pantalones, y se apartó levemente las braguitas para que pudiera contemplar su cadera.
—¿Lo ves?
—Ahora, el otro lado.
Avalon repitió el proceso.
—¿Satisfecho? ¿Ya has visto bastante?
Fraser la observó divertido mientras volvía a subirse los pantalones, de forma apresurada.
—Sí, al menos por ahora. Cuando lleguemos a la casa te daré algo para que puedas curarte esas heridas.
—¿A qué casa? —preguntó alarmada.
—A la mía, por supuesto. Vivirás allí a partir de ahora.
La idea no le pareció nada agradable. Era como meterse en la guarida del león.
—Ya, y supongo que me encerrarás en las mazmorras, encadenada a la pared como el resto de tus prisioneros. Creo que si no te importa, declinaré la invitación.
Fraser suspiró, levemente irritado.
—Preferiría que cambiases de actitud. Pero de todas formas, no tienes elección.
—Por supuesto que la tengo —contraatacó—. Puedo llamar a la policía y declarar en contra de la banda. Me buscarán alojamiento en algún hotel hasta el día del juicio, y después podré volver Londres.
—Yo no lo haría, Avalon. Smith debe creer que te ahogaste anoche. Si de repente te presentas a declarar en su contra, puede que intenten implicarte para vengarse. Sería tu palabra contra la suya, y son cuatro. A mí me has convencido, pero puede que no te resulte tan fácil convencer al juez —declaró, encogiéndose de hombros—. Sería una pena que una joven tan atractiva languideciera en la cárcel durante diez años.
Avalon lo miró, derrotada.
—Ya veo. De modo que intentas extorsionarme, ¿verdad? O me quedo aquí o me entregarás a. la policía.
—Confieso que no lo había pensado. Pero ahora que lo mencionas…
—Eres despreciable. Prefiero pasar diez años en la cárcel antes que casarme con un hombre como tú.
Fraser sonrió e hizo un gesto negativo con la cabeza.
—No, no harás tal cosa. Ahora sé que no formabas parte de la

banda, y te aseguro que me encontrarás mucho más amable.

Avalon lo miró, boquiabierta.

—¿Qué? ¿Estás diciendo que me creías culpable? —preguntó, indignada—. ¡Por Dios! ¿Es que tengo aspecto de traficante de drogas?

—No lo sé —contestó, encogiéndose de hombros—. ¿Qué aspecto tienen los traficantes de drogas? Que yo sepa, cualquier aspecto. De todos modos, cuando intenté averiguar cómo habías llegado aquí te comportaste de forma muy sospechosa, como si tuvieras algo que ocultar.

—Odio a los traficantes de drogas —murmuró ella, pensando en Smith mientras se frotaba la cadera.

—Y yo. Al menos tenemos algo en común.

—Pues no te hagas demasiadas ilusiones. Si tengo que quedarme aquí, me sentiría mucho más a salvo en casa de Kirsty.

—Lo siento. Eso no es posible —dijo con firmeza, sonriendo—. No puedo llegar a conocerte mejor si vivimos a dos kilómetros de distancia. Además, Kirsty cree que fueron los espíritus quienes te trajeron. Y será mejor que hagamos caso a nuestra vieja amiga. Por si acaso.

Capítulo 3

Mientras el Land Rover avanzaba a trompicones por el camino de tierra, Avalon permaneció sentada en silencio, rígida, con expresión enfadada, y furiosa. No dejaba de dar vueltas al asunto. Aquel hombre debía estar loco no cabía otra explicación. Y Kirsty debía de encontrarse en la misma situación. Algo lamentable, porque parecía una anciana encantadora e incapaz de hacer daño alguno. En cierto modo, también lo sentía por él. En otras circunstancias, tal vez habrían podido mantener una relación. Había, algo en él que despertaba sus instintos, instintos tan básicos como los de cualquier otra mujer con sangre en las venas. No podía negar que unos minutos antes se había sentido mareada al notar sus brazos alrededor de su cuerpo.

Fraser detuvo en seco el todoterreno, y, al hacerlo, interrumpió los pensamientos de Avalon. Habían dejado atrás la casa de Kirsty y estaban a mitad del camino de la colina que terminaba en el pueblo. Echó el freno de mano y la miró frunciendo el ceño.

—Relájate. Parece que vas a estallar en cualquier momento. Ten en cuenta que las noticias corren muy deprisa en un lugar tan pequeño como éste, y a estas horas todos sabrán que estás aquí —comentó con cierto humor—. Estarán deseando saber qué clase de mujer han enviado para que se case con su jefe.

No podía creerlo. No se trataba sólo de Kirsty y de él. Todo el pueblo estaba loco. Pero tenía que haber alguien con sentido común, alguna persona razonable.

—Te estaría muy agradecido si hicieras un pequeño esfuerzo para aparentar felicidad —continuó—. De otro modo se entristecerán.

—Esto es una locura. Supongo que sospecharán de la manera que tuve de aparecer.

—No, estoy seguro de que no se interesarán por algo tan trivial —declaró con firmeza—. Pero de todas formas, diremos que estabas de vacaciones y que una tormenta hizo naufragar tu yate, por si hay forasteros en el pueblo. De ese modo, seré el único que conozca tu relación con los traficantes. Creo que será más seguro para ti. Al menos por el momento.

No había error alguno. Por su tono de voz resultaba evidente

que estaba amenazándola. O sonreía y disimulaba o la entregaría a las autoridades.

Fraser la miró como advirtiéndola por última vez. Entonces quitó el freno de mano y continuaron hacia el pueblo.

La calle principal discurría a lo largo del puerto. Más o menos a la mitad detuvo el vehículo, frente a un gran almacén con un letrero desgastado que decía *Suilvach Fashion Emporium*.

—Sal del coche. Tenemos que hacer unas cuantas compras —dijo con brusquedad, sin mirarla.

Había aprendido que, cuando hablaba con aquel tono de voz, era mejor obedecerlo. Salió del automóvil a regañadientes y lo siguió al interior de la tienda.

A pesar de su destartalado aspecto exterior, el interior la sorprendió. Era tan moderno como cualquier gran almacén de capital, bien iluminado y con multitud de prendas de todo tipo, desde faldas hasta vestidos, pasando por jerséis.

Una mujer morena de ojos brillantes les dio la bienvenida con una sonrisa.

—Buenos días, Fraser —dijo, volviéndose después hacia Avalon—. Usted debe ser la mujer de la que habla todo el mundo. Anoche dio un buen susto al viejo Gabin.

La dependienta pareció notar su confusión, porque amplió la explicación de inmediato.

—Se trata del hombre que la encontró en las rocas. Después de dejarla en casa de Kirsty vino al pueblo a tomar algo en el pub. Temblaba tanto que tuvo que tomarse cuatro jarras de cerveza antes de ser capaz de contarnos lo sucedido. Una hora y seis jarras más tarde tuvieron que llevarlo a su casa y meterlo en la cama.

Fraser sonrió con tolerancia.

—Muy bien, Aileen. Pero no prestes demasiada atención a lo que se dice por ahí. Ahora tienes trabajo que hacer. La joven se llama Avalon, y no tiene nada en el mundo, salvo la ropa que lleva puesta. Yo tengo que hacer unas cuantas cosas en el puerto, así que tienes media hora para darle todo lo que necesite. Si hay algo que no puedas proporcionarle, llama a Oban y pide que te lo envíen en el primer barco.

Antes de que Avalon pudiera reaccionar, Fraser ya se había marchado. Parpadeó, murmuró una disculpa a la chica y salió corriendo en su búsqueda.

Fraser se detuvo, se volvió y frunció el ceño.

—¿Qué ocurre?

—¿Y aún lo preguntas? ¡Yo te diré lo que sucede! No quiero que…

Fraser la tomó por los hombros y apretó con fuerza.

—Deja de gritar. Aileen está observándonos desde el escaparate. Y creo recordar que ya te he advertido acerca de tu comportamiento, ¿no es cierto?

Avalon respiró profundamente.

—¿Quién va a pagar todas esas cosas? —preguntó, en voz más baja.

La pregunta le pareció tan irrelevante que contestó como si estuviera hablando con una niña.

—Yo, por supuesto. Tú no estás en posición de hacerlo, ¿no te parece?

—No quiero ropa nueva. Estoy muy bien con la que tengo. Ya compraré algo más cuando haya conseguido dinero.

—¿Y cómo vas a conseguirlo?

—Trabajando, claro está —contestó, mirando a su alrededor—. Tiene que haber alguien que necesite una ayudante temporal.

—Lo dudo. Además, no puedo permitir que andes por ahí pidiendo trabajo. Tienes una posición que mantener. Creía que ya había dejado claro…

Avalon lo interrumpió con otro furioso susurro.

—Sé muy bien lo que pretendes. Quieres que te deba tanto dinero que tenga que quedarme varios meses para poder pagártelo.

La acusación pareció divertirlo.

—No seas ridícula. No le negarías a un hombre la posibilidad de hacer unos regalos a su prometida, ¿verdad?

—¡No soy tu prometida!

Fraser no dejó de sonreír. Pero su tono de voz sonó amenazador.

—Ya hemos discutido el tema, y no puedo malgastar mi precioso tiempo. Hasta que decida qué hacer contigo tal vez no seas mi prometida, pero te comportarás como si lo fueras. ¿Comprendido?

Una simple mirada a las heladas profundidades de sus ojos azules bastó para acallarla. La aterraba tanto que no pudo hacer nada, salvo asentir y decir, en un hilo de voz:

—Sí.

—Tengo un nombre —le recordó—. Úsalo a partir de ahora.

—Sí, Fraser.

—Mucho mejor. De ahora en adelante, cuando te dirijas a mí lo

harás de manera respetuosa. Nadie grita al jefe del clan. Nadie se dirige a él de malas maneras.

—Sí… Fraser.

—Aileen sigue observándonos —comentó él, mirando por encima de su hombro—. Estará esperando que demuestres cierto afecto y gratitud. Y no queremos decepcionarla, ¿verdad?

Un brillo de rebeldía apareció en los ojos de Avalon, pero desapareció de inmediato.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que un beso bastará —le informó en tono burlesco—. Pero tiene que parecer convincente. Pasa los brazos alrededor de mi cuello y deja que yo haga el resto.

Avalon intentó convencerse de que un beso no le haría ningún daño. Además, no tenía elección. Nadie la ayudaría, y por si fuera poco era consciente de que no le convenía poner a prueba su paciencia. Probablemente, era capaz de arrojarla al mar del que había surgido.

Insegura, pasó los brazos alrededor de su cuello y se puso de puntillas. Al acercarse se sintió súbitamente atraída por su olor masculino, y observó fascinada su boca mientras descendía hacia ella. Al notar el contacto de sus labios, cerró los ojos y se dejó llevar; al cabo de unos segundos la sensación de sorpresa se convirtió en apasionamiento, en un intenso calor que la invadía de los pies a la cabeza. Sus instintos dormidos despertaron cuando sintió su muslo entre las piernas, cuando notó que sus senos se apretaban contra el poderoso pecho de Fraser.

Hizo ademán de apartarse. Pero fue el último gesto de su dignidad. En seguida, desapareció toda resistencia; la lengua del jefe del clan entró en su boca, y ella abrió los labios, sin aliento, sucumbiendo a su dulzura y a su sensualidad.

Empezó a responder. Al principio tentativamente, con lentitud. Y después, con una creciente avidez y con un deseo desconocido para ella hasta entonces. Se trataba de una apetencia insaciable que la avergonzaba en parte, pero no le importó en absoluto. Ciertamente, no era la primera vez que la besaban. Sin embargo, no había sentido algo así en toda su vida. Era como si sus hormonas hubieran empezado a correr por sus venas, alocadas, en un mar de champán.

Fraser se apartó unos segundos más tarde. Cuando abrió los ojos, descubrió el gesto de inesperado placer de su rostro.

—Eres bastante buena besando —murmuró con voz ronca—. Tenemos que repetirlo cuando tengamos más público. Pero ahora será mejor que regreses a la tienda, antes de que Aileen empiece a padecer de tortícolis por mirarnos todo el tiempo.

El jefe del clan comenzó a alejarse, y ella se quedó plantada en el sitio, con ojos vidriosos, temblando, sumida en un mar de emociones contradictorias. Por una parte, estaba el tremendo poder sexual de aquel hombre; por otra, la vergüenza que sentía al no haberse podido controlar. O estaba ante un verdadero demonio en cuestiones amorosas o Kirsty había vertido algún brebaje en su té. Ya nada podía sorprenderla.

Respiró profundamente para tranquilizarse y para que su rubor desapareciera antes de regresar a la tienda. Aileen la recibió con una sonrisa de aprobación.

—¡Espera a que todo el mundo lo sepa! Nuestras preocupaciones han llegado a su fin. Yo misma he podido contemplar lo mucho que lo amas. No te molestes, pero todas las mujeres de Suilvach serían felices si se encontraran en tu lugar —suspiró, como si estuviera soñando—. En fin, Fraser ha dicho que sólo tienes lo que llevas puesto, así que podemos empezar con la ropa interior. Supongo que querrás algo bonito y atractivo, ¿verdad?

—No, gracias —contestó apresuradamente—. Algo blanco y de algodón servirá.

Lo último que necesitaba en aquel instante era vestirse con ropa interior seductora.

Mientras observaba a la dependienta, tuvo una idea. Kirsty no había sabido contestar a sus preguntas, y Fraser se había negado a hacerlo. Pero tal vez pudiera obtener algunas respuestas de aquella mujer si hacía gala de cierta persuasión. Con un poco de suerte, podría averiguar lo que estaba sucediendo en aquel lugar.

El problema estribaba en empezar sin que Aileen sospechara que las cosas no eran tan sencillas como parecían. Estaba observando la ropa interior, e intentando pensar en un modo de hacerlo, cuando la propia Aileen resolvió el problema.

—Nos alegramos mucho por Fraser. Creo que cuando Kirsty dijo que estabas a punto de llegar no se lo tomó en serio. He oído que se sorprendió mucho anoche, al saber que te habían encontrado.

Avalon se aclaró la garganta, avergonzada.

—Sí, supongo que debió sorprenderse. Yo misma me sorprendí al despertar esta mañana.

—También necesitarás algunas faldas y varios jerséis —declaró Aileen, cambiando de tema—. Tenemos unas preciosas prendas de cachemira que…

Avalon intentó tener paciencia. No ganaría nada presionándola, salvo, tal vez, molestarla.

Después de las faldas y los jerséis, llegó el turno de los vaqueros y de la ropa más desenfadada. Eligió lo que más le agradaba y después comentó:

—Kirsty dice que se lo comentó a Fraser hace dos meses. ¿Cómo podía saberlo?

Aileen se encogió de hombros.

—Kirsty es vidente.

—¿Vidente?

—Sí, tiene visiones. Ve cosas que van a suceder en el futuro.

—Oh, ya veo. ¿Quieres decir que es adivina?

—En cierto sentido. Pero no se trata de una de esas estafadoras con bolas de cristal y grandes pendientes que sólo mienten a cambio de dinero. Kirsty posee un don muy especial. Un don heredado de su bisabuela, según dicen.

Avalon rió a su pesar.

—Si es tan buena, debería pasarse por Londres. Ganaría una fortuna en la bolsa. Hasta podría…

Dejó de hablar en cuanto notó el gesto de desaprobación de Aileen, que la miraba con dureza.

—Si hiciera algo así, le quitarían el don de inmediato —declaró con solemnidad—. Sólo se puede usar para las cosas realmente importantes.

Avalon supo de inmediato que pisaba terreno resbaladizo, e intentó disculparse, avergonzada.

—Lo siento. No pretendía burlarme de Kirsty. Ha sido muy buena De hecho, me cae muy bien.

—No te preocupes. Imagino que todo esto debe parecerte muy extraño. Aquí hacemos las cosas de manera diferente. El año pasado estuve en Francia, y después pasé un par de días en Londres. Todo me resultó tan raro que me hago cargo de la situación.

Avalon lo dudaba, pero se cuidó mucho de comentarlo. Sabía muy bien que nadie podía predecir el futuro, pero si los habitantes de aquel pueblo lo creían, era asunto suyo.

Aileen había comenzado a empaquetar las compras cuando de repente se detuvo y empezó a decir algo en gaélico. Pero de

inmediato advirtió su incomprensión y la miró como disculpándose.

—Lo siento. Olvidaba que eres inglesa y que no sabes hablar nuestro idioma. De repente he recordado que necesitarás algo especial para ponerte en el Grand Ceilidh, dentro de cuatro semanas.

Avalon no esperaba pasar allí tanto tiempo.

—¿Qué es el Grand Ceilidh?

—Una gran fiesta que se da en la casa del jefe, dos veces al año. Todo el mundo asiste, incluidos los jefes y damas de los otros clanes, y muchos emigrantes escoceses de Estados Unidos y de Australia. Te aseguro que te divertirás —sonrió—. Necesitarás un bonito vestido de noche. Creo que pediré que envíen uno desde Edimburgo.

Tuvo la sensación de que se estaba hundiendo irremisiblemente. Desesperada, intentó salir de aquella situación.

—Escucha, no creo que sea necesario que te tomes tantas molestias.

—¿Molestias? ¿Qué molestias? Hacía mucho tiempo que no me divertía tanto. De todas formas, Fraser dijo que te diera todo lo que necesitaras, y necesitas un vestido —declaró, observándola con atención—. Veamos. Tiene que ser el vestido más bonito que haya visto nadie. Sobre todo si al final aparece Lady Pamela. Y seguro que vendrá.

Avalon suspiró para sus adentros. Ni siquiera estaba dispuesta a preguntar quién diablos era Lady Pamela. Todo aquello se le estaba escapando de las manos, pero, a pesar de todo, se atrevió a intentar ahondar un poco en los misterios de aquel lugar.

—Kirsty mencionó algo sobre una leyenda. Una que dice que el jefe del clan siempre se casa con una mujer llegada del mar. No lo comprendo. ¿Qué quiere decir?

Aileen terminó de cerrar el último paquete con una cinta.

—Ya está. No se me ocurre nada más que puedas necesitar. ¿Y a ti?

—No. De hecho hay más cosas de las que necesito. Pero, ¿qué hay de la leyenda?

Aileen se encogió de hombros.

—Es cierta. Todas vienen del mar, como tú.

—¿Todas? Resulta difícil de creer.

—¿Por qué? —preguntó, frunciendo el ceño—. Es cierto. Mi memoria no se remonta a los siglos pasados, pero sé que la madre

de Fraser llegó del mar. Su padre estaba participando en una regata. Uno de los veleros naufragó, y rescató a la mujer que sería su esposa. Se enamoraron y se casaron. ¿No es romántico?

Avalon sintió un escalofrío.

—Sí, muy romántico.

—En cualquier caso, Kirsty es la persona adecuada para ese tipo de preguntas. Lo sabe todo sobre la leyenda —dijo, para volver después a la conversación original—. Creo que pediré un vestido verde claro, como tus ojos:

A Lady Pamela no le gusta el verde, así que no hay peligro de que llevéis vestidos parecidos. Siempre ha vestido muy bien. Compra su vestuario en Jenners, en Edimburgo. No se contenta con nada que no sea lo mejor.

En aquel momento sonó una voz, desde la entrada.

—Ya basta de cotilleos, Aileen.

La dependienta sonrió a Fraser, sin sentirse en modo alguno afectada por su expresión de desagrado.

—Sólo estábamos hablando sobre el vestido que se pondrá en el Grand Ceilidh. Estoy segura de que querrás que vaya adecuadamente vestida para la ocasión.

Avalon apretó los puños. Cinco minutos más y habría podido preguntar a Aileen lo que quería saber. Pero ya era demasiado tarde.

Fraser se había tranquilizado un poco. Observaba a Aileen como si fuera un paciente hermano mayor.

—De acuerdo. Has hecho un buen trabajo. Si tuvieras la amabilidad de dejar todas esas cosas en el masetero del Land Rover…

Aileen salió de la tienda, y Fraser aprovechó el momento para entregar un buen fajo de billetes a Avalon.

—Esto es para tus gastos personales. Si necesitas más, házmelo saber.

Cuando vio la suma que había depositado en sus manos abrió los ojos sorprendida.

—¡No quiero tu dinero! —susurró furiosa—. Ya te debo demasiado.

Fraser se inclinó sobre ella y murmuró:

—Hay una droguería calle abajo. Te sugiero que vayas a comprar todo lo que necesites. Ah, y cómprate algún lápiz de labios. Pero que no sea demasiado atrevido, por favor.

Avalon se ruborizó, murmuró algo parecido a un agradecimiento y caminó hacia la salida. No sabía cómo debía reaccionar con él. Era capaz de humillarla con su actitud tiránica o tener un gesto de delicadeza como el que acababa de demostrar.

Cuando terminó de hacer las compras, salió a la calle. Fraser estaba esperándola en el vehículo. En cuanto entró, sus ojos azules se clavaron en ella.

—Aileen te ha dicho que el Grand Ceilidh es dentro de un mes, ¿verdad?

Avalon se acomodó en posición algo rígida, con las manos en el regazo y mirando hacia delante.

—Sí, mencionó algo al respecto.

Fraser gruñó, pero Avalon no hizo caso. Empezaba a estar acostumbrada a sus sonidos de desaprobación.

—Claro. Pon a dos mujeres juntas y enseguida empezarán a cotillear y a decir tonterías. ¿De qué otras cosas estuvisteis hablando?

—Oh, de simples cotilleos y tonterías —contestó con sarcasmo —. Hablamos sobre adivinas y leyendas, sobre ese tipo de cosas. Ah, y puedes decirle a Aileen que no se moleste en pedir el vestido. No pienso quedarme aquí todo un mes.

—¿De verdad? —preguntó con ironía—. Siento oírlo. ¿Es que la hospitalidad de las Highlands no es suficientemente buena para ti? Supongo que estás acostumbrada a un ritmo de vida que no podemos proporcionarte, ¿verdad?

Avalon se mordió el labio. A pesar de lo mucho que le molestaba, era consciente de que su ironía estaba justificada.

—No tiene nada que ver con la hospitalidad. Te agradezco mucho que me hayas comprado la ropa, y que me hayas prestado dinero. Tampoco olvido lo buena que ha sido Kirsty conmigo.

—Entonces, ¿a qué te refieres? —preguntó, arqueando una ceja.

Avalon lo miró, enfadada.

—Primero fue Kirsty, y ahora Aileen. Y supongo que con todo el mundo será igual. Intentan ser amables conmigo, pero creo que deberían empezar a vivir en el mundo real. Hablan conmigo como si no fuera una persona con inteligencia y sentimientos propios. En cuanto a ti, es peor. Sabes la verdad sobre lo sucedido, pero no te importo en absoluto. Sólo quieres que cierre la boca y que represente mi papel…

—Sigue, suéltalo de una vez por todas.

—¡De acuerdo, lo haré! Dices que quieres que me quede aquí hasta que decidas si te casarás conmigo o no. ¿Crees que una mujer con un mínimo de orgullo se prestaría a algo así? No vivimos en la edad media. Tenemos ciertos derechos, ¿o es que no han llegado a este lugar del mundo? Si decides casarte conmigo, ¿qué piensas hacer? ¿Llevarme a patadas hasta el altar?

Fraser sonrió con cinismo.

—¿Has terminado ya?

—Sí, de momento.

Su fría sonrisa desapareció, y sus rasgos se endurecieron.

—Muy bien, ahora me toca a mí. En primer lugar, es hora de que aprendas a ser más humilde. Si la gente del lugar cree en tradiciones con siglos de historia es asunto suyo. No intentan que compartas sus creencias, pero tampoco les agradará que una forastera se burle de ellos.

—No me burlo de ellos —protestó.

—Mientes. Desde que te vi por primera vez, todos tus gestos y tus actitudes lo han demostrado. Para ti resulta fácil reírte de Kirsty, pero yo tengo que vivir con ella. Si no le hago caso, perderé el respeto de mi gente. Pensarán que los estoy traicionando —dijo, suavizando un poco el tono—. En cuanto a llevarte a patadas al altar… tampoco les gustaría. Preferirían que…

—¡No pienso escuchar nada más! ¡La gente! ¡Todo por no molestar a tu preciosa gente! Pues bien, yo también soy una persona. Y no parece importarte demasiado molestarme.

Fraser hizo caso omiso de su vehemente protesta y continuó hablando con toda tranquilidad.

—Tengo que considerar la reputación de mi clan. Preferiría casarme con una mujer de la que me sintiera orgulloso, alguien en quien pudieran mirarse. Pero por el momento no pareces esa persona. Cuando te vi por primera vez tuve esperanzas. Sin embargo, mis dudas son cada vez mayores.

Avalon lo observaba con asombro.

—Tú misma dijiste que abandonaste tu trabajo porque te habías enfadado con tu novio, en un gesto casi infantil —continuó—, cuando debiste luchar para reparar la injusticia que habían cometido contigo. Luego te involucraste de manera estúpida con una banda de traficantes de drogas y estuviste a punto de perder la vida. Por si fuera poco, tienes diecinueve años y careces de ilusiones y de amigos. Hasta ahora tu vida no ha sido precisamente un éxito,

¿no te parece?

Avalon palideció. Su análisis era bastante correcto.

—Creo que he sido sincera desde el principio, ¿no te parece? —preguntó furiosa—. Te dije que estabas perdiendo el tiempo conmigo, que no pertenezco a este lugar. De hecho, sería la peor esposa del mundo para un hombre como tú. Siempre estaríamos enzarzados en disputas.

—Sí. Una vez más sospecho que tienes razón. Pero tenemos un problema que nos coloca a ambos en una posición bastante difícil.

—¡No veo a qué problema te refieres! Limítate a admitir que todo esto es un error y deja que me marche en el primer barco.

—¿Y cómo se lo explicaría a Kirsty y a los demás? —preguntó en tono de burla, riendo ante su expresión de enfado—. El problema mi querida bruja marina, estriba en la atracción sexual que sentimos el uno por el otro. Cuanto más pienso en ello, más me gustas.

Avalon supo entonces que una simple sonrisa de frialdad, un gesto despectivo, o un ataque de inventiva, lo habrían puesto en su lugar. Pero en lugar de optar por alguna de las posibilidades que tenía, se sorprendió a si misma sin saber qué decir. Permaneció en silencio diez largos segundos hasta que al final declaró, balbuceante:

—¡Eso es ridículo! No siento nada parecido por ti.

Fraser la miró con fingido asombro.

—¿De verdad? Me sorprendes, Avalon. Cuando te besé hace un rato, parecías bastante agitada. Yo diría que incluso excitada. Menos mal que me aparté, de ti. De lo contrario, habrías dado un espectáculo público de lo más interesante.

Estaba demasiado avergonzada como para hablar. Apartó la mirada y la clavó en el parabrisas, pero era demasiado consciente de sus ojos azules, que la observaban como estudiando su reacción, divertido.

—Pero si insistes en que no sentiste nada, debo haberme equivocado —añadió él—. Tendré que intentarlo de nuevo más adelante.

—No habrá una próxima vez —murmuró enfadada—. Me aseguraré de ello.

—Ah, por cierto, se me olvidaba una cosa. Tienes diecinueve años y dices que aún eres virgen. Eso demuestra tal determinación y autodominio que merece un aplauso —declaró mientras le daba un

golpecito en el muslo, estremeciéndola—. Muy bien. Excelente. No hay nada mejor que un reto. Sobre todo cuando el premio es tan deseable.

—El último hombre que intentó forzarme aún lleva las marcas de mis uñas en la cara —advirtió con frialdad.

—Ya. Pero, ¿quién ha dicho que pienso forzarte?

—Si piensas conseguirlo con tu encanto y tu personalidad no llegarás muy lejos conmigo.

—¿No? —rió—. Ya lo veremos. Puede que la fiesta de esta noche inflame los corpúsculos de tu sangre y te ponga del humor adecuado.

—¿Una fiesta? —preguntó asombrada—. No pienso asistir a ninguna fiesta. Olvídate de ello. No tengo nada que celebrar.

Fraser se llevó la mano al puente de la nariz y suspiró.

—Irás a la fiesta quieras o no. Todo el pueblo asistirá, y esperan verte a mi lado, sonriendo y divirtiéndote —declaró, mirándola con cierto cansancio—. No me gusta repetirme, pero volveré a decírtelo una vez más, y espero que tomes nota. De ahora en adelante, harás lo que te diga, sin excusas ni discusiones. ¿Lo has comprendido definitivamente?

Avalon lo miró con resentimiento.

—Sí —contestó entre dientes.

—Sí, ¿qué?

—Sí, Fraser —murmuró.

Fraser la observó durante unos segundos. Después apretó de nuevo su muslo y sonrió.

—Muy bien. Ahora que hemos aclarado las cosas, podemos irnos a casa y relajarnos un poco.

Avalon consideró ridícula la idea. Cerró los ojos y se humedeció los labios, preocupada. En aquella situación resultaba imposible relajarse.

Capítulo 5

Fraser dejó los paquetes a los pies de la cama. Era una cama de matrimonio. El edredón estaba doblado de manera que podían verse las sábanas blancas de lino.

—Hice que la criada preparara esta habitación por la mañana —dijo, observándola con atención—. No es la mazmorra que esperabas, ¿verdad?

Caminó hacia el otro lado del dormitorio y abrió una puerta.

—Este es el cuarto de baño. Si hay algo que necesites, díselo a la señora MacKay. Ella se encargará de proporcionártelo —añadió.

Por muchas vueltas que diera, no había nada en la habitación que le disgustase. Era grande y aireada, decorada en un tono suave de rosa. Sobre la cómoda había un jarrón con flores, y la alfombra del suelo parecía gruesa y de buena calidad. La ventana se alzaba sobre los árboles que rodeaban la casa, proporcionando una vista panorámica de las aguas azules de la bahía y del pueblo.

—Si no te gusta, siempre puedes compartir la habitación principal conmigo —ofreció Fraser, amistosamente—. Es mucho más grande. Tal vez quieras verla, por si cambias de opinión.

Avalon hizo un gesto de desdén y caminó hacia la pesada puerta de roble, donde examinó la cerradura.

—¿Hay alguna llave para esta cosa?

—Sobre la cómoda.

—Muy bien. En tal caso, el dormitorio me parece perfecto.

—Entonces te dejaré para que puedas acomodarte —dijo con fría educación—. Sugiero que te vistas adecuadamente para la fiesta de esta noche. Las fiestas del lugar suelen ser bastante intensas.

En cuanto se marchó, Avalon tomó la llave y cerró la puerta. Sabía que Fraser era perfectamente capaz de derribarla a patadas, pero la ilusión de tener cierta seguridad, aunque fuera falsa, la tranquilizaba.

Había contemplado la mansión desde la casa de Kirsty, pero estaba rodeada por un pinar que impedía parcialmente su visión. Cuando el todoterreno aparcó frente a la puerta principal, admiró con asombro el tamaño y la belleza del lugar, tan hermoso que tuvo que hacer un esfuerzo para mantener su fingido aire de indiferencia.

De tres pisos de altura y edificado con granito, encajaba a la

perfección en el paisaje rocoso de los acantilados. Las cuatro torres defensivas y las almenas demostraban que original había sido un castillo, y que los antepasados de Fraser lo habían levantado con la intención de defenderse de sus enemigos.

Asombrada y sin ningún entusiasmo, subió los escalones del umbral con Fraser, después de dejar atrás el arco de la entrada. Después, se detuvieron en el recibidor. El dueño de la mansión dejó los paquetes sobre una mesa y le ordenó con brusquedad que permaneciera allí mientras iba en busca del ama de llaves. Avalon aprovechó la oportunidad para echar un vistazo al enorme salón. Las paredes estaban recubiertas con paneles de madera, algo más oscuros que el entarimado del suelo. Había multitud de puertas que daban a otras habitaciones, y una gran escalera a su izquierda que conducía a los pisos superiores de la casa. Olía a cuero y a cera para muebles. Al fondo pudo distinguir un corredor que probablemente llevaba a la cocina. Pensó que si entrecerraba los ojos le resultaría fácil imaginar aquel lugar en tiempos pasados, con multitud de criados llevando comida y bebida para su dueño y señor.

Al oír que mencionaba al ama de llaves se sintió aliviada. Al menos no estaría a solas con él. Pero Fraser regresó al cabo de un rato murmurando algo acerca de que nunca conseguía encontrarla cuando la necesitaba. Avalon lo miró como sospechando que mentía, pero al cabo tuvo que admitir que seguramente decía la verdad. Alguien debía encargarse de la limpieza, puesto que no podía imaginarlo con un plumero y una escoba.

Irritado, recogió los paquetes y gruñó:

—Tu dormitorio está arriba. Sígueme.

Al menos ahora tenía un poco de intimidad. Se sentó en el borde de la cama y consideró la situación en la que se encontraba. Su dormitorio era muy cómodo, tenía un nuevo vestuario y más dinero del que gastaba habitualmente en un mes. Hasta estaba invitada a una fiesta, aquella misma noche. Para ser una chica que unos días antes carecía de dinero y de acomodo, no podía quejarse. Salvo por aquel hombre imposible. Por Fraser of Suilvach, el hombre de los ojos azules.

Ninguna mujer habría sabido cómo tratarlo.

Pero al menos era sincero. O para ser precisos, no le gustaba andarse por las ramas. Lo había dejado bien claro, aunque no le gustara particularmente aunque tuviera la intención de acostarse con ella en cuanto surgiera la oportunidad sólo para satisfacer su

deseo. Tal vez fuera el señor de los ciervos y de las águilas, pero su conciencia moral era la de un tigre hambriento.

Sólo tenía una oportunidad, mantenerse alejada de él. Pero no estaba segura de poseer el coraje necesario, ni de que él tuviera la paciencia suficiente como para permitirlo.

Suspiró, se levantó y comenzó a deshacer los paquetes. Escogió unos pantalones azul marino y un jersey blanco, se cambió de ropa y finalmente, contempló el resultado en el espejo. Más tarde se cepilló el cabello y se pintó los labios con una barra de color rosado. Por suerte, el jersey no se ajustaba demasiado a su cuerpo. Fraser tenía la sangre demasiado caliente, y no convenía provocarlo.

En cuanto terminó, guardó el resto de las cosas en el armario y bajó las escaleras con nerviosismo.

Al llegar a la planta baja se detuvo, intentando escuchar algún sonido que demostrara la existencia de vida en el lugar. En el recibidor había una puerta entreabierta; se dirigió a ella, con cautela, y llamó. Nadie contestó, de manera de empujó la superficie de madera y entró, conteniendo la respiración.

Sus ojos admiraron los paneles de las paredes, las estanterías llenas de libros, el enorme escritorio y los cómodos y señoriales sillones. En aquella estancia se respiraba un ambiente de intimidad y tranquilidad que aumentó la sensación que tenía de ser una intrusa. Estaba a punto de salir d nuevo cuando vio un grupo de fotografías con marco de plata sobre la repisa de la chimenea. Su curiosidad la empujó a acercarse.

Miró a su alrededor con cierto nerviosismo y caminó hacia ellas.

La primera de las instantáneas mostraba a una pareja de mediana edad que sonreía desde el asiento de un deportivo. Obviamente, eran los padres de Fraser; la mujer era bellísima, de ojos oscuros, y podía observarse de nuevo con su marido en la siguiente fotografía.

Fraser aparecía en tres. En una debía tener unos diez años, y mostraba con orgullo un pez que había capturado. En otra, se encontraba en un podio, recogiendo algún tipo de trofeo deportivo. Y en la última llevaba una capa y un diploma enrollado.

Estaba a punto de apartarse de la chimenea cuando dos manos aparecieron desde atrás y se posaron sobre sus senos. Rígida por el susto, sintió un aliento cálido en la nuca.

—Encajan perfectamente. La medida exacta de mis manos, ¿no

te parece?

Avalon se apartó y se dio la vuelta para mirarlo, enfadada.

—No ha sido muy educado por tu parte.

Fraser sonrió con ironía.

—Al contrario, Avalon. Me ha dado un placer más que considerable. Tu cuerpo me excita. La necesidad de tocarte me resulta irresistible.

—Me refiero al susto que me has dado.

Sus ojos azules se clavaron en ella.

—¿Quieres decir que no te importa que te toque siempre y cuando te avise con anterioridad?

Avalon suspiró. Aquel hombre era perfectamente capaz de interpretar a su antojo todo lo que dijera.

—Preferiría que no me tocaras nunca. Creo que me sentiré mucho mejor cuando tu ama de llaves esté cerca. ¿La has encontrado ya?

—No, pero no puede estar lejos —contestó, mirando a su alrededor—. Creí que estaba aquí.

—La puerta estaba entreabierta. No estaba cotilleando, por si lo has pensado.

—Puedes entrar donde quieras. Si te apetece puedo enseñarte la casa, para que te acostumbres a ella. Cuanto antes la conozcas, mejor.

—¿Mejor para quién? Este nunca será mi hogar. Para empezar, es demasiado grande. Me siento perdida.

—Te acostumbrarás —aseguró mirando a su alrededor, encantado—. No puedes esperar que el jefe de un clan viva en una cabaña de pescadores. Estoy muy orgulloso de la mansión de mis antepasados. Si te aburres, hay cientos de libros que puedes leer, y todo tipo de discos. Aunque si prefieres una ocupación más activa, siempre me tendrás a mano.

—Sí, eso me temo —murmuró, antes de hacer un gesto hacia la fotografía del diploma—. ¿Qué estudiaste? ¿El arte de la seducción?

—No. Soy ingeniero civil.

—¿Y por qué no estás haciendo algo así como construir carreteras en Africa en lugar de jugar a ser dueño y señor en un pueblo de Escocia?

—Estuve trabajando en la India, pero no con carreteras, sino levantando hospitales —contestó, mientras recogía una de las fotografías en las que aparecían sus padres—. Tuve que regresar

cuando se mataron en un accidente. Y en cuanto a «jugar a ser dueño y señor», también te equivocas en eso. La vida de las dos mil familias del lugar depende de mi habilidad para los negocios. Tengo una responsabilidad que cumplir con ellos.

Avalon bajó la mirada y murmuró una disculpa.

—Lo siento. No pretendía…

Fraser se dio la vuelta y caminó hacia la puerta. Avalon pensó que su disculpa no había servido de nada, y se sorprendió al observar que la esperaba en el umbral, como si nada hubiera sucedido.

—Vamos, te enseñaré la casa.

La tomó del brazo y avanzaron por el recibidor. Fraser abrió una puerta y encendió la luz.

Avalan respiró profundamente, admirada. En el techo había una enorme araña de cristal que iluminaba con centenares de luces el brillante suelo de roble. Al fondo del enorme salón había una gigantesca chimenea, flanqueada por armaduras. Las paredes estaban decoradas con escudos de armas, estandartes y retratos de sus antepasados. Fraser empezó a hablar acerca del Grand Ceilidh, que habitualmente se festejaba en aquel salón, pero Avalon estaba demasiado impresionada como para prestar atención a sus palabras. Observaba el maravilloso lugar como una turista encantada.

Pero su trance no duró mucho. Una voz la devolvió a la realidad. Una voz que procedía del umbral.

—Fraser, ¿me buscabas?

—¡Señora MacKay! Entre. Le presento a Avalon.

El ama de llaves era una mujer delgada de unos sesenta y tantos años, con buen aspecto físico, sonrisa amigable y una actitud cálida que demostró al estrechar su mano, animándola un poco.

—Siento no haber estado cuando llegó —se disculpó—. Estaba ayudando a una amiga que ha tenido gemelos.

—No se preocupe —dijo Fraser—. Ya le he enseñado su habitación.

—Sí, pero supongo que no le habrás ofrecido un té, ¿verdad? Venga conmigo a la cocina y le prepararé algo —dijo después, dirigiéndose a ella.

Avalon dudó durante unos segundos. Miró a Fraser, pero él se limitó a encogerse de hombros y a decir:

—Te veré más tarde. Tengo muchas cosas que hacer.

La cocina era grande y moderna, y el té, caliente y dulce. Se

sentaron a la mesa, y, al cabo de un rato, ya se estaban tuteando.

—Bueno, Kirsty tenía razón cuando hablé con ella por teléfono. Eres preciosa.

Avalon apartó la mirada, avergonzada.

—No es precisamente el término que yo utilizaría.

—En tal caso digamos que eres atractiva y modesta. ¿Te ha gustado la habitación?

—Sí, es muy bonita —contestó—. Toda la casa es… enorme. No sé cómo te las arreglas tú sola.

El ama de llaves la observó en silencio durante unos segundos, sonriendo con amabilidad.

—Tienes miedo de este lugar, ¿verdad, Avalon? Pude notarlo en tu rostro cuando os descubrí en el salón de ceremonias.

Avalon sonrió avergonzada.

—Supongo que sí. No esperaba que fuera tan grande y no estoy acostumbrada.

La señora MacKay asintió.

—Lo comprendo. Es exactamente lo que sentía Giselle cuando el viejo jefe la trajo.

—¿Giselle?

—La madre de Fraser. Era francesa.

Avalon recordó la preciosa mujer de la fotografía, y también recordó la historia que le había contado Aileen.

—¿Es cierto que se conocieron cuando su yate se hundió?

—Ya conoces la leyenda, según veo —contestó la mujer.

Avalon sostuvo su taza buscando una respuesta. Fraser le había advertido que no ridiculizara a las gentes del lugar por sus creencias, y, por si fuera poco, debía recordar que estaba interpretando el papel de su prometida. Si decía algo inapropiado seguramente se lo contaría a él.

—Bueno, supongo que hay algo de cierto en ella —declaró al final.

La señora MacKay rió.

—Sí, desde luego es cierto en lo relativo a su madre. Su barco se hundió en la regata anual de las islas del este, hace treinta y tantos años. Veinte años antes, el capitán de una fragata de la marina recogió a los supervivientes del *Athenia*, que fue hundido por un torpedo al principio de la guerra. Pues bien, había una jovencita americana á bordo que se llamaba Martha y que…

Avalon se estremeció de nuevo.

—¿La abuela de Fraser?

El ama de llaves asintió, sonriendo con benevolencia.

—En efecto, y ahora ha sucedido algo parecido contigo. Llegaste a la playa y te recogieron. Saliste del mar, como todas las demás. Puede ser la leyenda, o una coincidencia, o simplemente que la historia se repite. Pero da que pensar, ¿no te parece? En fin, intentaba decirte que Giselle se sentía como tú cuando llegó. Encontrar un marido es algo romántico, pero la responsabilidad y las obligaciones inherentes al cargo de primera dama del clan, y el sentirse rodeada por los siglos de antigüedad de esta mansión… Puedo entender perfectamente lo que sientes.

Avalon dudaba que pudiera hacerlo, pero no podía contarle la verdad a la señora MacKay.

Cuando terminaron de tomar el té, el ama de llaves se levantó bruscamente.

—Tengo mucho tiempo antes de empezar a preparar la cena. ¿Por qué no vienes conmigo? Te enseñaré el resto de la casa y los jardines. Al fin y al cabo sentirás curiosidad, si vas a pasar el resto de tu vida aquí.

Avalon intentó sonreír con amabilidad, aunque en el fondo estaba terriblemente deprimida.

—Me gustaría muchísimo.

Avalon se puso una camisa de algodón, de color azul claro, y una falda corta tableada. A las ocho y media bajó a la biblioteca para pasar la inspección de Fraser. Lo descubrió de pie junto al fuego, con un vaso de whisky en la mano.

La observó con tal detenimiento que ella se ruborizó.

—Dijiste que me pusiera algo ligero y bonito.

—En efecto, eso dije —comentó, admirando su cuerpo con lentitud—. Estás muy bien.

El aspecto de Fraser también era bastante normal. Llevaba unos pantalones algo desgastados y una camisa blanca, pero tuvo que admitir que resultaba un hombre letalmente atractivo se pusiera lo que se pusiera.

En realidad, no le apetecía mucho la perspectiva de conocer a sus amigos, de modo que comentó con amargura:

—No tengo ganas de asistir a la fiesta. Todo el mundo estará observándome, y tú esperas que pasee de un lado a otro con una

estúpida sonrisa en los labios, intentando fingir que me divierto.

—Te divertirás, tienes mi palabra —dijo con sequedad—. De todos modos, no tienes elección. Donny McLeod ha dicho que quiere conocerte. Es su mayor deseo.

—Pues yo no deseo conocerlo a él —espetó—. Ni a ningún otro amigo tuyo.

—Es el cumpleaños de Donny, y cumple ciento veinte años. Es una fiesta en honor. Como todos los demás, ha sabido de tu llegada y quiere conocer a la *Caileagh Bhan* que llegó del mar antes de que sea demasiado tarde.

—Oh, si me lo hubieras dicho desde el principio… —declaró, frunciendo el ceño—. ¿Qué significa *Caileagh Bhan*?

—La chica rubia —contestó.

Fraser apuró el whisky que quedaba en su vaso, lo dejó sobre la chimenea y después le dio un pequeño paquete.

—Este regalo es para él. Quiero que se lo des en nuestro nombre. Le encantará el detalle.

—Por supuesto —comentó, tomando la cajita—. ¿Puedo saber qué contiene?

—Una pipa nueva y una bolsa de su tabaco preferido.

Avalon lo miró con incredulidad.

—¿Tiene ciento veinte años y aún fuma?

Fraser se encogió de hombros.

—Sí. Se toma media botella de whisky todos los días, y por si fuera poco le gustan mucho las mujeres, de modo que no te sorprendas si esta noche coquetea contigo.

Avalon notó por su mirada que estaba bromeando.

—Muy bien, vamos allá antes de que cambie de opinión.

Cuando subieron al vehículo para dirigirse al ayuntamiento del pueblo, el sol ya se había hundido en el horizonte y las primeras estrellas iluminaban el cielo. Más allá de la carretera se podía ver el puerto, repleto de barcos con linternas en los mástiles, que vacilaban. La puerta del edificio estaba abierta, de tal manera que podían escuchar el sonido de las risas de los asistentes. Avalon sabía que en cuanto cruzara el umbral todas las miradas se fijarían en ella, y tenía miedo de decir algo estúpido.

Su nerviosismo se incrementó cuando Fraser la abrazó por los hombros y la miró intensamente.

—Una advertencia antes de que entremos. Quiero que esta fiesta sea un éxito. Aprecio mucho a Donny. Por favor, no me dejes en

mal lugar. Recuerda quién se supone que eres y, actúa en consecuencia.

Avalon lo miró en silencio, enfadada, pero suspiró y apartó la mirada de inmediato.

—Lo intentaré, pero no puedo prometerte nada. Nunca he sido buena actriz.

—Pues piensa que esta noche estás intentando conseguir el Oscar —dijo, echándole el pelo hacia atrás y mirándola con ojos de depredador—. Tal vez necesites un beso para estar más motivada.

Los ojos verdes de Avalon se abrieron de golpe, alarmados.

—No creo que sea necesario, no es…

Fraser la besó. La ferocidad del inesperado asalto a sus dulces labios continuó hasta que sintió su lengua. Segundos después, el jefe del clan aflojaba su abrazo, como invitándola a separarse, pero Avalon estaba tan excitada que no prestó demasiada atención. Le temblaban las piernas, y su corazón latía a toda velocidad Cuando Fraser se apartó, estaba mareada.

—¿Y bien? —preguntó él—. ¿Ha mejorado tu humor o necesitas más?

Vagamente, Avalon pensó que era una pregunta bastante estúpida en aquel instante.

Fraser sonrió y tomó su rostro entre las manos.

—Ya veo que te has quedado sin palabras —continuó—. Y ardiendo de deseo. Es una buena señal. Ahora debes agarrarte a mi brazo con naturalidad, para que podamos entrar.

Toda una multitud los esperaba en la entrada del ayuntamiento. Al verlos, sonrieron y les dieron la bienvenida, apartándose con respeto para que Fraser pudiera avanzar. Avalon miró a su alrededor, intentando aparentar calma. Las paredes y techos estaban decorados. Había mesas con comida y bebida por todas partes, y una banda de músicos en el escenario. Los más viejos descansaban sentados mientras los jóvenes se dedicaban a charlar. El invitado de honor se encontraba en una larga mesa, flanqueado por sus igualmente ancianos parientes. Mientras avanzaban, la animada conversación de los asistentes fue convirtiéndose en un murmullo hasta que todos dejaron de hablar. Se detuvieron ante el anciano. Entonces, Fraser sonrió y dijo:

—La *Caileagh Bhan* ha venido para presentarte sus respetos y desearte un feliz cumpleaños, Donny.

El anciano levantó la mirada. Sus ojos brillaban con energía en

un rostro curtido por los elementos. La observó con atención, asintió y sonrió a su vez.

—Hemos traído un regalo, señor McLeod.

Avalon intentó mantener la compostura y le dio el regalo. Para su sorpresa, el anciano tomó su mano y se la besó.

Sobre la mesa descansaban varios vasos de whisky, llenos. Fraser tomó uno, lo levantó para brindar por él y empezó a hablar en gaélico. Después se bebió el contenido de golpe, como parecía ser la costumbre, tomó otro vaso y se lo dio a Avalon. No sabía qué hacer. Pero repitió el gesto de Fraser y dijo:

—Señor McLeod, estoy aquí para presentarle mis respetos, pero ha sido usted el que me ha hecho el honor al besar mi mano. Buena salud entonces para un caballero tan galante.

El whisky quemó su garganta, pero estaba decidida a comportarse adecuadamente, de modo que lo soportó. Un murmullo de aprobación llenó la sala.

—¡Dios mío! —murmuró a Fraser cuando se hubieron alejado—. Me arde el estómago. Creo que voy a ponerme enferma.

Fraser la agarró del brazo con fuerza.

—Ni se te ocurra. La sensación desaparecerá dentro de unos minutos, pero será mejor que sólo tomes limonada durante las próximas dos horas.

A pesar de su dolor de estómago, consiguió controlarse. En aquel instante la orquesta empezó a tocar un vals, y Fraser la llevó hacia la pista. Dieron una vuelta entera ante la mirada del resto de los asistentes, hasta que las otras parejas se animaron y comenzaron a bailar con ellos.

—Eres una buena bailarina —murmuró a su oído—. Eres tan rápida con los pies como con la lengua. Por cierto, me has impresionado con el brindis. Eres mejor actriz de lo que crees.

—No estaba actuando. Es un hombre impresionante. Lo que dije lo dije en serio.

Cuando terminó el vals sonó un redoble de tambor. Anunciaron algo en gaélico desde el estrado. Fraser se encogió de hombros y la llevó a una mesa.

—Será mejor que te quedes aquí esta vez. Es un baile tradicional.

La idea de alejarse de él le agradó, pero la extraña sensación que tenía en el estómago había desaparecido y no tenía ganas de sentarse.

—No quiero sentarme —protestó—. Dijiste que me divertiría y eso es precisamente lo que voy a hacer. Puedes enseñarme.

—Es rápido y muy complicado —comentó él, mirándola con incredulidad.

—¿Y qué?

Fraser la miró como diciendo que ella se lo había buscado. La agarró del brazo y la llevó hacia la pista, donde se encontraban las restantes parejas, dispuestas a comenzar. Casi de manera instantánea Avalon se arrepintió, pero la música empezó enseguida y no tuvo más remedio que continuar.

Su rapidez y sus reflejos impidieron que terminara en el suelo y que hiciera el ridículo. El baile terminó al cabo de un rato y Fraser la alejó de la pista.

—Ahora sé por qué recomendaste que me pusiera algo ligero.

—Sí —dijo él, mirándola de arriba a abajo—. Necesitas hacer un poco de ejercicio. No estás en buena forma.

Avalon entrecerró los ojos, pero antes de que pudiera encontrar una forma de contraatacar a su crítica, él cambió de conversación.

—No podemos seguir bailando juntos. Se supone que debemos charlar con el resto de los invitados. Hay unas cuantas señoras de edad avanzada que se sentirían muy ofendidas si el jefe del clan no las saca a bailar. Mi rango impone ciertas obligaciones.

—Nobleza obliga —se burló ella—. Pero no necesitas preocuparte por mí. Tornaré otra copa y…

—Haz lo que prefieras, pero ten cuidado con el whisky. No te emborraches. Tengo planes para ti cuando lleguemos a casa.

La besó con rapidez en la mejilla, se dio la vuelta y se alejó.

Avalon lo miró, sorprendida. Planes. Aquello sonaba vagamente amenazador, sobre todo si significaba lo que creía que significaba. Pero estaba decidida a dar una lección al jefe del clan de ojos azules que tan irresistible se creía.

Suspiró, caminó hacia el buffet y se sirvió un refresco. Los invitados charlaban y reían entre ellos; deseó haber entendido gaélico para poder unirse a la fiesta. La diferencia de idioma incrementaba su sensación de desarraigo. No pertenecía a aquel lugar, y nunca pertenecería a él. De vez en cuando alguien sonreía y ella devolvía la sonrisa, pero el contacto no parecía profundizar mucho más. Tenía la impresión de que no conseguiría hablar con nadie.

—Hola, Avalon. ¿Te diviertes?

Avalon reconoció la voz de inmediato. Más animada, se dio la vuelta y sonrió aliviada a Aileen.

—Estaba recobrando el aliento después del baile.

La dependienta rió.

—Sí, ya os vi en la pista. Si piensas que ese baile es rápido, espera a que toquen *Strip the willow* Es letal. Acepta mi consejo y siéntate. Por cierto, ¿dónde está Fraser?

—Cumpliendo con sus obligaciones sociales. Esparciendo su encanto por toda la sala —bromeó—. Se supone que yo debería estar haciendo lo mismo, pero resulta difícil cuando no se conoce a nadie.

—Es típico de los hombres marcharse de repente. Pero de todas formas, me conoces a mí. Tomaremos algo y después te presentaré a algunas personas para que rompas el hielo. Lady Pamela nunca habría permitido que Fraser la abandonara en una fiesta. Se habría pegado a él como una lapa —declaró, abriendo una lata de zumo de naranja—. No sé qué ve en ella. Es preciosa, pero Fraser no es estúpido. Debería saber el tipo de mujer que es.

Avalon odiaba los cotilleos, pero deseaba ser educada, de modo que demostró cierto interés por su comentario.

—No puede ser tan mala.

—¿No? Espera a conocerla. Ni siquiera es aristócrata. La llamamos Lady Pamela por su actitud.

De repente gimió, se mordió el labio y añadió, nerviosa:

—No le contarás lo que he dicho a Fraser, ¿verdad? No le gustaría.

Avalon sonrió.

—No te preocupes, no diré nada.

Aileen parecía bastante incómoda.

—Fraser tiene razón, hablo demasiado. Debería aprender a cerrar la boca. Pero de todos modos, no importa. Cuando os hayáis casado no tendrá razón alguna para aparecer de nuevo.

Avalon decidió que había llegado el momento de cambiar de conversación.

—¿Qué hay de esos amigos de los que me habías hablado? ¿Vas a presentármelos?

Poco antes de medianoche, y mucho antes de que terminara la fiesta, Fraser le dijo que debían marcharse. Cansada y bastante alegre, lo siguió y subieron al todoterreno.

—Me alegra comprobar que seguiste mi consejo y que te

encuentras razonablemente sobria —comentó al arrancar.

Por primera vez desde que se conocían, parecía estar contento con ella.

—No ha sido fácil —dijo—. Todo el mundo tenía una copa en la mano, como si no pudieran vivir sin ella. Ahora ya sé por qué se inventó el whisky en Escocia. Para que los escoceses tuvieran energía suficiente como para bailar esa música.

—Sí —rió él, sin apartar la vista de la carretera—. Puede que tengas razón.

En la oscuridad podía contemplar su duro y atractivo rostro. Avalon se preguntó si no estaría empezando a gustarle. Enamorarse de él era algo que ni siquiera podía plantearse, aunque deseara tocarlo, aunque deseara sentir sus labios una vez más. No, no era amor, no podía serlo. Sólo era la excitación de la fiesta y el fuego de sus venas.

Había estado charlando con Aileen y con otras chicas. Entre las cosas que habían dicho y lo que había conseguido adivinar, empezaba a conocer mejor a Fraser y a las gentes del lugar.

Eran sinceros, nobles y cariñosos. Al parecer, Fraser contaba con gran cantidad de virtudes, y en abundancia, aunque las ocultara bajo una muralla de granito. No había ninguna mujer de Suilvach que no estuviera enamorada de él, pero ninguna parecía molesta con su súbita aparición. La vieja leyenda se había hecho realidad y nadie se atrevía a discutirla. Podían envidiarla, pero el destino la había escogido, luego debía merecer tanto honor y felicidad. Su lógica resultaba tan aplastante y altruista que la sorprendió. Hasta entonces no había experimentado nada por el estilo. Hasta entonces, el mundo había estado lleno de oportunistas y canallas egoístas dispuestos a hacer cualquier cosa.

Cuando llegaron a la casa, seguía pensando en ello. Fraser la invitó a entrar, cerró la puerta a su paso y la tomó del brazo mientras avanzaban hacia la biblioteca. El fuego aún estaba encendido, brillando en la oscuridad, y Avalon sintió que su pulso se aceleraba. Estaba entre aterrada y excitada por lo que pudiera ocurrir.

—Creo que será mejor que me vaya a la cama —se atrevió a decir—. Ya hablaremos mañana.

Fraser encendió una pequeña lámpara que había sobre el escritorio. Entonces vio la determinación que brillaba en sus ojos azules.

—No, Avalon, hablaremos ahora. Creo que ha llegado la hora de que nos conozcamos mejor.

Capítulo 5

Avalon se encontraba de pie junto a la chimenea. Aceptó la bebida que le ofreció, una mezcla de whisky de malta con agua. Tomó un poco, dejó el vaso sobre la repisa y lo miró con nerviosismo.

—De acuerdo. ¿De qué quieres hablar?

Fraser arqueó una ceja.

—De ti y de mí. ¿De qué si no? —contestó, bebiendo un poco y mirándola por encima del borde del vaso—. ¿Te has divertido en la fiesta?

—Sí —contestó con inseguridad—. De hecho, me he divertido bastante.

—Me alegra ver que conectaste con el espíritu de la ocasión —declaró, caminando hacia ella—. Ahora nos encargaremos de que conectes más a fondo.

Fraser dejó a un lado su copa. Todas las dudas que pudiera tener sobre sus intenciones desaparecieron en cuanto sintió que empezaba a desabrocharle la camisa. De forma instintiva intentó apartarlo, pero después se rindió a lo inevitable. No podía encontrar las fuerzas para resistirse al deseo que sentía. El simple contacto de sus dedos contra la piel de su cuello había bastado para que se estremeciera de los pies a la cabeza.

Cuando alcanzó el tercer botón la miró y dijo con total tranquilidad:

—No quiero casarme con una mujer que no disfruta de una vida sexual saludable.

—Y quieres probarme antes de comprarme, ¿verdad?

Intentó decirlo con ironía, pero no fue nada convincente.

—En efecto —contestó él, desabrochando el último de los botones.

Le quitó la camisa con suavidad y la dejó caer sobre la alfombra. La atrajo hacia sí, le quitó el sujetador y observó su cuerpo desnudo, lleno de deseo.

En cualquier otro momento, Avalon se habría sentido terriblemente avergonzada, pero el evidente placer que denotaba su rostro la llenó con tal alegría que la caricia de sus ojos bastó para que se excitara.

Fraser la besó de forma tan apasionada que apenas se dio cuenta de que acababa de quitarle la falda. Sin apartarse de ella, completó la operación desnudándola por completo. Entonces dio un paso atrás y la observó de nuevo. Al igual que la vez anterior, su mirada denotó una admiración absoluta.

—Dios mío —susurró él, de forma reverencial—. Eres preciosa. Terriblemente deseable.

Fraser comenzó a desnudarse, ante la fascinada atención de Avalon. La suave luz del fuego iluminaba su cuerpo dándole la apariencia de un dios griego, viril, casi esculpido en bronce.

La tomó en sus brazos y sus bocas se unieron. Ella notó que acariciaba sus senos con sensibilidad, bajando después hacia su estómago y hacia, su pubis. Sus dedos se introdujeron entre sus piernas y Avalon lo mordió en el hombro con un gemido. Lentamente fueron deslizándose hasta el suelo, donde lo miró excitada mientras continuaban su danza erótica.

Fraser la besó de nuevo. Poco a poco fue descendiendo hasta llegar a sus seno Acarició su pelo; al notar que se colocaba sobre ella, apartó las piernas y arqueó el cuerpo como respuesta a su deseo. Cuando entró en su interior, sintió un leve dolor y gimió de nuevo. Segundos más tarde comenzaba a moverse de forma rítmica, derritiéndola en un delirio sensual.

Avalon apoyó la cabeza en su cuello. El mundo había dejado de existir. Sólo existían sus cuerpos, el brillo del fuego en la chimenea, y la pasión que la dominaba. Su masculino olor embriagaba sus sentidos, inflamándola. Hicieron el amor hasta que al cabo de un rato un sonido casi animal surgió de la garganta de Fraser. En el preciso momento en que se deshacía en ella, el cuerpo de Avalon se estremeció de forma convulsiva. Apretó los dedos sobre los duros músculos de su espalda y suspiró, satisfecha.

Fraser la besó durante un buen rato, hasta que su respiración se normalizó. Después se apartó de ella y la atrajo hacia sí de tal forma que estaban mirándose cara a cara. Su frente estaba cubierta de sudor. Alegre, sonrió encantada.

—Te dije que era virgen, ¿no es cierto?

Fraser le dio un beso en la punta de la nariz y empezó a jugar con el lóbulo de su oreja.

—No lo había dudado ni un sólo momento.

—Mentiroso. No podías esperar a descubrir si era cierto, ¿verdad?

—No. Y tú tampoco podías esperar a demostrármelo. A juzgar por los sonidos que hacías, creo que te ha gustado la experiencia.

Avalon sonrió de nuevo.

—¿Qué oportunidad tendría contra un hombre como tú una simple chica inocente como yo? Un par de copas, una alfombra lujosa frente a una chimenea, una iluminación cálida… Me pregunto a cuántas mujeres habrás seducido con el mismo procedimiento.

Fraser estaba acariciándole la nuca.

—He perdido la cuenta. ¿Importa mucho?

Ella inclinó la cabeza y lo besó en el pecho.

—No, pero me preguntaba qué te habré parecido en comparación con las demás.

—Yo diría que eres de las mejores —contestó, después de fingir que estaba pensándolo.

—¿Sólo eso? —bromeó—. Mmmm… Hieres mis sentimientos. Si fueras un caballero de verdad, habrías mentido. Habrías dicho que soy la mejor.

—De acuerdo. Entonces eres la mejor. Las demás no eran nada comparadas contigo.

—¿Incluso mejor que Pamela? —preguntó con inocencia.

Fraser se puso en tensión, como si hubiera tocado una de sus fibras más sensibles. Todo calor había desaparecido de repente, bajo el peso de su evidente irritación.

—La relación qué mantengo con Pamela no tiene nada que ver contigo —espetó.

La tristeza de Avalon se transformó rápidamente en resentimiento. Cuando terminaron de vestirse, ella preguntó, furiosa:

—Es tu novia, ¿verdad?

—Ya te he dicho que no es asunto tuyo.

Avalon lo miró con incredulidad, sin comprender cómo podía ser tan insensible. La había elevado a cumbres desconocidas hasta entonces para dejarla caer segundos más tarde y colocarla en su sitio.

—Por supuesto que es asunto mío. Hasta hace unos minutos era virgen. He dejado que me hagas el amor, y creo merecer al menos cierta consideración.

—Has hecho el amor conmigo porque has querido —puntualizó —. Los dos nos hemos divertido, nada más. Si intentas sacar otras

conclusiones, te estás engañando.

—Sí, tienes razón, Fraser. Me he engañado —declaró con amargura—. Pensé que por primera vez en mi vida había conocido a un hombre sincero y decente, alguien de quien me podía enamorar. Pero estaba equivocada, como de costumbre. Puede que seas atractivo y que tengas dinero y buena posición, pero sólo eres un cínico sin corazón.

Avalon caminó hacia la puerta con intención de marcharse, pero Fraser la detuvo, impidiéndole el paso. La luz del fuego se reflejaba en sus ojos, dando a su rostro una expresión aún más dura.

—Has conseguido estropear lo que habría sido una noche preciosa.

Ella lo miró, incrédula.

—¿Yo? ¿Te atreves a acusarme a mí?

—Sí, a ti. Estás celosa.

—¿Yo? ¿Celosa? —rió—. Estás loco.

—Entonces, ¿por qué has preguntado por Pamela? Si no son celos, ¿por qué tendrías que preocuparte por las mujeres que conozco?

Su lógica resultaba aplastante e incontestable.

—Ya te lo he dicho. Pensé que…

Avalon recapacitó a tiempo y no terminó la frase.

—Pensaste que te estabas enamorando de mí —dijo él—. Me honras con ello, pero el que te encuentre atractiva sexualmente no quiere decir nada en absoluto. Aún no te has ganado la exclusividad de mis sentimientos. Hasta que te ofrezca la posibilidad de ser la primera dama del clan veré a todas las personas que me apetezca, cuando me apetezca.

—Por mí no hay ningún problema. Siempre y cuando entiendas que a partir de ahora no dejaré que te acerques a mí. Ahora, aparta ese maldito brazo y deja que pase.

Avalon pegó un portazo al salir y se dirigió a su dormitorio.

Aquella noche no consiguió dormir demasiado. Cuando amaneció, le dolía la cabeza, de manera que decidió tomar una ducha fría.

Se puso un chándal de color azul y unas deportivas. Después, abrió la ventana y respiró profundamente. Olía a mar y a resina de pino. Y más allá del bosque pudo contemplar las olas chocando contra la playa.

El sentimiento de enfado e injusticia derivado de la noche

anterior desapareció de inmediato, reemplazado por una extraña mezcla de culpa y arrepentimiento. Ahora entendía que le había dado razones más que suficientes para que se enfadara con ella.

Desde su llegada no había hecho otra cosa que dejar claro que no era su prometida y que no tenía intención de casarse con él. En tales circunstancias, no tenía derecho alguno a mencionar a Pamela.

Por mucho que lo negara intelectualmente, su corazón sabía que estaba celosa. Había cometido el clásico error de confundir sexo con amor. Además, no podía creer que se hubiera enamorado de un hombre que era un completo enigma. Sin embargo, de no haber estado enamorada, no habría corrido a buscar excusas a su comportamiento.

Las cosas se habían complicado bastante. No pertenecía a aquel lugar y ambos lo sabían. Fraser sólo intentaba mostrar cierta consideración hacia Kirsty y hacia los lugareños que creían en la leyenda, pero a la hora de la verdad, se casaría con la mujer que él eligiese.

Decepcionada, se apartó de la ventana, arregló la cama y bajó por las escaleras.

Al llegar al recibidor se detuvo. No se oía nada. De manera impulsiva abrió la puerta principal de la casa, salió y caminó hacia la playa, entre los árboles. La playa estaba desierta, y un par de gaviotas volaban en lo alto, observándola con curiosidad. A su izquierda, la playa avanzaba hacia el pueblo, de modo que comenzó a correr en dirección opuesta.

Corrió hasta que no pudo más. Descansó un poco y siguió corriendo durante diez minutos más hasta que llegó al otro extremo de la bahía. Entonces subió a una roca y contempló el panorama. No había visto nada tan bello en toda su vida. Las grandes olas verdes del Atlántico chocaban a lo largo de la costa contra los acantilados rojizos, en un paisaje virgen no contaminado por la civilización. Un lugar donde cualquier poeta podría encontrar la inspiración, donde cualquier alma atormentada podría encontrar la paz.

Tal vez fuera la sensación de soledad y la belleza, o tal vez sus propios sentimientos, pero una lágrima resbaló por su mejilla. Perdida en sus pensamientos, se sentó sobre la roca durante un buen rato, hasta que se levantó suspirando y regresó a la casa.

El ejercicio había despertado su apetito. En cuanto entró en la mansión, el olor a bacon la guió directamente a la cocina. Cuando

se encontraba en el pasillo, escuchó la voz de Fraser y dudó. La perspectiva de enfrentarse a él tan temprano no le apetecía demasiado, pero era consciente de que debían verse cara a cara en algún momento. Intenta recomponer su autoestima, respiró profundamente y entró.

—Buenos días.

El ama de llaves se dio la vuelta y sonrió.

—Estaba esperándote. Sírvete el zumo de naranja y los cereales. Mientras tanto, te prepararé algo apetitoso.

Incómoda por la presencia del dueño de la casa, se sirvió un vaso de leche y se sentó en la mesa, frente a él. Fraser estaba tomándose un café.

—Parece que esta mañana te has levantado con espíritu deportivo —dijo con ironía—. ¿Piensas salir a correr?

—Ya he salido —murmuró, molesta por su tono de sarcasmo—. Me levanté hace una hora y salí a correr por la playa.

Fraser pareció impresionado.

—Bien. El aire fresco del mar hace milagros. ¿Has dormido bien?

—Como un tronco —mintió.

—Sí, supongo que se deberá al gasto de energía que hiciste anoche —comentó con inocencia, levantando la voz para que el ama de llaves pudiera oírlo—. Avalon me dejó impresionado anoche. Para ella era la primera vez, pero adoptó el ritmo de inmediato. Creo que se divirtió tanto que le habría gustado continuar toda la noche.

Avalon lo miró aterrorizada.

—¿A qué te refieres? —preguntó la señora MacKay. Los ojos azules de Fraser brillaron con malicia. No podía creer que fuera a contar lo sucedido.

—Al baile —rió, divertido—. Le dije que no participara, pero se empeñó en hacerlo.

Avalon lo miró durante unos segundos. La había engañado por completo.

Fraser se sirvió otra taza de café.

—No te molestes en preparar comida. Avalon y yo comeremos en el hotel. Y probablemente, no regresaremos hasta tarde.

—Bueno, si pensáis ir a Inverness, podríais traer…

—Hoy no. Voy a sacar el *Flamingo* para pescar salmones en Larig Bay —dijo, mirando a Avalon—. No te importará dar un pequeño

paseo en barco, ¿verdad?

Avalon sabía que no tenía elección, a pesar de que su experiencia en el yate no había despertado en ella ningún amor por la navegación. Apartó el vaso de leche y dijo:

—Como quieras, Fraser. Pero no me gustaría molestarte.

—No te preocupes, no me molestarás. De hecho, insisto en que vengas conmigo —sonrió.

—En tal caso, ¿cómo puedo negarme, cariño?

El tono de sarcasmo de su voz pasó desapercibido a la señora MacKay, que sonrió y suspiró, encantada con lo que parecía ser una típica conversación entre enamorados.

Dos horas más tarde condujeron hacia el pueblo y aparcaron en el puerto. El *Flamingo* era un barco pequeño, pero de línea poderosa y aspecto veloz. Fraser se detuvo un momento en el muelle, observándolo con orgullo y dándole todo tipo de explicaciones sobre el navío.

Avalon escuchó con cierto aire distante, asintiendo cuando debía, hasta que al cabo de un rato preguntó:

—¿Vamos a ir muy lejos?

—A unas veinte millas marinas.

—¿Vas a recorrer veinte millas para pescar? —preguntó asombrada.

—¿Por qué no?

—Bueno, a decir verdad, no me interesan demasiado los peces.

—Lo siento por ti. La futura dama del clan debería estar interesada por todo lo que tiene que ver con su comunidad.

—Mira, Fraser, ahora estamos solos y podemos hablar con sinceridad. Tú no quieres casarte conmigo, de modo que no necesitamos continuar con esta farsa.

Fraser apretó los labios enfadado. La tomó por los hombros y su voz sonó con la fuerza de un látigo.

—No sabes lo que quiero, pequeña loca. Que me case o no contigo depende exclusivamente de ti.

Sus ojos verdes lo miraron, desafiantes.

—Ya. Me olvidaba de que tu esposa debe merecer tu posición social. Creí que el matrimonio tenía, que ver con el amor, no con el dinero.

Fraser la soltó, pero sin dejar de observarla con atención.

—Hasta ahora lo has hecho muy bien. No dejes que tu mal carácter lo estropee todo.

—No tengo mal carácter —protestó—. O no lo tenía hasta que te conocí.

—Hasta que me conociste tampoco eras una mujer completa —le recordó—. Pero has aprendido deprisa. Aún hay esperanzas.

Avalon supuso que aquello era lo más parecido a un cumplido que escucharía de sus labios.

—De acuerdo —suspiró—. Vamos a visitar a tus preciosos peces.

—Aún no —dijo, mirando el reloj—. Tengo que hacer unas cuantas gestiones en la oficina del puerto. Reúnete conmigo allí, dentro de una hora, e iremos a comer al hotel antes de zarpar.

—¿Y qué se supone que voy a hacer durante una hora, sola? —preguntó—. ¿Sentarme en el malecón?

—No. Puedes demostrar cierta iniciativa y ser sociable. Hay mucha gente en el pueblo. Ya te conocen, y se detendrán a charlar contigo a poco esfuerzo que hagas. Al menos intenta demostrar cierto interés por su forma de vida.

Avalon abrió la boca para protestar, pero no tuvo tiempo porque Fraser se alejó de inmediato. Durante unos segundos permaneció allí, irritada, con los puños apretados. Se preguntó qué había querido decir con aquel último comentario. Tal vez creyera que era una típica esnob de ciudad. Le interesaba la vida de la gente. Le interesaba todo el mundo. Siempre había intentado demostrar sensibilidad con sus amigos y con la gente que no conocía. Precisamente su problema radicaba en que era demasiado amistosa en ocasiones, demasiado ingenua, demasiado confiada. Resultaba fácil aprovecharse de ella.

Caminó hacia la calle principal, y cuando llegó, miró a ambos lados sin saber muy bien qué hacer. Ni siquiera había un café donde pudiera sentarse a tomar algo. El bar del hotel aún no estaba abierto.

Sonrió a las personas que pasaban, pero no se le ocurrió ninguna excusa para detenerlos y charlar. Entonces se dio cuenta de que era la segunda vez que Fraser la colocaba en aquella tesitura. La noche anterior, durante la fiesta, la había dejado sola. Por fortuna, Aileen había salido en su rescate.

Y de repente, encontró la respuesta. Podía ir a la casa de Kirsty, a la casa que se encontraba en lo alto de la colina. De todas formas tenía intención de visitarla para buscar unas cuantas respuestas a ciertas preguntas que la preocupaban. Aquella era una oportunidad ideal.

La puerta de la casa estaba abierta, intentó llamar de todos modos, pero una voz conocida la invitó a entrar.

—Pasa, Avalon.

Kirsty estaba sirviendo dos tazas de té. Una vez más, Avalon se estremeció.

—¿Cómo sabías que era yo, Kirsty?

—Estaba en el jardín hace unos minutos y vi que subías por la colina.

—Oh —sonrió, sintiéndose completamente idiota.

Kirsty la observó con simpatía.

—Ese chándal parece muy cómodo. ¿Crees que me quedaría bien algo parecido? —rió, sin esperar una respuesta—. Sinceramente, lo dudo. Creo que seguiré con mis viejas ropas.

Inclinó la cabeza y la miró directamente a los ojos antes de sonreír y añadir:

—Hay algo distinto en ti, Avalon. Has cambiado.

—¿Cambiado? ¿En qué sentido?

—Digamos que pareces más madura —rió de nuevo—. Pero no te sientas avergonzada. He notado esa expresión en otras jóvenes muchas veces. No saben que está ahí, pero yo puedo verla. En fin, siéntate, tómate el té y cuéntame qué te preocupa.

—¿Qué te hace pensar que me preocupa algo?

—Oh, nada. ¿Dónde está Fraser?

—En el puerto.

Kirsty asintió.

—De modo que has aprovechado la oportunidad para visitarme. Bueno, me siento muy honrada —dijo, mientras liaba un cigarrillo —. He oído que estuviste en la fiesta anoche. ¿Te divertiste?

—Sí —admitió—. No lo esperaba, pero me divertí mucho. La gente del lugar parece disfrutar con las diversiones.

—Si, cualquier excusa sirve para disfrutar de una buena copa y un buen baile —rió, encendiendo el cigarrillo—. Me alegra saber que las cosas marchan bien entre Fraser y tú. A veces puede ser muy obstinado, pero es un buen hombre. No lo hay mejor.

Avalon pensó que aquella conversación no conducía a ningún sitio, de modo que apartó la taza de té, respiró profundamente y dijo:

—He mentido. Hay algo que me preocupa. Necesito saber qué está ocurriendo aquí, Kirsty. He venido porque eres la única persona que puede darme las respuestas que necesito.

Kirsty sonrió con amabilidad.

—Es natural que estés confundida. Ya te dije que necesitarías tiempo para acostumbrarte.

Avalon suspiró.

—No tiene nada que ver con acostumbrarme. Hay muchas cosas que no comprendo. Si Fraser quiere casarse, ¿por qué no ha elegido a una chica del lugar? Tendría dónde escoger. Anoche conocí a muchas chicas más atractivas que yo, e igualmente capaces.

—¿Es eso lo que te preocupa? Pensé que lo sabías. La novia del jefe del clan debe llegar del mar. Tiene que…

Avalon movió la cabeza en gesto negativo, impaciente.

—Por favor, no empieces a hablar de leyendas y cosas por el estilo. Sé que su madre y su abuela llegaron del mar, pero sólo es una coincidencia.

Kirsty permaneció unos segundos en silencio, hasta que al fin se explicó.

—Fraser no puede casarse con una mujer del clan. Debe desposar a una extraña. Es una ley del clan que no ha cambiado durante cientos de años. Sólo somos un pequeño clan de esta parte del país. Nuestros antepasados decidieron que los jefes del clan se casaran con forasteras para que el aislamiento no empobreciera la vida de la gente. La mezcla cultural y racial mejora a las personas —sonrió—. A mí me parece una simple cuestión de sentido común.

Avalon la miró, en silencio.

—Hay algo que no has mencionado, ¿verdad? Algo acerca de que la novia debe ser merecedora de tal posición. Fraser no deja de repetirlo.

—¡Pero tú eres merecedora! Puedo asegurarte que…

—Fraser no está de acuerdo —interrumpió con frialdad—. O al menos, tiene serias dudas. No creo que tenga intención de casarse conmigo, Kirsty.

La anciana la miró sorprendida.

—¿Cómo puedes decir algo así? Por supuesto que se casará contigo. Sólo está preocupado por…

—¿Quién es esa Pamela de la que tanto he oído hablar?

—¿Pamela?

—Sí, Pamela —repitió impaciente—. No hay nada que le impida casarse con ella, ¿no es cierto?

De repente, Kirsty se llevó una mano a la cabeza y vaciló como si le doliera algo. Avalon pensó durante un momento que sólo se

trataba de un truco para no contestar, pero estaba tan pálida que comprendió de inmediato que era sincera.

—¿Kirsty? ¿Te ocurre algo? No pretendía molestarte.

—No te preocupes, estoy bien —contestó, sonriendo con debilidad—. A veces me duele la cabeza y tengo la impresión de que voy a desmayarme ¿De qué estabas hablando?

—No importa. Tranquilízate un poco mientras te sirvo un té.

—No, ahora lo recuerdo. Querías saber qué sucede con Pamela. ¿Has hablado sobre ello con Fraser?

—Si y me dijo que no era asunto mío.

Kirsty asintió, pensativa.

—Ya veo. Bueno, si no quiere hablar sobre ella debe tener una buena razón y en tal caso no debería…

De repente dejó de hablar. Abrió los ojos de golpe y su mirada pareció perderse en algún punto lejano.

Esta vez Avalon se alarmó seriamente.

—¿Kirsty? ¿Kirsty? ¿Quieres que llame a un médico?

Kirsty estaba aferrada a la mesa, con tal fuerza que tenía los nudillos blancos Un extraño sudor cubría su rostro Se inclinó sobre ella y la miró parecía en trance. Pensó que tal vez debería tumbarla en la cama Tenía la impresión de que ella había provocado aquel estado en su amiga. Sospechaba que guardaba alguna relación con sus preguntas.

—¿Kirsty? Por favor habla conmigo Por favor di algo.

Llevó las manos a su muñeca e intentó tomarle el pulso. Debía pedir ayuda. Tal vez se tratara de un ataque al corazón.

De repente salió de su trance y dijo en un tono de voz profundo y extraño:

—El *Starlin.*

—Tranquilízate Descansa y…

Kirsty la agarró del brazo con fuerza.

—Debes darte prisa. El *Starlin*… Seven Needles… Díselo a Fraser.

—Pero está en el puerto.

—Sí, sí. ¡Por Dios, corre!

Avalon no perdió el tiempo discutiendo. El tono de voz de Kirsty hizo que reaccionara. Corrió hacia la puerta y después de mirarla por última vez bajó a toda velocidad por la colina, hacia el pueblo.

Cuatro minutos más tarde llegaba a la oficina del puerto, agotada. Entró con tal desesperación que Fraser se dio la vuelta y

frunció el ceño.

—¿Pero qué diablos sucede?

Avalon se detuvo ante él, intentando respirar. Él la abrazó por los hombros.

—Tranquila, no te asustes. Ya estás a salvo.

—No soy yo —acertó a decir—, sino Kirsty. Algo le ha pasado. Me ha pedido que viniera a avisarte. Ha dicho que el *Starling* está en peligro, en Seven…

—¿Seven Needles?

Ella asintió.

—No sé qué quiere decir.

La expresión de Fraser cambió de repente. Resultaba evidente que significaba algo importante.

—De acuerdo. Necesitaremos ayuda. Una vida puede estar en peligro. ¿Quieres venir conmigo o tendré que perder el tiempo buscando a otra persona?

Avalo lo miró, indignada.

—Si me conocieras tan bien como crees no harías preguntas tan estúpidas. Vamos.

Capítulo 6

El motor del *Flamingo* arrancó con un estruendo, y salieron del puerto a toda velocidad. El agua que salpicaba impedía la visibilidad desde la cabina, de modo que Fraser puso en marcha los limpiaparabrisas, y le pidió a Avalon que permaneciera cerca para que pudiera oírla.

—Hay un rollo de cuerda en el armario que tienes a tu espalda. Cógelo. Puede que lo necesitemos.

Avalon obedeció.

—¿Se puede saber qué está pasando? ¿Quién está en peligro?

—Big Duncan. Pesca langostas. El *Starlin* es su barco, y si se ha dirigido a Seven Needles puede tener problemas. Tardaremos diez minutos en llegar, y espero que no sea demasiado tarde, porque no sabe nadar.

Avalon lo miró, pensativa. Estaba en completa tensión, bien aferrado al timón del barco. Su aspecto de marino curtido parecía indicar que estaba dispuesto a navegar hasta el mismísimo infierno llevándola consigo. Se apretó contra él para llamar su atención.

—¿El *Starlin* no lleva radio a bordo?

—No, ya te lo he dicho. Sólo es un bote.

Avalon quería preguntar algo más, pero no lo hizo. Sabía que en poco tiempo obtendría una respuesta. Si cuando llegaran no veían rastro de ningún navío, ni restos de un naufragio, la advertencia de Kirsty sólo habría sido el producto de una mente enferma. Pero si lo encontraban, la cosa sería muy distinta.

Fraser fue el primero en divisar la embarcación. Avalon contempló las enormes olas que batían las rocas de la costa. Un hombre vestido con una gabardina amarilla intentaba mantener la embarcación a una distancia prudencial de los acantilados, remando desesperadamente.

—Se le ha debido averiar el motor —comentó Fraser—. No va a resultar fácil rescatarlo. Tendré que acercarme a él por la popa, o la cuerda podría enredarse en nuestra hélice.

Fraser colocó el barco en posición y dio marcha atrás. El barco avanzó lentamente. El ruido disminuyó en parte, de modo que aprovechó para explicarle la situación.

—No puedo dejar el timón, porque la corriente nos arrastraría

hacia las rocas. Es imposible acercarse más —añadió, mirándola con detenimiento—. Tendrás que hacerlo tú. Espero que no vayas a hacer algo tan estúpido como caerte por la borda…

—Haré lo que pueda. Guárdate los comentarios sarcásticos y dime qué debo hacer.

—Toma la cuerda y átala a popa. Cuando lo hayas hecho, lánzala para que Duncan pueda amarrarla a la proa del *Starlin*.

—Muy bien. No te preocupes. Sabré cuidarme.

—Pues deja de hablar y hazlo —gruñó.

Avalon agarró la cuerda y salió a cubierta, intentando mantener el equilibrio. Avanzó hacia la popa y ató la cuerda a un saliente de metal. Se aseguró de que el nudo era seguro y volvió a levantarse. Debía lanzar la cuerda. Si fallaba, tendría que recogerla de nuevo e intentarlo otra vez, pero no podía perder tiempo. No podía permitirse un error.

—¡Lanza la cuerda! —gritó Fraser desde la cabina—. No tenemos todo el día…

Avalon hizo caso omiso de su comentario y esperó a que llegara el momento adecuado. Las olas hacían que los barcos subieran y bajaran constantemente, de modo que tuvo que esperar hasta que pudo ver la pequeña embarcación. Entonces, actuó. La cuerda surcó los aires y fue a parar a los pies de Duncan.

Contenta, regresó a la cabina.

—¿Satisfecho?

—Sí —contestó con una sonrisa—. Lo has hecho muy bien, pero Duncan sigue teniendo problemas.

Avalon miró a través de los cristales y comprendió de inmediato. Duncan había recogido la cuerda, pero su bote estaba a escasos metros de las rocas y no podía detenerse para atarla. Intentaba remar con todas sus fuerzas para evitar el desastre.

—¡No ha tenido tiempo de atarla! —exclamó ella—. ¿Por qué no se agarra a la cuerda y se olvida del bote?

—Porque es un cretino obstinado y no abandonará su embarcación hasta que se hunda —murmuró, observándola de nuevo—. Tendré que dejarte a cargo del *Flamingo* durante unos minutos.

Avalon lo miró con incredulidad.

—¿Qué quieres decir con eso de dejarme a cargo? ¡No sé gobernar un barco! Y mucho menos teniendo en cuenta que el motor está marcha atrás. Dijiste que no podías abandonar el timón,

porque acabaríamos en las rocas.

—Lo sé —admitió—, pero no tenemos otra opción. Tendré que nadar hasta su bote y asegurar la cuerda por él.

Fraser le indicó que se acercara al timón y dejó en sus manos la responsabilidad del barco, que empezó, inmediatamente a retroceder hacia los acantilados.

—¡No puedo hacerlo!

—Sí, claro que puedes. Intenta recordar que…

—¡No puedo hacerlo! —exclamó de nuevo, enfadada. Pero Fraser no hizo ningún caso. Se sentó en el suelo y empezó a quitarse los zapatos. No podía adivinar lo que Avalon tenía en mente.

Pasó a su lado a toda velocidad y él intentó detenerla, sin éxito. Antes de que pudiera evitarlo, se había lanzado al mar de cabeza. Cuando salió a la superficie empezó a nadar tan deprisa como pudo hacia el *Starlin*, pensando que, en ciertas ocasiones, había que actuar sin pensárselo dos veces.

Duncan la miró con sincero asombro cuando subió al bote y se dejó caer sobre el montón de langostas. No tenían tiempo para presentaciones, de modo que se arrodilló, ató la cuerda a la proa de la pequeña embarcación y se levantó para hacerle una señal a Fraser.

El *Flamingo* incrementó la velocidad hacia delante y arrastró al *Starlin* hasta que consiguió alejarlo de las rocas.

—Gracias a Dios —suspiró Duncan, dejando el remo a un lado —. Tú debes ser la *Caileagh Bhan* de la que todo el mundo habla. Es una suerte que aparecierais poco después de que se estropeara el motor.

Avalon estaba helada y calada hasta los huesos.

—¿Dices que el motor se rompió justo antes de que llegáramos?

—Sí. No creo que hubieran pasado más de dos o tres minutos.

Avalon se estremeció de nuevo y sonrió.

—Bueno, ya estás a salvo, que es lo que importa.

Cuando se alejaron lo suficiente de los acantilados, Fraser paró los motores y esperó hasta que el bote se aproximó al barco. Después los ayudó a subir a bordo.

—¿Te encuentras bien, Duncan?

—Perfectamente, Fraser —contestó el marinero—. El maldito motor se ha atascado. Posiblemente se ha roto una válvula.

—Te llevaré a puerto, pero tendremos que atar la cuerda a la proa y acortarla para que no se enrede en las hélices.

Avalon alcanzó una manta que había en uno de los armarios y se la pasó por encima de los hombros mientras los dos hombres hacían lo necesario para regresar al pueblo.

En cuanto estuvieron en marcha, Fraser se volvió hacia ella, enfadado.

—Si hubiera tenido tiempo, te habría colocado sobre mis piernas para darte una buena lección. Hiciste una tontería al saltar por la borda.

Avalon lo miró en silencio mientras él continuaba con su diatriba.

—¿Qué diablos te ocurre? ¿Es que tienes la costumbre de lanzarte al mar con la intención de ahogarte?

—No me he ahogado.

—No, pero podías no haber sido capaz de llegar. En Seven Needles la corriente es muy fuerte. Ya viste cómo arrastraba el bote de Duncan.

—Oh, deja de quejarte. Si no te preocupara tanto tu orgullo herido te darías cuenta de que hice lo único razonable que podía hacer.

—¡Razonable! —gruñó—. No sabes lo que significa esa palabra.

Aquello fue la gota que colmó el vaso.

—Te dije que no podía manejar el *Flamingo*, pero no me hiciste caso. Oh, no. No podías molestarte en escuchar.

—Podrías haberlo intentado.

—¿Y de qué habría servido? —preguntó—. Habría fallado y el barco se habría estrellado contra las rocas. Nos habríamos ahogado todos. No fue un acto estúpido, ni valeroso. Fue simplemente práctico.

Fraser no dijo nada. Se limitó a mirar hacia delante.

Avalon se quitó las zapatillas empapadas, notando que la estaba observando por el rabillo del ojo. Estaba dispuesta a lanzarle algo a la cabeza si intentaba discutir de nuevo.

—¿Tienes frío? —preguntó él, de repente.

—Por supuesto que sí —contestó—. Estoy helada. El agua no estaba precisamente caliente.

—Entonces acércate a mí para entrar en calor. No quiero que cojas una pulmonía.

—No sabía que te importara tanto —murmuró.

Fraser la miró y declaró, suavemente:

—Me importas más de lo que crees.

Avalon supo que era sincero. No por su tono de voz, que podía ser fingido, sino por la evidente expresión de sus ojos. Se aproximó a él y dejó que le pasara un brazo por encima de los hombros.

—Apriétate contra mí todo lo que puedas.

Ella obedeció. No necesitaba que se lo dijera dos veces.

—Estoy empapada. Si seguimos tan cerca es posible que seas tú el que caiga enfermo de pulmonía.

—No me importaría nada —sonrió—. Podríamos meternos en la cama y sudar juntos.

Avalon se estremeció. Aquella posibilidad podía estar más cerca de lo que él imaginaba. De hecho, estaba a punto de estornudar.

En cuanto llegaron a puerto, Fraser la llevó al bar del hotel, que ya estaba abierto. Pidió un buen vaso de whisky con agua caliente y limón y se lo dio.

—Tómatelo con lentitud mientras busco ropa seca para ti.

Avalon probó la bebida con cuidado, haciendo un esfuerzo para dejar de temblar. Los pocos clientes que se encontraban en el local la miraron con curiosidad, una curiosidad que pronto se transformó en admiración cuando Fraser relató lo sucedido.

Despertó tanta atención que en poco tiempo se había ruborizado.

—No hice nada tan importante. Haces que parezca como…

—Sólo he contado lo que realmente sucedió —explicó él, divertido—. Si esperamos a que lo cuente Duncan, convencerá a todo el mundo de que conseguiste que se apartaran las aguas del mar Rojo.

Fraser llamó al dueño del local y pidió que trajeran ropa para Avalon, que prepararan una habitación y que dispusieran un baño con agua caliente. Después, la abrazó por la cintura y la llevó hacia una mesa que se encontraba junto a la chimenea.

Cuando se sentaron, se inclinó sobre él y susurró en tono conspiratorio:

—Cuando subí al bote de Duncan dijo que el motor se había parado unos minutos antes de que llegáramos. No había estado en peligro hasta entonces.

—Lo suponía —dijo Fraser, con total tranquilidad.

—¿No tienes nada más que decir? —preguntó, asombrada por su falta de interés—. ¿No te das cuenta de lo que significa?

—Si pretendes preguntar cómo pudo saberlo Kirsty, temo no poder ayudarte. También sabía que ibas a llegar antes de que aparecieras. Nadie sabe cómo lo hace, de modo que no tiene sentido preguntarse al respecto.

Su actitud tranquila resultaba muy clarificadora. Se podía creer en ciertas cosas o no, pero respecto a aquella mujer no cabía duda alguna. Ella misma había dudado de los supuestos poderes de Kirsty, pero había sido testigo de sus habilidades. Tal vez había llegado el momento de replanteárselo todo. No sólo relación con Kirsty, sino también con la leyenda, con los espíritus de los páramos y con los fuegos fatuos.

Sin embargo, no tenía intención de hacerlo. No quería seguir pensando en cosas para las que no encontraba respuesta.

—¿Te sientes mejor? —preguntó él, observándola con atención.

Avalon tomó un poco de su bebida. Pensó que había algo diferente en él. Su expresión seguía dura, como siempre, pero su boca no estaba tan tensa. Su agresividad habitual había desaparecido. Parecía que había empezado a respetarla. Tal vez no fuera amor aún, pero de momento era más que suficiente. Mantuvo su mirada y sonrió.

—Me encuentro muy bien.

—Te sentirás aún mejor después de tomar un baño caliente —dijo, sonriendo—. Creo que podemos olvidarnos de esa visita a los bancos de salmón. Resulta evidente que sientes pasión por el mar, y seguramente encontrarías otra excusa para lanzarte al agua.

Apenas había terminado con su bebida cuando apareció Aileen, con un chándal y unas zapatillas nuevas. Fraser hizo una señal al dueño del establecimiento, que de inmediato se presentó con la llave de la habitación.

—La habitación número tres está libre. Fraser. Y nos hemos asegurado de que tenga un buen baño de agua caliente.

Fraser la acompañó escaleras arriba, dejó la ropa nueva sobre la cama y caminó hacia el cuarto de baño.

—Tómate todo el tiempo que quieras —dijo—. Cuando termines de bañarte iremos a comer. ¿Qué te parece?

—Perfecto —murmuró ella.

Sintió que su pulso se aceleraba cuando notó la mira da hambrienta del jefe del clan. Como si leyera sus pensamientos, la tomó por la cintura.

—No sé cómo lo consigues. Incluso con un chándal mojado

irradias un calor insoportable.

—Bueno, si sigues mirándome así, conseguirás que salten todos mis fusibles —dijo ella—. ¿No crees que deberías marcharte ahora?

Fraser suspiró y sonrió.

—Sí, supongo que sí, porque lo que tengo en mente no sería muy relajante. Esperaré a un momento más apropiado.

En cuanto se marchó, Avalon se quitó la ropa, la dejó a un lado y se introdujo en la bañera.

Pasó una hora antes de que volviera a bajar al bar, vestida con el nuevo chándal negro. Cuando apareció, observó que el establecimiento estaba lleno de gente. Al verla dejaron de hablar y le hicieron un pasillo para que pudiera llegar al lugar donde se encontraba Fraser. Sus ojos azules la observaron con admiración.

—Ya te advertí que las noticias viajan muy deprisa en esta zona. Mientras estabas bañándote, Duncan se ha dedicado a invitar a medio pueblo para tomar una copa a tu salud.

Avalon se mordió el labio y lo miró, implorante.

—Me ponen nerviosa. ¿No podríamos ir a algún sitio donde…?

—Me temo que no. Sólo quieren darte las gracias por haber salvado la vida de Duncan.

—Deberían darle las gracias a Kirsty —susurró—. Yo sólo…

En aquel instante una voz se alzó sobre la multitud.

—¿Por qué no la besas, Fraser? Así podremos brindar a su salud.

Fraser sonrió y contestó en alto:

—Era exactamente lo que pensaba hacer, en cuanto cerrara la boca y tuviera la oportunidad de hacerlo.

Entonces la atrajo hacia sí y sonrió.

—No te preocupes —añadió—. Lo hago porque lo deseo, no porque lo hayan pedido.

La besó con tanta pasión que el pulso de Avalon se aceleró. Los clientes del establecimiento demostraron su aprobación y ella se estremeció ante la multitud de sensaciones placenteras que recorrían su cuerpo.

—Hablando de salvar vidas, el hombre que salvó la tuya se encuentra allí, al fondo.

—¿El hombre del tractor? ¿El que me encontró?

—En efecto, el viejo Gavin.

Fraser la llevó consigo. Se alejaron de la barra del bar y se plantaron ante un hombre de sesenta y tantos años que llevaba un viejo sombrero, algo destartalado.

Avalon se presentó con una sonrisa.

—Así que usted es Gavin, el conductor de tractores que me encontró.

—En efecto, señorita —dijo, quitándose el sombrero para expresar su respeto—. El mismo. Cuando la vi en las rocas, me pegué un buen susto.

Ella se acercó un poco más y estrechó su mano.

—Lo siento mucho. De no haber sido por usted no estaría aquí —declaró, para dirigirse a Fraser—. No te quedes ahí. Invita a mi amigo a una copa. Y de buen tamaño.

Fraser sonrió.

—Whisky, ¿verdad, Gavin?

—Por supuesto —contestó el hombre, muy contento—. Creo que me vendría muy bien.

Fraser pidió un whisky doble de la marca favorita de Gavin y se llevó a Avalon a un lado para poder hablar con más intimidad.

—Cierta persona lleva quince minutos esperándote en la calle. Quiero que salgas y que hables con él.

Avalon lo miró, sorprendida.

—¿De quién se trata?

—De un admirador.

—Estás bromeando, ¿verdad?

Fraser se encogió de hombros como si todo aquello no tuviera nada que ver con él.

—No. Yo diría que empiezas a tener bastante popularidad.

—Pues no estoy interesada en ser popular —murmuró—. Creo que esperan demasiado de mí.

—Todo tiene un precio. Pero ahora sal y habla con él. Hace mucho que espera.

—¿Por qué no ha entrado?

—Porque siente vergüenza —contestó—. Si no vas a hablar con él ahora mismo tendré que sacarte yo.

—De acuerdo. No empieces otra vez. Iré.

Con curiosidad, y algo nerviosa, salió a la calle abriéndose paso entre la concurrencia. Pero no encontró a nadie en el exterior. Decidió que había sido una broma de Fraser, y estaba a punto de volver al bar cuando de repente apareció un niño, que se aproximó a ella con cautela.

Reconoció su pelo y el rostro pecoso de inmediato. Se trataba del chico que le había llevado las zapatillas cuando estaba en casa

de Kirsty. Sorprendida, sonrió.

—Hola. Eres Jamie, ¿verdad? ¿Querías verme?

El niño se miró la punta de los pies, con nerviosismo, y al cabo dé unos segundos le dio una caja con bombones de chocolate.

—Esto es para ti. Es un regalo. Lo he comprado con mi propio dinero.

—¿Para mí? —preguntó asombrada—. Es muy amable por tu parte, Jamie, pero no debiste haberte molestado. De verdad, no debiste…

Las cosas empezaban a escapar a su control. Una cosa era que los habitantes del lugar intentaran homenajearla por haber salvado una vida, y otra muy distinta que hasta los niños comenzaran a darle regalos.

—Quería hacerlo. Mi padre me contó que se lanzó al agua para salvarlo y que le ayudó a escapar de Seven Needles.

—Oh, ya entiendo. ¿Eres el hijo de Big Duncan?

—Sí. Si no te gusta el chocolate, puedo cambiar los bombones por otra cosa.

Avalon estaba emocionada. Deseaba abrazarlo, pero sabía que a los niños de su edad les molestaban ciertas demostraciones de afecto. Probablemente sólo habría conseguido incomodarlo.

—Son mis bombones preferidos —aseguró—. Los guardaré para comérmelos más tarde.

Jamie suspiró aliviado.

—Sí, bueno… Entonces ya me marcho.

—No, espera un momento —dijo—. Me gustaría pedirte un favor.

Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie los observaba, se inclinó sobre el niño y susurró a su oído algo que sólo él pudo oír.

El chico sonrió.

—Sí, puedo hacerlo. Es fácil. De todas formas, Kirsty dice que eres especial y que debemos hacer todo lo que podamos para ayudarte.

Avalon cogió su mano y lo llevó hacia el malecón del puerto.

—Sentémonos unos minutos y hablaremos sobre ello.

Cuando regreso al establecimiento, Fraser estaba apoyado en la barra del bar, charlando con Kirsty, que sonrió al verla.

—Ya me han contado lo valiente que has sido —dijo, observándola con sus ojos marrones—. ¿Puedes creerlo, Fraser? ¡Es tímida! Se ha ruborizado.

—¿Qué tal está tu dolor de cabeza? —preguntó Avalon—. ¿Mejor?

Kirsty agarró su vaso de whisky y rió.

—Sí, me encuentro perfectamente.

Avalon dejó la caja de bombones sobre la barra.

—Me alegra oírlo. Es una caja de bombones que me ha regalado Jamie. Los compró con su dinero, aunque no me parece bien. Probablemente se ha gastado toda la paga de la semana.

—No te preocupes por eso —dijo Fraser—. Le daré unos cuantos trabajitos para que pueda recuperar con creces su dinero.

La generosidad de Fraser la emocionó. Sin embargo, aún se sentía incómoda.

—Sería muy amable por tu parte, pero no se trata de eso. Todo el mundo cree que soy especial. Jamie acaba de decírmelo —dijo, notando que Fraser fruncía el ceño.

—Es que lo eres —espetó Kirsty—. Eres muy especial.

—No es cierto. Y tú eres la culpable de todo. Sé que lo haces con buena voluntad, pero has conseguido que esas gentes crean todo tipo de cosas raras sobre mí.

Kirsty miró a Fraser con perplejidad. El jefe del clan puso una mano sobre su hombro y dijo:

—Creo que deberías dejar que hablara un rato a solas con ella.

—Muy bien, pero te aseguro que todo saldrá bien —declaró Kirsty—. Mis amigos me lo han dicho, y nunca se equivocan.

Kirsty se marchó entristecida. Avalon sintió cierta culpabilidad, y la mirada furiosa de Fraser dejó bien claro que iba a enfrentarse a un pequeño problema. Tuvo que hacer un esfuerzo para no correr tras su amiga para disculparse.

—Bueno, ya la has oído —dijo, por decir algo—. Sigue empeñada en que todos esos cuentos de hadas son ciertos.

—Te has excedido con ella —observó, controlando su enfado a duras penas.

Avalon recordó sus advertencias. Recordó que no debía molestar a Kirsty ni a ninguna otra persona con sus comentarios. Sin embargo, desde la noche anterior estaba decidida a obtener algunas respuestas, y el fracaso de su conversación con la dueña de la casa de la colina no la había descorazonado. Lo miró directamente a los

ojos antes de continuar.

—Sólo te preocupa el humor de Kirsty. Y yo tengo que seguir con esta farsa.

—¿Qué farsa? —preguntó.

—Pretender que soy tu prometida. ¿Por qué continúas con ella cuando pretendes casarte con Pamela?

Fraser entrecerró los ojos.

—Ya te he dicho que no…

—Que no es asunto mío, lo sé. Pero te equivocas. Estoy cansada de que Kirsty y tú me utilicéis como si fuera un peón de ajedrez. Resulta evidente que pensabas casarte con Pamela, hasta que aparecí.

—Muy bien, continúa —dijo él—. Pero quiero saber con quién has estado hablando a mis espaldas.

Avalon no estaba dispuesta a dejarse amenazar.

—Con nadie en particular. Pero he sabido que Pamela te visita con cierta frecuencia, y no lo haría si no tuviera una buena razón, si no disfrutara con ello. No soy estúpida. Soy tan inteligente como cualquiera y sé cuánto son dos y dos.

—Sí, claro. Y ahora resulta que dos y dos suman cinco —murmuró.

—Debes admitir que ha sido algo bastante evidente desde el principio. Cuando me viste por primera vez, no pudiste ocultar tu desagrado. Le prometiste a Kirsty que cuidarías de mí, pero dejaste claro que tenías otros planes —dijo, retándolo con la mirada—. Pensabas casarte con Pamela, ¿verdad? Y aún sigues pensándolo. No te has librado de mí porque temes herir los sentimientos de Kirsty.

—Sigue, sigue, no pares —dijo él, con ironía—. Resulta fascinante observar cómo funciona tu mente.

En enfado de Avalon se convertía poco a poco en amargura.

—Ni siquiera te molestas en negarlo —sentenció, deprimida.

Fraser se encogió de hombros.

—De acuerdo, lo niego todo. ¿Te sientes mejor ahora?

—Me sentiría mejor si lo dijeras en serio.

—De modo que ahora me acusas de ser un mentiroso. ¿Olvidas con quién estás hablando?

—Cómo voy a olvidarlo —se preguntó, irritada—. No dejas de recordármelo todo el tiempo.

—Y parece que tendré que seguir haciéndolo. No estás en

posición de cuestionar lo que haga.

—Precisamente me quejo por eso. Sólo soy un peón en tus manos, y supongo que será mejor que no lo olvide.

—¿Y no preferirías ser una reina? —preguntó con una sonrisa sarcástica.

—No. Preferiría que el juego terminara de una vez para poder marcharme de aquí.

—¿Qué harías entonces? ¿Seguir corriendo hasta que volvieras a toparte con un problema? Es la historia de tu vida, ¿no es verdad?

Avalon se mordió el labio inferior y apartó la mirada hasta que él la agarró por los hombros.

—Ya estás comportándote otra vez con esa obstinación que te corroe por dentro. ¿No se te ha ocurrido pensar que yo…? ¡No, maldita sea! No te debo ninguna explicación. Tendrás que confiar en mí.

—¿Confiar en ti? —se preguntó, con resentimiento—. ¿Por qué debería hacerlo?

—Porque yo te lo pido —contestó, soltándola—. Ninguna relación puede sobrevivir sin respeto y confianza. Hay ciertas cualidades que exijo en cualquier mujer.

—Yo pensaba que sólo te interesaba el sexo.

—El sexo sólo es la mitad de una relación. Sé que nos llevamos bien en la cama, pero no es suficiente. No te tenido que discutir mis acciones, ni he tenido que explicarme ante nadie hasta ahora, y no tengo ninguna intención de empezar. Tendrás que confiar en mí. No vuelvas a preguntarme nada acerca de Pamela.

—Siempre pensé que en una relación normal los hombres y las mujeres tenían los mismos derechos. Siempre pensé que podían sentarse a charlar sobre cualquier cosa, de una forma civilizada. Y sin embargo, me pides que confíe en ti cuando resulta evidente que esa confianza no es recíproca. Pretendes guardarte todos tus secretos.

—Eso es cierto —reconoció—. Pero la nuestra no es una relación normal. Nos hemos conocido por el capricho del destino.

—Más que conocernos, yo diría que hemos colisionado —puntualizó.

Fraser sonrió con frialdad.

—Llámalo como quieras, pero tendremos que acostumbrarnos —dijo, observándola desde la altura de sus ojos azules—. ¿Y bien? Debes contestarme. ¿Confiarás en mí o te pido demasiado?

Avalon deseaba confiar en él, desesperadamente. Su corazón la empujaba a contestar de forma afirmativa, pero su inteligencia le dictaba todo lo contrario. Era consciente del alto precio que había tenido que pagar en el pasado al confiar de forma ciega en los demás. No podía negar que Fraser no se parecía en nada a nadie que hubiera conocido, pero en realidad no sabía nada sobre él.

Intentó encontrar la respuesta en la profundidad de sus ojos azules. Y al cabo de unos segundos asintió, decidida a arriesgarse ocurriera lo que ocurriera.

—Sí, Fraser, confiaré en ti. Que Dios me ayude si me equivoco, pero confiaré en ti.

Capítulo 7

Avalon, se levantó pronto, corrió un rato por la playa y se duchó. Cuando estaba a punto de terminar el desayuno en la cocina, la señora MacKay le comunicó que Fraser quería verla en la biblioteca.

Avalon miró al ama de llaves, sorprendida. Fraser había pasado los últimos cuatro días en Bruselas, asistiendo a una conferencia de pesca de la Comunidad Europea.

—Pensé que no regresaba hasta mañana.

—Ya sabes cómo es. No le agrada tener que reunirse con esos burócratas, con sus trajes y sus formalismos. Seguramente los habrá obligado a trabajar a destajo para poder regresar cuanto antes —dijo, mientras se servía otra taza de té—. Llegó a las cuatro de la madrugada y ha estado trabajando en la biblioteca desde entonces.

Avalon se levantó, intentando convencerse de que no tenía motivos para estar nerviosa. Cuando se marchó se sintió aliviada, pero su alegría duró bien poco. Echaba de menos su carácter imprevisible, el no saber nunca si iba a besarla de forma apasionada o dulce. Aquellos momentos de sensibilidad equilibraban con creces sus posibles enfados, pero, a pesar de todo, no se sentía segura.

Antes de entrar en la biblioteca se detuvo para mirar se en el espejo. Se arregló un poco el pelo, decidió que no había nada que pudiera hacer, y llamó a la puerta antes de entrar.

En cuanto lo vio, su sonrisa desapareció. Parecía no haber dormido en toda la noche. Estaba sentado en su escritorio, redactando un informe. Dejó el bolígrafo a un lado y sonrió con debilidad.

—Hola, Avalon. Me había olvidado del maravilloso aspecto que tienes por las mañanas.

—No te preocupes por mi aspecto. ¿Qué diablos has estado haciendo? Pareces cansado.

—Sí. ¡Malditos burócratas! Me gustaría verlos en un barco en mitad de una galerna en el norte de Shetland. Así se borrarían las estúpidas sonrisas de sus rostros y se olvidarían de sus estúpidas normas y regulaciones sobre pesca —declaró, mientras se servía una copa de whisky—. En fin, no me pasa nada que un buen trago y unas cuantas horas de sueño no puedan reparar.

—¿Puedo hacer algo para ayudarte? —preguntó con rapidez—. ¿Quieres que te ayude con tus notas? Puedo taquigrafiar cualquier cosa que quieras dictarme.

Fraser hizo un gesto hacia una caja blanca que había junto a la mesa.

—Tu vestido ha llegado. El que te pondrás el día del Grand Ceilidh. Pruébatelo para ver si te queda bien. De lo contrario, devuélvelo.

Avalon tomó la caja y se dirigió hacia la salida, pero Fraser la detuvo.

—¿Adónde vas?

—A mi dormitorio, por supuesto —contestó sorprendida.

A pesar de estar agotado, los ojos de Fraser brillaron con malicia.

—No hay razón para que sientas vergüenza. Ya conozco las maravillas que esconde tu cuerpo. Puedes ponértelo aquí.

—¿Mientras me espías, sentado? —preguntó.

—Yo no espío, admiro. Como un amante del arte que admirara un cuadro de Rubens. ¿Quieres que te ayude a desvestirte?

—No, de eso nada. Quédate donde estás —le ordenó. Abrió la caja. El vestido estaba doblado entre un montón de papel de envolver. Lo sacó. Era una prenda exquisita, de pura seda de color verde.

—¡Es fabuloso! ¡Es absolutamente maravilloso! Pero no tiene cintas en los hombros. Nunca había tenido algo así.

—No necesitas tirantes para que se sostenga —comentó—. Tienes lo suficiente.

Avalon dejó el vestido sobre una butaca, de forma casi reverencial. Le dio la espalda y se quitó la ropa hasta quedarse en ropa interior. Luego se deshizo del sujetador y lo dejó a un lado antes de ponerse el vestido. Subió la cremallera y arregló un poco la parte de arriba. Cuando se aseguró de que no podía bajarse, dejándola en ridículo, se dio la vuelta para que la contemplara.

Fraser estaba sentado en el escritorio. Sus ojos azules la contemplaron en silencio, hasta conseguir inquietarla. Su expresión no denotaba sentimiento alguno.

—¿Y bien? ¿Qué sucede? ¿No te gusta? No te quedes ahí, mirándome. Di algo.

Al final consiguió que reaccionara. Fraser sonrió e hizo un movimiento con las manos.

—Hay ciertos momentos en los que sobran las palabras. Y éste es uno de ellos.

—Entonces, ¿te gusta?

—Sí, Avalon, me gusta mucho —contestó, antes de terminar su bebida y de levantarse—. Te queda muy bien, pero le falta algo.

Entonces caminó hacia la caja y sacó una cosa en la que no había reparado. Era una preciosa cinta de color azul oscuro y verde.

—Debes ponértelo sobre el hombro, en diagonal, y atarlo a la cintura. Necesitarás un broche, pero lo compraremos en Inverness.

Fraser le puso la cinta en su sitio y se apartó un poco para poder admirarla. Luego, poco a poco, fue acercándose de nuevo.

El corazón de Avalon comenzó a latir más deprisa.

—Tendré que hacerme algo en el pelo. Es un desastre. Creo que debería cortármelo y…

—No te atrevas a hacerlo. Me gustas tal y como estás.

Como para demostrárselo, empezó a acariciarle el cabello a la altura de la nuca, descendiendo después hacia sus hombros desnudos. La besó en los labios y después jugueteó con su oreja.

—Las criaturas marinas como tú son tan adorables que sólo necesitan un cepillo.

Avalon se estremeció en sus brazos mientras la besaba en el cuello, despertando un mar de emociones en su cuerpo. Entonces notó que sus dedos intentaban bajar la cremallera del vestido, y se apretó contra él, conducida por un urgente deseo aumentado por su propia excitación.

Fraser gimió y se apartó de ella a regañadientes. En su mirada podía leerse perfectamente que estaba haciendo un esfuerzo para controlarse.

—Tienes trabajo que hacer —dijo Avalon—, y te estoy interrumpiendo. Creo que será mejor que me vaya ahora.

Durante unos segundos pareció que Fraser iba a elegir la opción del placer, por encima de los negocios. Pero al final suspiró.

—Sí, tienes razón. Será mejor que termine ese maldito informe para que pueda enviarlo. Corre a ver a la señora MacKay, para ver si le gusta el vestido. Su consejo en estos asuntos es siempre mejor que el mío.

Avalon recogió la ropa y salió de la habitación. Para entonces, Fraser ya estaba concentrado de nuevo en su trabajo.

Cerró la puerta de la biblioteca a su espalda y se detuvo para tranquilizarse un poco, hasta que desapareció su rubor y su corazón

recobró el ritmo habitual. Después, avanzó hacia la cocina. Unos días antes pensaba que Fraser tendría que atarla de pies y manos si pretendía que asistiera al Grand Ceilidh, pero gracias al vestido estaba tan entusiasmada con la idea como un niño con zapatos nuevos. Además, el recuerdo de sus besos bastaba para convencerla de que tal vez se hubiera enamorado de ella. Sin embargo, y a pesar de todas sus ilusiones, nada había cambiado; tenía la impresión de que más tarde o más temprano algo haría que bajara de las nubes, y no precisamente con suavidad.

La señora MacKay demostró tanto entusiasmo como Fraser. Le gustó mucho el color. Inclinó la cabeza y la observó durante unos segundos antes de asentir, satisfecha.

—Te quedará muy bien con el collar. Serás la mujer más bella del baile.

—¿Qué collar? —preguntó, sin comprender nada.

—El collar de esmeraldas de Suilvach —contestó con inocencia—. ¿No te lo ha enseñado aún?

Avalon se encogió de hombros.

—No. Mencionó un broche para la cinta, pero no dijo nada sobre un collar.

—En realidad se trata de una gran esmeralda rodeada por diamantes. Ha sido de la familia durante muchas generaciones. Y es tradición que el jefe del clan lo ponga en el cuello de la mujer con la que quiere casarse. Estoy segura de que esperará hasta el Grand Ceilidh antes de hacerlo —dijo, pensativa—. Aunque me sorprende que no te haya dicho nada. Lo guarda en la caja fuerte de la biblioteca.

—Probablemente se habrá olvidado —dijo Avalon—. Está muy cansado.

—Sí, supongo que tienes razón.

Avalon sabía que la razón por la que no había dicho nada era bien distinta. Pensó que lo guardaba para otra persona. Para Pamela.

Una hora más tarde, vestida con unos vaqueros y un anorak, bajó por las escaleras y se detuvo un momento ante la biblioteca. Llamó a la puerta y entró. Fraser se había quedado dormido sobre el escritorio. Entró caminando de puntillas y lo observó en silencio, dominada por una extraña mezcla de ternura y de enfado. Tomó una pequeña manta que había sobre el respaldo del sillón y se la pasó por encima de los hombros, con mucho cuidado para no

despertarlo. Después se marchó y cerró la puerta.

Desconsolada, caminó hacia la bahía, deseando que la señora MacKay no hubiera dicho nada sobre el collar. De aquel modo no habría empezado a pensar en Pamela. No había mencionado su nombre desde la discusión mantuvieron en el bar del hotel; de hecho, había pasado por la casa de Kirsty para disculparse, y cuando su amiga quiso continuar la conversación que habían deja do a medias Avalon levantó la mano y sonrió.

—No, Kirsty, no quiero saber nada sobre Pamela. No estoy interesada en ella.

Kirsty asintió con alegría.

—Me alegro mucho, Avalon.

Pero ahora, cuando el día del Grand Ceilidh se aproximaba, cada vez le resultaba más difícil apartar aquellos pensamientos de su cabeza. Aún no conocía a Pamela, pero no podía dejar de pensar en ella.

Supuso que sería preciosa y que siempre iría perfectamente vestida, como correspondía a alguien que hacía gala de su sangre azul, alguien que resultaba en extremo conveniente para el clan. Poseía todas las cualidades que Fraser esperaba de su mujer. Y nadie se atrevería a poner en duda sus decisiones. Se las arreglaría para convencer a Kirsty de una u otra manera.

Como consecuencia del informe que había escrito Fraser, y de una llamada telefónica que recibió del ministerio de pesca, tuvo que dedicar mucho más tiempo del previsto a sus negocios. Las reuniones en Edimburgo y en Bruselas lo mantenían muy ocupado, porque tenía que defender los derechos de los pescadores de la costa oeste ante la comisión europea.

Cuando finalmente consiguió librarse de sus obligaciones, sólo faltaba una semana para el Grand Ceilidh.

—Hoy iremos a Inverness, Avalon —le informó durante el desayuno—. Ponte algo más formal que los vaqueros y los jerseys, para variar.

El día había amanecido luminoso y cálido. Avalon esperaba pasarlo como siempre, nadando y tomando el sol en la playa. Pero no se quejó. Decidió que Fraser ya había tenido demasiados problemas e intentó demostrar entusiasmo.

—¡Magnífico! Será maravilloso regresar a la civilización aunque

sólo sea durante unas horas.

Los ojos azules de Fraser se clavaron en ella. Apartó la taza de café que estaba tomando y se levantó.

—Voy a echar un vistazo al coche. No tardes demasiado.

Avalon subió al dormitorio y decidió ponerse una falda de color claro con una camisa verde oscuro.

Transcurridos unos minutos salió de la casa. Fraser ya había sacado del garaje el vehículo del que tanto se enorgullecía y estaba comprobando el aceite. Se trataba de un Jaguar de color azul oscuro que brillaba bajo la luz del sol.

—¡Es un viejo Jaguar de la clase E! —exclamó Avalon, asombrada.

Fraser levantó la mirada, sorprendido por sus conocimientos automovilísticos.

—¿Cómo es que sabes tanto de coches?

—Mi ex jefe tenía uno igual. Se preocupaba más por él que por su esposa.

—Ya veo. Mujeres y coches caros. A veces resulta una elección difícil para un hombre.

—Bueno, supongo que eso depende de la emoción que se esté buscando —comentó con acidez.

Avalon entró en el vehículo y se ajustó el cinturón de seguridad antes de acomodarse en el amplio asiento de cuero.

En circunstancias normales, era la peor copiloto del mundo. Siempre había sido una de aquellas neuróticas que se pasaban la vida alertando sobre posibles peligros o intentando pisar un freno hipotético cuando consideraba que conducían con demasiada rapidez. Pero con Fraser era distinto. Conducía como un verdadero profesional, como si fuera una simple extensión mecánica del poderoso vehículo. Y mientras avanzaban por las carreteras de las Highlands se sentía completamente a salvo.

Tras unos cuantos kilómetros en silencio, que dedicó a admirar la belleza del paisaje, Avalon se atrevió a intentar iniciar una conversación.

—¿Cómo es Inverness?

—Un lugar lleno de gente y bastante limpio. Hay buenos hoteles, muchos bares, restaurantes, cines, discotecas y teatros. Todas esas cosas que echas tanto de menos.

Avalon frunció el ceño ante su tono de reproche.

—¿Qué te hace pensar que las echo de menos?

Fraser no apartó la vista de la carretera. Ni siquiera se molestó en contestar. Avalon pensó que le había molestado la pregunta, y que tal vez no mereciera la pena hablar con un hombre tan obstinado.

Estuvo en silencio durante muchos minutos, al cabo de los cuales lo miró con incertidumbre.

—Al decir que estaría bien regresar a la civilización no pretendía insultar a Suilvach, ni a sus habitantes. De hecho, me gustan mucho. En cierto modo han ido entrando en mi corazón, poco a poco.

Avalon observó su perfil para ver si sus palabras lo afectaban, pero no obtuvo nada, salvo un rostro pétreo.

Se cruzó de brazos. Si no quería creerla, no tenía forma alguna de convencerlo de que le gustaba vivir allí. Empezaba a conocer a los habitantes más a fondo, y con algunos mantenía una relación bastante personal. Tal vez se debiera a que vivían en contacto con la naturaleza, en un mundo donde los vientos y el clima eran más importantes que los relojes, pero siempre podían detenerse para charlar amistosamente con cualquiera.

En cuanto a Fraser, comprendía su enfado. Suilvach era su dominio, y sin querer había herido su orgullo. Pensó que sería muy capaz de abrir la puerta del coche y arrojarla.

Pero al final fue él quien rompió el silencio.

—¿De qué hablas con el joven Jamie? He oído que te dedicas a charlar con él por las tardes, en el puerto, y que pasáis mucho tiempo juntos.

—Es un secreto entre él y yo.

Fraser la miró con cierto cinismo.

—¿Un secreto? ¿No eres un poco mayorcita para esas cosas?

—En absoluto. De hecho, tengo la impresión de que tú mismo guardas muchos secretos que no quieres compartir conmigo —dijo—. Como lo de Pamela, por ejemplo.

De inmediato notó su irritación. Deseó no haber dicho nada. No en vano, recordaba lo que había sucedido la última vez que se atrevió a nombrarla. Lo había sacado completamente de sus casillas.

—Ya te he dicho que mi relación con ella no tiene nada que ver contigo.

—Sé muy bien lo que has dicho —espetó enfadada—. ¿Qué te hace pensar que me interesa? Sé que es amiga tuya, y me preguntaba si habrías pasado a visitarla cuando estuviste en

Edimburgo. Sólo intentaba charlar sobre algo, intentar ser una buena acompañante. ¿Es un crimen, acaso? No es necesario que te quedes ahí, con todo ese humo saliéndote de la cabeza.

Fraser la miró durante unos segundos antes de volver a concentrarse en la carretera.

—Sí, pasé a visitarla. Estuve un par de noches en la casa de su familia. Siempre hago lo posible para visitar a los amigos cuando me encuentro en sus lugares de residencia.

—Magnífico. ¿Lo ves? No necesitabas saltar a mi yugular —dijo, contando hasta diez antes de continuar—. Me gustaría conocerla. ¿Vendrá al Grand Ceilidh?

—Oh, sí, por supuesto que la conocerás —sonrió—. No se perdería algo así por nada del mundo.

—Muy bien, muy bien, me alegro.

Avalon miró por la ventanilla del vehículo, incapaz de mantener la farsa de su aparente desinterés.

Llegaron a Inverness poco después del mediodía y aparcaron junto al río, justo al otro lado del viejo castillo que se elevaba en la colina. Después cruzaron el puente que llevaba al centro de la ciudad.

—Podemos comer e ir más tarde de compras. Luego te daré una sorpresa —dijo, mirando su reloj—. Dentro de dos horas, para ser precisos.

Avalon no estaba de humor para sorpresas, pero no dijo nada porque no quería empeorar la situación.

Al llegar a una esquina, Fraser se volvió hacia ella y preguntó:

—¿Qué clase de pubs te gustan más? ¿Con música alta o más tranquilos?

Avalon puso los brazos en jarras y lo miró con dureza.

—No me conoces en absoluto, ¿verdad? No tienes idea de quién soy en realidad.

—No, no te conozco —aceptó, divertido por el reproche—. Sólo sé las cosas que me cuentas, pero poco más. No hemos pasado suficiente tiempo juntos, ¿no es cierto? Pero estoy intentando aprender.

—Bueno, pues lo primero de todo es que no me gustan los sitios demasiado ruidosos. De modo que si no tienes nada mejor que ofrecer, preferiría ir a un restaurante.

Fraser le ofreció un brazo con galantería.

—Muy bien. Conozco un lugar muy adecuado.

El restaurante que eligió ofrecía una bella vista del puerto deportivo y del canal que vertía sus aguas en el lago Ness. Avalon no tenía demasiada hambre, de modo que pidió una simple tortilla y un café mientras él daba cuenta de un enorme bistec.

Cuando terminaron de comer, pagaron y se dirigieron al centro de la ciudad, que parecía inundada por cientos de turistas. Pasearon hasta que llegaron a un centro comercial muy elegante, bien distinto de las tiendas que atiborraban las calles principales. Todos los productos que ofrecían eran selectos, de buena calidad y bastante caros.

Fraser caminó hacia un establecimiento en particular, especializado en trajes de las Highlands y en accesorios. La dependienta, una mujer de mediana edad, lo saludó con efusividad. Estuvieron charlando durante unos minutos en gaélico, antes de que la presentara.

—Mairi, te presento a Avalon Rivers. Necesita un broche para un vestido.

La mujer sonrió amistosamente.

—Creo que tengo algo perfecto para ti, Avalon. Entonces se dio la vuelta y sacó un broche que estaba envuelto en un saco de terciopelo negro.

—Está hecho con perlas, y la montura es de plata. Es único en todo el país. Sólo se hicieron diez, y nueve están en manos de nuestros clientes de oriente próximo.

Avalon observó el broche fascinada, demasiado asombrada como para tocarlo.

—¿Y bien? ¿Te gusta? —preguntó él.

Ella asintió.

—Es precioso.

—Muchas gracias, Mairi. Envuélvelo.

Avalon notó entonces que ni siquiera se había molestado en preguntar el precio.

—También necesitará algo para el pelo —continuó Fraser—. ¿Puedes encargarte de ello?

—Por supuesto. Tenemos muchas peinetas, pero no le quedarían bien con ese precioso tono rubio platino.

Entonces abrió un cajón y sacó una hermosa cinta de satén rojo. Cortó un trozo, salió de detrás del mostrador y se lo colocó en el cabello, haciendo un lacito.

Fraser observó el resultado y asintió satisfecho.

—Creo que servirá.

Avalon lo observó mientras extendía un cheque, pero no quiso saber a cuánto ascendía. La irritación y el agradecimiento no encajaban bien.

Se marcharon de la galería y esta vez la llevó a uno de los centros más populares, una famosa cadena de tiendas. Echaron un vistazo al panel que había en la entrada y acto seguido subieron por las escaleras mecánicas hasta la planta de señoras.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —preguntó ella.

—Pienso comprarte un sombrero.

—No llevo nunca sombreros. No me gustan. No me quedan bien.

Fraser hizo caso omiso de su protesta e hizo un gesto a una dependienta para que se acercase.

—La señora querría un sombrero. Algo con ala ancha. Cuanto más ancha, mejor.

La dependienta sonrió.

—¿En algún color en particular, señora?

—Supongo que algo que vaya a juego con lo que llevo puesto.

En cuanto se alejó, se inclinó hacia Fraser, irritada.

—¿Se puede saber a qué estás jugando? Primero me dices que te gusta mi pelo tal y como lo tengo y después insistes en comprarme una cinta y un maldito sombrero.

—Tengo una buena razón. Haz lo que te he dicho y deja de discutir. Prometiste que confiarías en mí, ¿recuerdas?

Avalon suspiró y se rindió. Diez minutos más tarde estaban de nuevo en la calle. Avalon llevaba una enorme pamela de color gris claro.

—Debes tener una buena razón para obligarme a ponerme algo así —murmuró irritada—. Te dije que los sombreros no me quedan bien.

—Estás encantadora —aseguró.

—Yo diría que más bien ridícula.

Caminaron unos cuantos metros antes de que Fraser se detuviera ante otra tienda, en la que también entraron.

—Buenas tardes. Querría unas gafas de sol para señora. Las más grandes que tenga.

Avalon se cruzó de brazos, dio un golpecito en el suelo y levantó la mirada hacia el techo.

Dos minutos más tarde regresaban al exterior. Esta vez no sólo llevaba la pamela, sino también unas gafas gigantescas e igualmente

ridículas. Se preguntó cuál sería la siguiente sorpresa. Tal vez pensara comprarle unas botas de pescador de color verde.

Fraser miró el reloj y dijo:

—Falta media hora. ¿Qué podríamos hacer? ¿Tomar otro café?

—Yo preferiría esconderme en algún sitio donde nadie pudiera verme. Aunque supongo que otro café no me vendría mal. Pero intenta encontrar un lugar que esté vacío, ¿quieres?

—Si lo hago, te aseguro que el café no merecerá la pena.

—Estoy dispuesta a arriesgarme.

Descubrieron un pequeño café en una calle secundaria. Se sentaron y ella aprovechó el momento para librarse de las gafas.

—Supongo que no tienes intención de contarme qué pretendes, ¿no es cierto? ¿Qué sentido tiene lo del sombrero y las gafas? Son ridículos y cualquiera podría verlo. ¿Es que pretendes burlarte de mí?

Avalon tuvo la impresión de que durante unos segundos un brillo de simpatía apareció en sus ojos. Pero se desvaneció de inmediato.

—Por supuesto que no. Dentro de muy poco tiempo te alegrarás de llevar ese sombrero y esas gafas. Cuando hayamos terminado con lo que nos ha traído aquí, podrás tirarlos al río si quieres.

Avalon observó sus duros rasgos por encima de la mesa. Y de repente, supo que confiaba ciegamente en él. Si le hubiera pedido que caminara sobre cristales rotos, lo habría hecho sin protestar.

Al cabo de unos minutos abandonaron el café y tomaron un taxi. Fraser murmuró la dirección al conductor, que poco después los dejaba frente a un imponente edificio. Avalon lo miró y preguntó, incrédula:

—¿Piensas llevarme a juicio?

—Sí —contestó, agarrándola del brazo—. Habitualmente es la sede del tribunal del condado, pero hoy se reúne la audiencia provincial. Sólo asistiremos como espectadores, no te preocupes. Ahora, ponte las gafas.

De repente, lo comprendió todo.

—¡Smith! Es Smith y su banda, ¿verdad? —preguntó, intentando liberarse—. No pienso entrar ahí. Me reconocerían.

Fraser tomó su mano y la apretó con cariño.

—Lo dudo bastante. Creo que les resultaría muy difícil.

Capítulo 8

—Gracias a Dios que ha terminado —dijo Avalon, aliviada—. ¿Por qué no me lo dijiste? Lo mantuviste en secreto hasta que entramos en el edificio.

—¿Habrías entrado de haberlo sabido? —preguntó—. Lo dudo.

Tenía razón. De haberle dado la oportunidad, habría salido corriendo antes de entrar.

—Es cierto —admitió a regañadientes—. Pero te advierto que no quiero que me des más sorpresas parecidas. Mi corazón no lo soportaría.

Ya era de noche, aunque bastante temprano, y el bar del hotel estaba casi vacío.

—Al menos he conseguido librarme de ese estúpido sombrero —murmuró.

—Y podrás librarte de las gafas cuando quieras. Pero déjate la cinta del pelo. Te queda muy bien —sonrió, levantando la copa—. Brindo por la justicia.

Avalon tomó un poco de su bebida, satisfecha y mucho más tranquila. Smith había estado a punto de matarla, y se alegraba de poder olvidar de forma definitiva lo sucedido. Había estado a punto de ahogarse por su culpa. Durante el juicio tuvo la impresión de que iba a reconocerla. Pero su pasó ante ella sin detenerse.

Dejó la copa a un lado y comentó:

—Malditos traficantes de drogas. ¿Te fijaste en la expresión de sus rostros cuando el juez los condenó a diez años de cárcel?

—Habría sido peor si su abogado no les hubiera recomendado que se declararan culpables —observó, pensativo—. ¿Te das cuenta de que ahora nuestra relación será muy distinta?

Avalon lo miró sin saber muy bien a dónde quería llegar.

—¿De verdad? —sonrió—. ¿En qué sentido?

Fraser se encogió de hombros.

—Smith ya no puede implicarte en sus turbios negocios. El juicio ha terminado y no se ha mencionado nada sobre tu presencia en el barco. Así que el peligro ha pasado. Eres completamente libre.

—¿Libre? ¿Para ir a dónde? —preguntó, después de la inicial alegría.

No podía creerlo.

—A donde quieras. Usé a Smith para mantenerte en Suilvach —declaró con tristeza—, pero ya no puedo utilizarlo. No tengo derecho alguno a obligarte a que te quedes contra tu voluntad. Si quieres regresar a Londres, no puedo hacer nada para evitarlo.

Fraser dejó de hablar y la observó esperando una respuesta.

Avalon estaba tan desconcertada por la nueva situación que tardó unos segundos en recobrarse.

—¿Quieres que me marche?

Fraser no contestó. Su expresión, como de costumbre, sólo denotaba frialdad. Su rostro parecía esculpido en piedra.

Avalon supuso que quería que se marchara. Pensaba que había sido una idiota al confiar en su amor. Sólo había sido un divertimiento para él, y ahora que se había cansado, quería librarse de ella antes de que apareciera en escena su preciosa Pamela.

Sin embargo, podía equivocarse. Podía estar a punto de cometer un error trágico en su vida por culpa de una mala interpretación de sus intenciones. A fin de cuentas, sabía por propia experiencia que podía llegar a ser muy duro cuando quería, y de haber deseado expulsarla de su existencia lo habría hecho. La habría dejado allí con un billete de tren y un severo caso de corazón roto.

Sin saber muy bien cómo, fue capaz de encogerse de hombros como si todo aquello careciera de importancia.

—Creo que no sería muy educado por mi parte que me marchara sin despedirme de Jamie, de Kirsty, de Aileen y de todos los demás. Si no te importa, me gustaría quedarme hasta el Grand Ceilidh. He oído hablar tanto de él que no querría perdérmelo.

Fraser la miró como si estuviera considerando su respuesta y sonrió con cierta ironía.

—Típico de una mujer. No puedes resistirte a la oportunidad de ponerte un bonito vestido.

Avalon apretó los puños con tanta fuerza que se clavó las uñas. Deseaba gritar lo que pensaba en realidad. Deseaba declarar el amor que sentía por él. Deseaba decirle que quería quedarse porque aún cabía la posibilidad de que su amor fuera recíproco y porque quería ser su esposa. Pero en lugar de eso sonrió con tristeza.

—Sí, tienes razón. Como todas las mujeres. Así soy yo.

Por alguna razón, la expresión de su amante se suavizó.

—Me alegra. De hecho me habría sentido muy decepcionado si no hubieras optado por quedarte.

—¿De verdad?

—Sí, extremadamente decepcionado —sonrió de forma abierta —. Habrías destruido los planes que tenía para el resto de la noche.

—¿De qué planes estás hablando? —preguntó, intentando adivinar el sentido de su sonrisa.

—En cuanto supe lo del juicio, telefoneé para reservar una habitación en este hotel —dijo—. Supuse que a ninguno de los dos nos apetecería enfrentarnos al largo camino de vuelta. Escaleras arriba hay una suite esperándonos.

—Ya veo. Muy considerado por su parte.

El pulso de Avalon se aceleró.

Fraser hizo un gesto al camarero y pidió otra ronda antes de sonreír con su gesto de depredador.

—Sí, es cierto. Creo que esta noche va a ser memorable, Avalon.

El reloj marcó las tres de la madrugada en algún lugar de la oscura habitación, y Avalon aún estaba despierta. Fraser se había quedado dormido a su lado, y su pecho subía y bajaba siguiendo el ritmo regular de su respiración. Con mucho cuidado para no despertarlo, se aproximó y se apretó contra él. Empezó a acariciar su cuerpo, sintiendo su suave piel y los duros músculos de su torso, hasta que finalmente optó por saborearlo con los labios y con la lengua.

Se sentía demasiado satisfecha y demasiado excitada como para pensar en los problemas que tenía, de modo que había decidido posponerlos hasta el alba. Se había rendido a su pretensión de pasar la noche con ella sin resistirse demasiado. Y no precisamente porque tuviera miedo de que un rechazo lo alejara aún más; su orgullo no lo habría permitido, no estaba en venta. En realidad, era una víctima de su propia debilidad. Cuando aquellos ojos azules la observaban con la promesa de mil delicias sensuales, su cuerpo parecía disolverse y su cerebro dejaba de funcionar. El simple pensamiento de imaginarse en sus brazos bastaba para dejarla sin defensas, como un gatito ante el feroz tigre de su propia necesidad. Habían empezado a hacer el amor a través de una aproximación lenta y cuidada de sus cuerpos. Comenzaron a acariciarse, besándose con cariño mientras se concentraban en el placer de su pareja, dando y recibiendo con igual abandono. Todo lo de Avalon era suyo, y Fraser le entregaba a su vez todo lo que llevaba dentro. Ella era la pupila aventajada y él el maestro que moldeaba y

mejoraba sus respuestas enseñándole cosas que ni en sus más salvajes sueños habría imaginado.

Su cuerpo respondía perfectamente a todos los impulsos, y se abría como una flor ante el sol caliente de su pasión. Más tarde, la penetró hasta conseguir que se estremeciera y gimiera, entrando y saliendo de ella con lentitud y deshaciéndose en un murmullo de placer. Llegaron al unísono al clímax, y después permanecieron un buen rato abrazados.

Al cabo de unos minutos, la sacó de la cama y se ducharon juntos. Juguetearon con el jabón como una pareja de niños bajo el agua caliente, y luego se sentaron en la alfombra, frente al fuego, para tomar champán helado.

Cuando terminaron con la botella, él se levantó y ella pudo observar su precioso cuerpo a la luz de las llamas. Su mirada se posó sobre cada centímetro de su piel. Admiró sus anchos hombros, su fuerte pecho, sus musculosos muslos, su delgada cintura y sus igualmente estrechas caderas. E intentó no reír, pero no pudo evitarlo.

—Por lo que se ve, parece que estas preparado para hacerlo de nuevo.

Fraser la miró y sonrió.

—Sí. Deben ser las ostras que tomamos para cenar. Se inclinó sobre ella, la abrazó y la llevó de nuevo a la cama.

Por la mañana, Fraser la despertó con una suave caricia. Ella entreabrió los ojos y notó que el sol entraba por la ventana de la habitación. Volvió a cerrar los párpados y, transcurridos unos segundos, intentó despertar. El ya se había duchado y afeitado, y llevaba puesto un albornoz.

—¿Qué hora es?

—Las nueve en punto. He pedido que suban el desayuno.

—No me quedé dormida hasta las cinco. Deja que duerma una hora más…

—Te sentirás mejor después de tomar un café. Ahora, incorpórate y toma esta bandeja.

—No puedo sentarme. No tengo nada puesto —dijo.

—Lo sé —rió—. Te quité la ropa anoche, ¿recuerdas?

—Bueno, no te quedes ahí, mirándome. Compórtate como un caballero y dame algo que pueda ponerme.

Fraser dejó la bandeja sobre la cama, tomó su camisa y se la arrojó.

—Gracias. Vaya… Cereales, tostadas, miel, dos huevos cocidos. Vas a malcriarme. ¿Qué vas a tomar tú?

—Te comeré a ti si no terminas pronto el desayuno y te vistes un poco —contestó, mientras esperaba a que se pusiera la camisa—. Yo desayuné hace una hora, mientras leía el periódico. Han publicado una columna sobre el juicio de ayer, por si te interesa.

Por un momento, el recuerdo de lo sucedido regresó a su memoria.

—No, esa parte de mi vida está muerta y enterrada. Sólo quiero olvidarme de todo.

Fraser asintió y cambió de conversación.

—Los negocios de Suilvach pueden cuidarse solos durante un par de días. Creo que voy a tomarme unas cortas vacaciones. Tal vez podríamos visitar el sur. ¿Te gustaría ir a Edimburgo? Tú tienes la palabra.

—Me parece muy bien —dijo con entusiasmo—. Pero no quiero ir a Edimburgo.

—¿Qué tienes en contra de la capital? —preguntó, frunciendo el ceño.

Pamela vivía en Edimburgo, pero no podía contestar la verdad. Y no quería que fueran a visitarla.

—Nada en absoluto. He oído que es muy bonita, pero siempre he querido conocer Gretna Green. Ya sabes, ese sitio donde van a casarse todas las parejas. Siempre me ha parecido muy romántico. Pero también me gustaría conocer el monstruo del lago Ness —declaró, sonriendo con inocencia mientras comía.

Fraser rió.

—Puedo enseñarte el lago Ness, pero en cuanto al monstruo…

—¿Quieres decir que no existe? —preguntó decepcionada.

—Yo no he dicho tal cosa —corrigió—. Puede que exista y puede que no.

Avalon tomó otra cucharada de cereales y asintió con determinación.

—Tiene que existir. Esta es la tierra de la magia y de las leyendas, y no veo por qué razón no van a existir los monstruos.

Fraser le lanzó un calcetín, pero ella se apartó a tiempo.

Fueron al ver el lago Ness, pero no apareció ningún monstruo. Sin embargo, había multitud de turistas, que no dejaban de

fotografiar las misteriosas y oscuras aguas. Luego fueron hacia el sur, a Fort William, y descubrió que también estaba lleno de visitantes.

El sol brillaba en un cielo azul, pero a pesar de todo, sintió frío mientras el Jaguar avanzaba dejando a un lado los fantasmas de Glencoe. Pasaron por los desolados parajes de Rannock Moor y por la ladera de Black Mountain; visitaron el lago Lomond, bello y lleno de color, y se dirigieron hacia el norte hasta llegar a los barrios periféricos de Glasgow.

Pasaron un par de horas haciendo compras en la ciudad antes de continuar el camino hacia el sur, cruzando bosques y colinas, hasta que al caer la tarde dejaron la carretera y se detuvieron en un pequeño y atractivo hotel.

Cuando terminaron de cenar pasearon hasta el río, y sólo regresaron a la hospitalidad del establecimiento cuando empezaron a sentir frío, cuando llegó la oscuridad.

Aquella noche hicieron el amor una y otra vez en una enorme cama con dosel.

Al día siguiente se dirigieron a Gretna, el pequeño pueblo que se encontraba junto a la frontera con Inglaterra, y al llegar a la famosa iglesia donde se casaban todas las parejas les pidieron que actuaran de testigos de una joven pareja francesa que iba a unirse en matrimonio. Aceptaron encantados, y Fraser se sintió en la obligación de devolverles el privilegio invitándolos a una suntuosa comida en un hotel local.

Una hora más tarde estaban de nuevo en la carretera, dirigiéndose hacia el norte. De repente, Fraser la miró.

—Bueno, ya has visto Gretna. ¿Ha respondido a lo que esperabas?

Avalon había estado en silencio un buen rato, pero al escuchar su voz sonrió.

—Me impresionó tu generosidad al invitarlos. Creo que apreciaron mucho el detalle.

—Bueno, eran bastante simpáticos y se notaba que no tenían demasiado dinero. Y un refresco y un bocadillo no me parecen una buena manera de empezar un matrimonio.

Avalon recordó la expresión de la joven francesa, que se llamaba Colette, y de su atractivo marido. Y recordó también que había sentido cierta envidia al contemplarlos. Sin embargo, intentó no pensar en ello. Observó el paisaje desde la ventanilla y preguntó:

—¿Cómo empezó la fama de Gretna?

—Fueron los ingleses —contestó—. Los jóvenes amantes que no obtenían el permiso de sus padres para casarse descubrieron que si cruzaban la frontera podían casarse en Escocia a los dieciséis años.

—Dieciséis años es una edad demasiado temprana para casarse —comentó, después de considerarlo.

—¿No te parece que eso depende? —preguntó, arqueando una ceja.

—No —contestó—. Una chica de dieciséis años no tiene suficiente experiencia. Puede escoger a un hombre equivocado y arrepentirse toda su vida.

Fraser la miró, divertido.

—Uno puede equivocarse a cualquier edad, Avalon. El amor es ciego. En Escocia siempre hemos sido de la opinión de que si alguien es capaz de tener niños y de cuidar de ellos, también merece poder casarse o hacer lo que mejor le parezca.

Avalon suspiró. Una vez más, tenía razón.

Cinco días más tarde llegaron a Suilvach, poco antes del anochecer. Fraser se retiró a la biblioteca, cansado por el viaje, para comprobar la correspondencia que había llegado. Avalon se dirigió a la cocina, donde estuvo charlando un rato con la señora MacKay, que de inmediato quiso conocer todos los detalles de su viaje. Rápidamente le contó todo lo que habían hecho, mientras tomaba una taza de café.

La señora MacKay era una experta leyendo entre líneas y adivinando cosas.

—Bueno, ya no tardará demasiado —dijo de forma enigmática —. A Kirsty le gustará saber que está saliendo bien.

—¿A qué te refieres? —preguntó, frunciendo el ceño.

—¡Pues a Fraser y a ti! Ya verás como te pone el collar durante el Grand Ceilidh. Es mañana, ¿no lo recordabas?

—Oh, sí, por supuesto —mintió.

Se levantó para servirse otro café. No estaba tan segura de las intenciones de su amante como el ama de llaves. Los días que habían pasado juntos habían sido lo más parecido a una luna de miel, pero a pesar de haber pasado muchas noches haciendo el amor no podía decirse que su relación fuese más profunda. No se había declarado. Había sido generoso y considerado. Se había divertido con su conversación y con su compañía, pero nada más. Tal vez no pudieran llegar más lejos.

Se dio la vuelta y sonrió.

—Imagino que estarás muy ocupada preparando el gran acontecimiento. Mañana te ayudaré.

Quería mantenerse ocupada para no pensar.

La señora MacKay agradeció la oferta, pero la rechazó.

—Ya está todo preparado. Un par de chicas del pueblo vendrán por la mañana para hacer el trabajo duro. Además, a Fraser no le gustaría verte dando vueltas en vaqueros. Quiere que luzcas tus mejores galas para recibir a los invitados cuando lleguen.

A las diez y media de la noche, Avalon llamó a la puerta de la biblioteca y entró.

—Siento molestarte, pero me voy a la cama. Sólo quería desearte buenas noches.

Fraser dejó el bolígrafo que tenía entre las manos y le indicó que se acomodara.

—Siéntate, Avalon, quiero hablar contigo antes de que te retires.

Esperó a que se sentara. Entonces tomó la botella de whisky y sirvió dos vasos.

—Muchas gracias —dijo ella, sintiendo curiosidad.

Fraser bebió un poco y la miró con seriedad.

—Mañana tendremos un día muy ocupado. Espero que las cosas salgan bien. No quiero problemas. Estoy seguro de que te comportarás con dignidad.

—¿Con dignidad? No estoy segura de saber a qué te refieres.

Sus ojos azules se clavaron en ella.

—Sabes muy bien a qué me refiero. Pamela estará presente.

Avalon hizo un esfuerzo por mantener la calma.

—Sí, lo sé. ¿Estás sugiriendo que puede surgir algún roce entre nosotras? —preguntó con tranquilidad.

—Es posible —contestó—. Las mujeres sois celosas por naturaleza. Y sé que ocasiones se dicen ciertas cosas que caldean el ambiente.

Avalon dejó su vaso sobre el escritorio y se levantó.

—Si tienes miedo de que le diga a tu novia que hemos pasado varios días juntos, no debes preocuparte —dijo, con voz rota—. Aún tengo cierto orgullo y cierta autoestima. Creo que sería mejor que me marchara a primera hora de la mañana. Así no tendrías que preocuparte de nada.

—Te di la oportunidad de marcharte cuando terminó el juicio. Pero no la aceptaste, y ahora no puedes irte. Dijiste que te

quedarías durante el Ceilidh, y espero que cumplas tu promesa.

—¿Por qué? —preguntó, sin entender nada—. Sería más fácil para ti si yo no estuviera presente.

—Tengo mis razones —dijo, con expresión dura—. En cierta ocasión te pedí que confiaras en mí y me diste tu palabra de que lo harías. ¿Rompes tus promesas con tanta facilidad?

—No, pero…

—En tal caso no hay nada más que hablar, Avalon.

Durante unos segundos lo miró, asombrada.

—Sólo he venido para darte las buenas noches. Pero ahora me arrepiento de haber entrado.

Enfadada, se dio la vuelta y se marchó.

No podía dormir, de modo que permaneció un buen rato mirando el techo, pensando. No dejaba de repetirse que debía haber aceptado la oferta de marcharse, pero no lo había hecho porque aún creía que podía enamorarse de ella. Sin embargo, había fracasado. Y era culpa suya, no de Fraser. Resultaba evidente que buscaba algo más profundo que una simple relación sexual. Algo que parecía observar en Pamela.

Tal vez por ello insistía en que se quedase durante el Grand Ceilidh. Todos los miembros importantes de los clanes estarían presentes, así como representantes del mundo político y de la aristocracia en general. Corría el riesgo de comportarse de forma estúpida, pero Pamela estaría perfecta, como pez en el agua. Tal vez esperara que hiciera el ridículo ante todo el mundo para demostrar a los habitantes de Suilvach que no era merecedora de ser la primera dama.

Aún estaba preguntándose al respecto cuando escuchó el sonido de un motor en la distancia. No era el ruido que producía el Jaguar. Se trataba de un vehículo distinto, cuyos faros iluminaron las ventanas de su dormitorio. Al cabo de unos segundos notó que se detenía en el camino de grava y escuchó el sonido de un claxon.

Se levantó de la cama y caminó hacia la ventana. Fraser salió de la casa y se dirigió hacia el automóvil, para recibir al visitante, que resultó ser una elegante joven de pelo oscuro. Cuando pasó los brazos alrededor de su cuello y lo besó en los labios con apasionamiento, Avalon se apartó de los cristales y respiró profundamente. Ya sabía con quién iba a dormir aquella noche.

A la mañana siguiente no salió a correr. Cuando bajó a la cocina descubrió que el café ya estaba preparado y se sirvió una taza. Después, salió en busca del ama de llaves y descubrió que se encontraba en el salón supervisando el trabajo de las dos chicas que habían llegado del pueblo. Estaban colocando varias mesas a un lado, presumiblemente para instalar el buffet.

La señora MacKay sonrió al verla.

—Estaré contigo en un momento, Avalon.

—No te preocupes por mí. Puedo prepararme el desayuno. Me preguntaba dónde estarías. ¿Seguro que no puedo ayudarte en nada?

Tenía que encontrar una forma de mantenerse ocupada si no quería sumirse en la desesperación.

El ama de llaves pareció notar su nerviosismo y salió en su ayuda.

—Es muy amable por tu parte. No vendrían mal un par de manos más. Además, Fraser se ha marchado al aeropuerto de Inverness hace unos minutos, para recibir a ciertos invitados.

Le alegró saber que no tendría que verlo hasta pasadas varias horas.

La señora MacKay dio unas cuantas instrucciones a las jóvenes y acompañó a Avalon a la cocina.

—Una de las invitadas llegó anoche, bastante tarde. Tuve que prepararle una cena a medianoche.

—Sí —murmuró—. Era Pamela, ¿verdad? Oí su coche. Viene muy a menudo, según tengo entendido.

—Sí, es cierto.

—Lo dices como si no te gustara mucho.

—¿Tú crees? —preguntó con frialdad.

Avalon supo que había cometido un error al ponerla en la tesitura de tener que dar una opinión personal sobre una invitada, siendo el ama de llaves. Intentó corregir su desliz y pidió disculpas.

—Lo siento, no pretendía…

La señora MacKay la miró durante unos segundos e hizo un gesto como si careciera de importancia.

—No importa. Siéntate mientras preparo el desayuno.

Avalon no dijo nada. Se notaba que el ama de llaves ya estaba suficientemente preocupada por la fiesta como para que ella la incomodara aún más. Por otra parte estaba agotada. No había dormido en toda la noche, incapaz de dejar de pensar en Pamela y

en su amante.

Los maldecía a los dos y se maldecía a sí misma por haberse enamorado de Fraser. Se dijo que de haberlo intentado con más determinación no habría caído bajo el hechizo de sus ojos azules, ni frente al deseo de encontrarse entre sus brazos. Pero necesitaba sus besos, necesitaba su virilidad, necesitaba sus caricias.

Tal vez podía haberse resistido. Pero ahora debería pagar el precio por no haberlo hecho.

Por si fuera poco sospechaba que podía estar embarazada, pero no tenía intención de quedarse allí. A la mañana siguiente regresaría a Londres, por barco o en coche, como fuera. Y si descubría que estaba embarazada de Fraser, guardaría el secreto. No volvería a saber nada de ella. Había conocido a muchas madres solteras y divorciadas, grandes mujeres perfectamente capaces de criar a sus hijos mientras trabajaban al mismo tiempo.

Había terminado de desayunar, y estaba a punto de subir a lavarse cuando oyó que la señora MacKay hacía un gesto de desagrado y corría hacia la cafetera.

—Es para Pamela —explicó—. Tenía que haberle llevado el café a las nueve y media, y ya ha pasado la hora.

—Sólo han pasado cinco minutos —observó.

—Sí, pero es una obsesa de la puntualidad. Cuando dice una hora se refiere exactamente a esa hora.

El ama de llaves preparó una bandeja de plata, con una taza, un poco de nata fresca y un azucarero.

Avalon la miró, pensativa. Empezaba a comprender por qué razón se había ganado el apelativo de «Lady». Entonces recordó que las señoritas no tenían precisamente buen aspecto por las mañanas, cuando aún no se habían puesto sus trajes caros, ni habían peinado sus preciosos cabellos, ni se habían maquillado.

—Yo se lo llevaré —dijo, de forma impulsiva.

La señora MacKay la miró, dubitativa.

—No estoy segura de que…

Ella sonrió.

—A Fraser le agrada que dé la bienvenida a los invitados. De ese modo podré disculparme ante ella por no haber estado presente cuando llegó anoche.

El truco funcionó perfectamente. El ama de llaves decidió saltarse el protocolo habitual, por primera vez en toda su vida.

—Bueno, desde ese punto de vista… Supongo que Fraser no

objetaría nada. Está alojada en el ala oeste. Su habitación se encuentra en el piso superior, la segunda puerta a la izquierda.

Le dio la bandeja con un suspiro de alivio y Avalon la observó asombrada.

—¿En el ala oeste? ¿Estás segura?

Esta vez fue la señora MacKay la que denotó sorpresa.

—Por supuesto. Yo mismo la dejé allí anoche.

Avalon tuvo que hacer un esfuerzo para cerrar la boca.

—Oh…

—¿Te encuentras bien?

—Sí, por supuesto —sonrió—. La segunda puerta a la izquierda, ¿verdad?

Mientras subía las escaleras con la bandeja se preguntó si su idea habría sido tan buena como le había parecido en un principio. Descubrir que Pamela no había dormido en la habitación de Fraser la dejaba aún más confusa. Había pasado toda una noche en vela por culpa de su imaginación desbocada, una imaginación espoleada por los celos. Y tal vez se dirigiera a su habitación guiada también por esos mismos celos, no por la curiosidad que decía sentir. Tal vez hubiera algo en su inconsciente, algo destructivo que quería enfrentarse con su hipotética rival.

Al llegar al último piso dudó, pero respiró profundamente y caminó por el corredor que llevaba a su dormitorio. Decidió que se limitaría a servirle el café, a mantener la boca cerrada y a salir de allí tan deprisa como pudiera.

Capítulo 9

Había una palabra para definirla. Estilo. No cabía duda de que la mujer que estaba sentada en la cama rezumaba elegancia. Nadie tenía derecho a presentar aquel aspecto a primera hora de la mañana. Estaba recién maquillada, y ni una mecha de su brillante cabello caoba estaba fuera de sitio. Incluso su salto de cama parecía recién sacado del paquete.

Avalon sintió que se sonrojaba bajo el duro escrutinio de sus ojos verdes claros, y sintió deseos de llevar algo que no fuera un chándal que ocultaba todas sus formas.

—¿Quién eres? —preguntó Pamela.

—Te he traído el café —se limitó a responder.

Pamela suspiró exasperada.

—Ya lo veo. Eso no es lo que te he preguntado. ¿Dónde está la señora MacKay? El café debería haber llegado diez minutos antes. Entiendo que no tenéis sentido del tiempo, pero la vaguería no tiene excusa.

Avalon se esforzó por mantener la calma y dijo con tranquilidad:

—La señora MacKay está ocupada con los preparativos de la fiesta.

Pamela la obsequió con una mirada de desdén, y Avalon decidió no hacerle caso. Dejó la bandeja en la mesilla de noche y se volvió para marcharse cuando la voz de Pamela la interrumpió.

—Lléname el baño antes de irte.

Avalon se volvió, con un peligroso brillo en la mirada.

—Me temo que tendrás que hacerlo tú misma. Yo no trabajo aquí.

Una delicada ceja se elevó en su rostro.

—Ya veo. Como me trajiste el café, di por supuesto… Se encogió de hombros con indiferencia.

—Soy una invitada, igual que tú —dijo Avalon, controlando la cólera de su voz.

Pamela la observó con renovada curiosidad.

—Entonces será mejor que nos presentemos. Soy Pamela Russell, la prometida de Fraser.

Al fin salía a la luz. No era una conocida suya, ni siquiera una amiga. Era su prometida. Por supuesto, siempre lo había

sospechado, pero el hecho de oír las palabras fue para ella como si le clavaran un puñal.

—Me llamo Avalon Rivers.

Pamela repitió varias veces su apellido, y después sacudió la cabeza.

—Lo siento, no me suena. ¿Nos conocemos? ¿Tienes alguna conexión con el clan?

La discreción advertía a Avalon que era hora de marcharse. No obstante, aquella mujer la tenía hipnotizada.

—En absoluto —respondió con sequedad.

—Entonces, ¿quién te ha invitado?

—Fraser. En realidad, ha sido más una orden que una invitación.

—¿De verdad? —la examinó cuidadosamente—. ¿Cuánto hace que os conocéis?

Avalon mantuvo conscientemente un tono informal.

—Un mes, más o menos. Desde que llegué. No quería quedarme, pero él insistió. Decía que quería conocerme mejor —caminó hasta la puerta, se detuvo y volvió la cabeza—. Será mejor que te tomes el café antes de que se enfríe.

Bajó la escalera con una extraña sensación de satisfacción. Fraser le había dicho que se comportara con dignidad y que no dijera nada que pudiera acarrear problemas. En efecto, su comportamiento había sido digno, y todo lo que había dicho era cierto. Lady Pamela podía interpretarlo como quisiera. A ella no le importaba en absoluto.

Pasó el resto de la mañana a solas, vagando por la playa.

No entendía qué podía ver Fraser en una mujer como aquélla. Sin duda, Pamela era atractiva, incluso bella. Pero su personalidad resultaba insoportable. Si Fraser iba a pasar el resto de su vida junto a ella, lo compadecía. El pobre no sabía dónde se estaba metiendo.

Por supuesto, era posible que sólo hubiera conocido uno de sus aspectos. Estaba segura de que podía ser todo dulzura cuando estaba en su compañía, y sólo revelaba su aspecto agrio cuando estaba con personas a las que consideraba inferiores. Aun así, Fraser no era estúpido. Estaba convencida de que, si la conocía desde hacía tiempo, debería haber sido capaz de descubrir su verdadero carácter.

Cuando volvió a la casa, comió algo ligero en la cocina con la señora MacKay; que parecía visiblemente incómoda.

—Son esas dos chicas del pueblo —explicó a Avalon—.

Amenazan con largarse si Pamela no les deja seguir con su trabajo. Estaba molestándolas.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Avalon, frunciendo el ceño.

—Sobre todo, preguntar cosas sobre ti. Con mucha insistencia. En todo caso, le he pedido que las deje en paz y se ha ido al pueblo. Estoy segura de que ahora mismo está haciendo más preguntas.

Avalon se encogió de hombros.

—Le bastaría con preguntarme a mí, en vez de investigar a mis espaldas. No tengo nada que ocultar, ni he hecho nada de lo que deba avergonzarme.

Aquello era cierto, pero en su interior, deseaba sentirse tan segura como parecía. Había hecho algo inadecuado: despertar la curiosidad de Pamela. Más tarde o más temprano, alguien le hablaría de la *Caileagh Bhan* que había llegado del mar, atraída por los espíritus, para que se casara con su jefe. No quería ni pensar en lo que ocurriría entonces.

Después de la comida ayudó a las chicas a llevar al salón las bandejas cargadas de entremeses. La visión de la sala le cortó la respiración. El suelo resplandecía. Las mesas estaban cubiertas con manteles blancos, inmaculados. Todo estaba lleno de cristal y plata brillante.

Felicitó a las muchachas por su trabajo.

—Está precioso. ¿Vais a asistir a la fiesta?

—Por supuesto —le aseguró una de ellas—. Todo el mundo está invitado al Grand Ceilidh. Además, en esta ocasión es especial, ¿verdad?

Avalon se apresuró a cambiar de tema. Charló con ellas durante unos minutos y después subió a su habitación. Se quito el chandal, tomo una ducha rápida, y se puso una falda lisa combinada con un jersey de lana.

Después de secarse el pelo, se lo cepilló vigorosamente, prometiéndose que se lo iba a dejar corto en cuanto saliera de allí. Cuanto más corto mejor. Incluso era posible que se lo tiñera de negro, para ahuyentar los recuerdos de Fraser of Suilvach que la asaltaban cada vez que se miraba en un espejo.

Decidió rápidamente que sería una tontería. No le serviría de nada. El tiempo curaría la herida, pero nada borraría el recuerdo de la primera noche que habían hecho el amor, junto al fuego, ni del día que, en el barco, él había abrazado su cuerpo tembloroso para transmitirle su calor. Tampoco olvidaría nunca aquellos ojos azules

hipnóticos, la forma en que ardían cuando estaba furioso, ni la forma en que una repentina sonrisa de aprobación aceleraba su pulso.

Habían compartido momentos de ternura, en los que estaba segura de que verdaderamente la amaba, pero ahora, mientras contemplaba su reflejo, ya no estaba segura de nada. Fraser la manejaba como si se tratara de una marioneta, y no tenía idea sobre cuáles eran sus intenciones.

Estaba agotada a causa de la falta de sueño de la noche anterior. Se tumbó en la cama con la intención de descansar durante media hora, pero cinco horas después alguien agitó su hombro, despertándola.

La señora MacKay la miraba sonriente.

—Te he traído una taza de té.

Avalon se incorporó, desorientada, y miró el reloj.

—¡Dios mío! ¿Ya es tan tarde?

—No pasa nada —le aseguró el ama de llaves—. La fiesta empieza dentro de media hora. Subí antes, pero vi que estabas dormida y decidí dejar que descansaras. Necesitas estar fresca como una rosa, porque ya sabes lo cansados que son estos bailes. Y no te preocupes por no estar abajo para recibir a los invitados. Pamela ya se ha encargado de ello.

Avalon bebió un trago de té mientras ponía sus ideas en orden.

—¿Te comentó algo al volver del pueblo?

—No —respondió pensativa—. Pero parecía furiosa. Y después discutió con Fraser. Será mejor que vuelva a bajar —se apresuró a añadir al ver que se estaba yendo de la lengua.

Avalon se levantó y miró el camino por la ventana. Los coches lujosos se mezclaban con los vehículos más humildes. Había incluso un viejo tractor, y se preguntó si sería el que conducía el anciano Gavin cuando la divisó entre las rocas. La idea de bajar y enfrentarse a las miradas curiosas le daba miedo, pero fue al cuarto de baño y se lavó la cara con agua fría.

Quince minutos después, cuando se estaba poniendo el broche de plata y perlas, alguien llamó a la puerta.

—Adelante.

Pamela entró en la habitación, alta y elegante. Su esbelta figura estaba remarcada por un vestido rojo ajustado, de lentejuelas, y su magnífica cabellera caía sobre sus hombros desnudos.

Avalon, que estaba preparada para oír una sarta de acusaciones,

se quedó sin palabras al ver la sonrisa tímida de Pamela y el tono casi humilde de su voz.

—Espero no molestarte. Creo que deberíamos aclarar las cosas antes de que esto llegue más lejos.

Avalon entrecerró los ojos.

—¿Qué cosas?

—Esta mañana no empezamos con muy buen pie. Fue culpa mía. Lo único que puedo hacer es pedirte perdón y decirte cuánto lo siento —se mordió el labio—. Esto es muy embarazoso para mí…

Dejó de hablar y bajó los ojos.

Avalon empezaba a sentirse incómoda. Le extrañaba que una disculpa saliera de labios de Pamela. Pero aquél era el problema. Tampoco podía estar segura de haberla juzgado bien a primera vista. A fin de cuentas, su encuentro había sido muy breve, y la otra mujer parecía sincera.

—En este momento no creo que te sientas más cohibida que yo —respondió, preguntándose para qué habría ido a verla.

Pamela asintió.

—Lo entiendo. Habéis hecho el amor, ¿verdad?

Avalon se puso en tensión.

—¿Te lo ha dicho Fraser?

—No es necesario —suspiró—. Llevas un mes aquí, y lo conozco. Cuando ve una chica atractiva, sobre todo si es tan inocente y adorable como tú… Me pone enferma el pensar que se haya aprovechado de ti. Y no solo de ti, de todas las demás. He discutido con él una y otra vez, pero es imposible convencerlo. Después, esta tarde, cuando me enteré de lo tuyo, tuvimos otra discusión. Me ha prometido que será fiel cuando nos casemos, pero hasta entonces…

Avalon se dio cuenta de que debía estar refiriéndose a la discusión que la señora MacKay había mencionado. Se le hizo un nudo en el estómago. Empezó a considerar seriamente la posibilidad de que Pamela fuera sincera.

—Si es así, ¿por qué lo aguantas? Yo no lo soportaría.

—Tienes razón —dijo Pamela, en tono de derrota—. Ninguna mujer que tuviera algo de sentido común soportaría esta situación. Pero el mundo está lleno de estúpidas como yo. El amor debió inventarlo un hombre. Les deja hacer todo lo que quieren, porque saben que al final les perdonamos todo.

—Entonces eres estúpida —respondió Avalon—. O al menos lo es una de nosotras.

—Sí. Las dos lo somos. Yo por creer sus promesas, y tú por creer esas tonterías de los duendes y los fuegos fatuos —la miró con compasión—. Afortunadamente, en Suilvach queda gente decente, que me ha dicho lo que sucede. En cuanto a Kirsty, sus intenciones son buenas, pero no es una persona muy equilibrada. Hay gente como ella por todas las Highlands. Se autodenominan videntes, y juegan con las supersticiones de esta zona.

—¿Qué hay del fuego? —preguntó Avalon—. Lo vi con mis propios ojos.

—Claro que lo viste. Pero no hay nada de mágico en ello. Es bastante normal por aquí. Creo que tiene algo que ver con el metano de la tierra. Sólo hace falta una llama para encenderlo. Probablemente alguien tiró una colilla al suelo.

—¿Quieres decir que todo el mundo lo sabía? ¿Fraser? ¿Y Kirsty? ¿Y Aileen y todos los demás?

Pamela se encogió de hombros.

—El páramo es muy peligroso, por el gas. Por eso nunca permiten a los niños del pueblo que jueguen ahí.

Todo empezó a cobrar sentido. Todas las dudas que había albergado en un principio sobre Fraser y Kirsty demostraban ser ciertas. Desde el principio había tenido la verdad delante de los ojos, pero el deseo la había cegado hasta el punto de impedir que se diera cuenta.

—Hay otra cosa que deberías saber —añadió Pamela con incomodidad.

—No —dijo Avalon—. Ya he oído bastante.

Pamela siguió, de todos modos.

—¿Te ha contado que se tiene que casar como muy tarde en dos semanas?

Avalon la miró con incredulidad.

—No —cerró los puños—. Nunca me habló de ti. Ni Kirsty ni él. Cuando preguntaba a Fraser, me decía que me metiera en mis propios asuntos, y Kirsty cambiaba de tema.

—El caso es que pronto cumplirá treinta y cinco años, y si no está casado, perderá el título y las propiedades, que pasarán a su tío —le explicó Pamela—. No está dispuesto a permitir que eso ocurra. Su tío es una especie de especulador, que lo vendería todo rápidamente. Fraser y yo acordamos hace mucho tiempo que nos casaríamos cuando llegara el momento. Y el momento ya ha llegado. No puede seguir esperando. Me temo que esta aventura que

ha tenido contigo ha sido su última escapada de soltero. Siento mucho haberte dicho todo esto, pero tenía que advertirte. Lo entiendes, ¿verdad?

—¿Qué era lo que tenías que advertirme? ¿Qué más puede hacer?

Pamela se llevó la mano a la frente, angustiada.

—Creo que no voy a ir a la fiesta. Todo el mundo sabe que Fraser ha estado utilizándote, pero es su jefe, y a sus ojos no puede hacer nada malo. Todos se reirán a tus espaldas, y no quiero tomar parte en eso.

Avalon se quitó el broche y lo tiró sobre la cama con amargura.

—No te preocupes. No tendrá la oportunidad de seguir humillándome. Él y su maldito feudalismo se pueden ir al infierno. No quiero volver a verlo en la vida.

Un tenso silencio se apoderó de la habitación. Al final, Pamela lo rompió con un suspiro.

—No te culpo por ello. Yo en tu lugar sentiría lo mismo que tú, aunque creo que no tendría el valor para tomármelo tan bien. Si, quieres inventaré alguna excusa. Les diré que te duele la cabeza.

Avalon se quedó mirándola en silencio, incapaz de hablar. Cuando Pamela salió de la habitación, caminó hasta la puerta y cerró con llave.

Observó su reflejo en el espejo del dormitorio. Estaba pálida, y tenía los ojos enrojecidos. Se bajó la cremallera del vestido, que cayó al suelo. Lo recogió, lo colocó en el respaldo de una silla, y se puso el chándal.

Se tumbó en la cama, intentando despejarse, acallar los dolorosos latidos de su corazón traicionado. Oyó que comenzaba a sonar la música en el salón, y se llevó las manos a los oídos. Cerro fuertemente los ojos, pero la imagen de su rostro seguía allí, con una mirada de burla en los ojos azules y los labios arqueados en una sonrisa cínica.

Un golpe en la puerta la sobresalto y se sentó en la cama Volvieron a llamar con mas insistencia. Debía ser él. Nadie más podía llamar con tanta fuerza.

Se levantó y gritó:

—¡Lárgate!

—¿Avalon? Soy Fraser ¿Qué te pasa? Déjame entrar.

—¡No! —gritó—. No estoy dispuesta a salir. Ya lo sé todo sobre ti. Lárgate y déjame en paz.

Fraser giro varias veces el picaporte Después se hizo el silencio. Avalon esperaba que tirase la puerta abajo. Al ver que no ocurría nada, se acercó con precaución y oyó que sus pasos se perdían en la distancia. Cuando estuvo segura de que se había marchado, caminó desconsolada hasta la ventana y se quedó mirando el pueblo. Iba a echar de menos la paz de aquel lugar, el precioso paisaje y la gente amistosa. Le habría gustado pasar allí el resto de su vida, pero había llegado el momento de enterrar su sueño roto.

El único consuelo que podía encontrar era que al menos le estaba negando el placer de humillarla en público. No soportaba la idea de que la hubiera estado utilizando con tanta sangre fría. Y, según Pamela, sólo era la última en una larga lista de víctimas. No comprendía cómo una mujer podía estar dispuesta a casarse con un hombre como él. Sabía lo difícil que resultaba olvidar los antiguos hábitos, y dudaba que un hombre con tal instinto depredador fuera a cambiar después de contraer matrimonio.

—¿Avalon?

Se volvió sorprendida, y vio a Kirsty en mitad de la habitación, con una sonrisa triste en el rostro.

Boquiabierta, miró la puerta y volvió a mirar a la anciana.

—¿Cómo has entrado? La puerta está cerrada con llave.

—No deberías confiar mucho en las cerraduras de esta casa. A veces funcionan, y a veces no.

—¿Te ha enviado Fraser? —preguntó con desconfianza.

Kirsty negó con la cabeza.

—Nadie me ha enviado. Pero Pamela está abajo, comportándose como el gato que ha cazado al ratón. Ha estado hablando contigo, ¿verdad?

—En efecto —respondió con amargura—. Me ha explicado cómo me habéis tomado el pelo entre todos.

La anciana la miró apenada.

—Nadie te ha tomado el pelo, cariño.

—¿No? ¿Qué hay de eso que llamabas fuegos fatuos? No es más que metano. ¿Lo vas a negar?

Kirsty suspiró.

—Claro que es metano. Pero la magia es lo que hace que se encienda.

—Pues no fueron tus amigas las hadas. Fue alguien que tiró una colilla.

—Incluso si así fuera, ¿qué hizo que esa persona estuviera allí en

ese momento?

Avalon la miró frustrada.

—Mira, si has venido a convencerme para que baje, estás perdiendo el tiempo.

—Eso es algo que tendrás que decidir tú. De lo contrario no significaría nada. En lo que a Pamela respecta, es tan falsa como la cerradura de esa puerta. Yo no confiaría demasiado en lo que ha dicho.

Furiosa, Avalon le volvió la espalda y se puso a mirar por la ventana en silencio. No quería hablar más sobre el tema. Sólo quería poner fin a aquella situación. Nadie, ni siquiera Kirsty, iba a conseguir hacerla cambiar de idea. Aquél había sido siempre su problema. Que confiaba en la gente. En la gente como su antiguo novio, como el señor Smith, como Kirsty, como Pamela…

De repente interrumpió sus pensamientos. Pamela.

Se volvió, pero Kirsty se había marchado, de forma tan silenciosa como había entrado. Deseaba no haber sido tan grosera. Había intentado prevenirla contra Pamela, advertirle que no debía confiar en ella.

Pero Pamela había resultado muy convincente, ofreciéndole compasión y apoyo. Igual que el señor Smith. No debía olvidarlo.

Se sentó en el borde de la cama y empezó a morderse una uña, distraída. Se preguntó cuál sería la verdad en caso de que Pamela sólo le hubiera contado embustes.

El motivo que tendría para hacerlo no podía ser otro que el hecho de que quisiera que se mantuviera alejada de allí. Claro que si Fraser le había prometido que se casaría con ella no tenía nada que temer. Aquello podía significar que Fraser no había hecho tal promesa. Pero se le estaba acabando el tiempo, y aquella noche tenía que elegir a su esposa, mientras el clan estuviera reunido, tal y como exigía la tradición. Pamela sólo quería asegurarse de que tenía el campo libre.

Se puso en pie de un salto, pensando en la sufrida novia que estaba dispuesta a perdonar las infidelidades de su novio mientras se compadecía de sus víctimas. Había representado a la perfección su papel. Lástima que el personaje fuera completamente inverosímil. Todo había sido un intento frío y calculador de minar la confianza de su rival. Por supuesto, el hecho de que su confianza se encontrara en un nivel más bajo había facilitado enormemente su trabajo.

Siempre cabía la posibilidad de que Pamela le hubiera dicho la verdad y ella estuviera intentando aferrarse a un cabo ardiendo, pero sólo podía averiguarlo si bajaba y se enfrentaba a Fraser. Podía acabar sufriendo la mayor humillación de su vida, pero era un riesgo que debía correr. No estaba dispuesta a correr a ocultarse, como de costumbre. En aquella ocasión iba a quedarse para luchar.

Se puso a toda prisa el vestido, se colocó el broche, se lavó la cara y salió por la puerta.

Seguía cerrada con llave. Pero no tenía tiempo para preguntarse cómo había conseguido entrar Kirsty. Ya se preocuparía por ello más adelante.

Abrió y salió al pasillo. En aquel momento los músicos estaban tomándose un descanso, pero podía oír el sonido de las conversaciones y las risas procedentes de la sala de baile. Cuando llegó al final de la escalera tenía la boca seca. Resistió el impulso de volver a subir, respiró profundamente, y con la cabeza muy erguida atravesó las puertas que conducían a la sala.

Su repentina aparición desató un murmullo entre los invitados. Observó de reojo que todos se volvían para mirarla. En el extremo, delante de la enorme chimenea, un grupo de hombres y mujeres de aspecto distinguido charlaban animadamente con Fraser, pero también ellos se volvieron para mirarla al ver que se abría camino.

Tuvo la impresión de que tardó una eternidad en atravesar el salón. Cada paso requería todas sus reservas de valor y determinación. Su corazón latía cada vez con más fuerza. Fraser estaba radiante con su falda escocesa. Examinó su enigmática mirada, preguntándose si denotaba placer, cólera o indiferencia. Pero era como un libro cerrado. No encontraba ninguna pista sobre sus emociones en su expresión.

Pamela estaba agarrada de su brazo, con ademán posesivo, y su expresión no admitía lugar a dudas. Estaba furiosa.

Le devolvió la mirada con tranquilidad y dijo:

—Hola, Pamela. Se me ha pasado el dolor de cabeza, así que al final he decidido bajar y unirme a la fiesta —sonrió y miró a Fraser —. ¿No vas a presentarme a tus amigos?

Por debajo de su tranquila fachada, estaba temblando. Tenía la impresión de que se iba a derrumbar en cualquier momento.

Fraser la observó detenidamente y al fin esbozó una sonrisa. Soltó el brazo de Pamela y dijo:

—Me alegro de que se te haya pasado, *Caileagh Bhan*. Ya

pensábamos que habías decidido tomar otro baño.

Los asistentes rieron. Avalon se volvió y vio que Kirsty la miraba sonriente desde una esquina. Alguien le pasó un vaso de whisky. Bebió un sorbo, lo saboreó durante un momento, y asintió muy seria:

—Un whisky excelente. De malta. Creo que Glenmorangie.

Los acompañantes de Fraser la miraron sorprendidos.

—Será inglesa, pero tiene sentido del gusto. Hasta sabe apreciar un buen whisky —comentó alguien.

Avalon bebió otro sorbo y rió.

—Me gustaría conocerlos. La verdad es que esta tarde vi las etiquetas de las botellas.

Su confesión desató una carcajada.

—Por lo menos es sincera.

Fraser le dedicó una sonrisa. No era la primera vez que lo hacía, pero nunca había sonreído así. Y sus ojos adquirieron la tonalidad cálida de un cielo de verano.

Después, pasó un brazo por sus hombros y empezó a presentarla.

—Cameron, te presento a la señorita Avalon Rivers.

Avalon miró al alto y distinguido caballero de pelo blanco. Le tendió la mano, diciendo:

—*¿Co as a tha sibh?*

El hombre la miró sorprendido.

—*¿Gaidhlig agaibh?* —preguntó.

Avalon se esforzó por encontrar las palabras adecuadas.

—*Beagan tha mi ag*… —dijo con inseguridad.

—Así que estás aprendiendo —dijo sonriendo—. ¡Está aprendiendo gaélico! A este paso, pronto lo hablará como una nativa.

El resto de las presentaciones transcurrió con rapidez. Oyó demasiados nombres como para recordarlos. Cuando terminaron, Fraser la condujo de la mano al centro de la pista de baile, y alzó los brazos para pedir silencio. En cuanto el sonido cesó, Fraser se sacó un saco de cuero del bolsillo y susurró a su oído:

—Estoy orgulloso de ti. Ahora mantén la cabeza bien alta. Eres la mujer más bella de esta sala, y quiero que todos vean lo que voy a hacer.

El cuerpo de Avalon tembló como una hoja agitada por la hierba cuando Fraser sacó la gargantilla de diamantes y esmeraldas y se la puso alrededor del cuello. Dio un paso atrás para observar el efecto,

y después, poniéndole las manos en los hombros, se inclinó para besarla con ternura.

Después se irguió, como un orgulloso guerrero celta que supervisara sus huestes y declaró con voz firme:

—Esta es la mujer que elijo como mi esposa —se detuvo para añadir más dramatismo antes de seguir con la formalidad—. Si hay alguien aquí que se atreva a poner en entredicho su capacidad para ser la primera dama del clan, que hable ahora.

Todos guardaron silencio. Fraser miró a su alrededor y asintió, sonriente.

—Entonces, ¿todo el mundo aprueba mi elección?

El rugido de aprobación que llenó la sala hizo temblar las arañas de cristal. Todos los invitados corrieron hacia ellos, para felicitarlos.

Poco a poco fue cesando el bullicio. Se brindó con profusión, y la banda amenizó con su música una fiesta de la que se hablaría durante generaciones.

De repente, Kirsty estaba a su lado, con un vaso de whisky en una mano y un cigarrillo en la otra. Llevaba la misma falda y el mismo jersey que siempre, y Avalon no podía imaginarla con otra cosa.

—Bienvenida al clan, *Caileagh Bhan* —dijo sonriendo.

Avalon le devolvió la sonrisa.

—Gracias, Kirsty. Y gracias por venir a…

Kirsty la interrumpió y se volvió hacia Fraser.

—Me ha gustado mucho tu discurso. Según las leyes del clan, Avalon y tú estáis casados, pero sería una buena idea que os apresurarais a hacer todo el papeleo —bajó la voz—. Lo digo por tu tío.

Fraser asintió.

—Como de costumbre, piensas en todo. Cameron es juez de paz. Seguro que se presta a celebrar la ceremonia. Ahora mismo voy a pedírselo.

Avalon seguía intentando asimilar lo ocurrido. Acababa de convertirse en la esposa de Fraser. Era otra de aquellas incomprensibles costumbres de los clanes. Pero, por si alguien dudaba de la legalidad de aquel procedimiento, estaba a punto de confirmar su boda en una ceremonia civil. Se sentía aturdida y feliz. Necesitaba sentarse para recuperarse de la impresión, pero sabía que no le iba a resultar posible.

Fraser apretó su mano y la miró preocupado.

¿Te encuentras bien? Estás muy pálida. Lo podemos dejar para más tarde, si quieres.

Avalon respiró profundamente y sonrió.

—No te preocupes por mí. Es que todo está pasando demasiado deprisa. Aún estoy intentando acostumbrarme a la idea de que eres mi marido.

Volvió a respirar profundamente y sintió que el color volvía a sus mejillas.

No dejó de estrechar manos y recibir felicitaciones mientras Kirsty organizaba la ceremonia en menos de media hora. Avalon eligió a Aileen como madrina, y Fraser eligió a Big Duncan como padrino. Cameron, el juez de paz, estaba ante ellos listo para comenzar cuando Fraser exclamó:

—¡Espera! ¡No tengo un anillo para Avalon!

Kirsty dio un paso al frente y le entregó un paquete.

—Afortunadamente, llevaba esto encima —miró a Avalon con un brillo en los ojos—. No te preocupes. Será de tu tamaño.

No lo dudó por un momento. Si Kirsty lo decía, era de su tamaño.

Capítulo 10

La luz de la luna iluminaba la playa mientras el mar, tranquilo, batía la orilla una y otra vez.

La música de la fiesta llegaba desde la casa, a través de los árboles, y Fraser la abrazaba con fuerza.

—Si tienes frío podemos regresar —murmuró.

Avalon acarició sus labios.

—Aún no, cariño. Quiero acostumbrarme a la idea de que serás mío. De todas formas, creo que tienes que explicarme unas cuantas cosas.

Fraser se inclinó sobre ella y la besó.

—Creo que se me ocurren mejores maneras de pasar el tiempo.

Apretó las manos sobre su talle, impaciente, guiado por la fuerza de su deseo, y el pulso de su amante se aceleró de inmediato, hasta que al cabo de unos segundos se apartó de ella y rió.

—¡Dios mío, Avalon! Tus maravillosos ojos verdes, tu precioso cuerpo y el sonido de tu voz despiertan en mí sensaciones incontrolables. Empiezo a pensar que verdaderamente eres una bruja marina enviada para volverme loco de deseo.

Continuaron paseando por la playa, abrazados. Las luces del pueblo se reflejaban en las aguas de la bahía. Avalon sintió la necesidad de asegurarse de que aquello no era un sueño y se llevó la mano a la garganta para tocar el collar.

—Es tan maravilloso —suspiró.

—¿Estás dispuesta a pasar el resto de tu vida en este lugar? —preguntó con tranquilidad.

—Por supuesto, cariño —contestó—. Es extraño, pero me siento como si perteneciera a este pueblo, como si siempre hubiera pertenecido a él. Lo amo casi tanto como a ti.

—Sí —dijo encantado—. Precisamente por eso debía asegurarme. La mayor parte de las personas vienen aquí de vacaciones, se quedan un par de semanas y piensan que es maravilloso. Pero después empiezan a echar de menos las cosas que ofrece una gran ciudad. Y temía que te sucediera algo parecido. No podría haber soportado que te sintieras mal por ello.

—Esas personas se equivocan. Me he divertido mucho más aquí que en Londres. La gente es más amable, y además, ¿quién necesita

los atascos de tráfico, el aire contaminado y todo lo demás? —preguntó con una sonrisa—. Créeme. Esto es un paraíso, y no quiero marcharme nunca.

Fraser la abrazó con más fuerza, afectuosamente.

—Es lo que esperaba que sintieras. Pero hasta ahora no había estado seguro. Pero demostraste el compromiso que sentías por esta tierra cuando supe que estabas aprendiendo gaélico. Todo el mundo quedó impresionado. El viejo Cameron no se había mostrado tan encantado con nada en toda su vida.

—No es tan importante. Si viviera en España, aprendería español.

—Sí, pero de todas formas has demostrado interés por nuestro idioma, y ésa es la prueba que necesitaba —observó, mirándola—. ¿Quién te ha enseñado? ¿La señora MacKay?

—No. Fue el joven Jamie. Por eso lo veía casi todas las tardes. Pero me aseguré de que fuera un secreto entre nosotros. Tenía miedo de no conseguirlo.

Fraser rió de buena gana.

—Nadie se habría burlado de ti, mi deliciosa bruja. Te habría enseñado yo mismo si me lo hubieras pedido.

—Quería darte una sorpresa.

—Sí, desde luego estás llena de ellas, ¿no es cierto? Cuando te vi por primera vez, tumbada en la cama de la casa de Kirsty…

—Desnuda —lo interrumpió, sonriendo al recordarlo—. Nadie estaba más sorprendida que yo. Te vi y pensé que era un sueño.

Estuvieron en silencio un buen rato, escuchando el sonido de las olas, hasta que Avalon se detuvo y miró a su prometido con fingido resentimiento.

—No fuiste muy amable conmigo a la mañana siguiente, ¿recuerdas? Pensé que eras una especie de ogro malhumorado.

—Y tú te comportaste como una chica de ciudad, con un ordenador en lugar de corazón —bromeó—. Me amenazaste y dijiste que mantuviera alejadas las manos de ti.

Avalon le dio un golpecito en las costillas.

—Tenía razones para estar enfadada. Tendrás que admitir que no todos los días te despiertas y te dicen que has sido elegida por unos espíritus para ser la esposa de un hombre que no conoces. ¿Qué habrías hecho tú? —preguntó con una sonrisa—. Sin embargo, las cosas son diferentes ahora. Puedes tocarme cuando quieras.

—Tengo que reconocer que no fui muy delicado contigo. Pero a

pesar de lo ocurrido nos enamoramos, ¿no es cierto?

—Mmmm. Bueno, yo sabía que me había enamorado de ti, pero no estaba segura de que fuese mutuo —contestó después de considerarlo.

Fraser acarició su largo pelo rubio sintiendo la suave textura entre los dedos. Después, la besó en la punta de la nariz.

—Me enamoré de ti en cuanto te vi aquella primera noche, en la biblioteca, frente al fuego. Tu piel brillaba con una tonalidad dorada y eras tan apetecible como un melocotón maduro.

El recuerdo bastó para que Avalon se estremeciera.

—Sí lo recuerdo vagamente —susurró.

—Si quieres, te refrescaré la memoria cuando regresemos a casa —murmuró a su oído—. Nos lo tomaremos con calma, muy despacio.

—Supongo que podría ayudar…

La atrajo hacia sí y la besó en los párpados y en la boca.

—El Ceilidh no terminará hasta pasada la medianoche. Creo que deberíamos hacer una visita a la biblioteca ahora mismo.

Ella rió.

—No creo que sea buena idea. Creo que vi a Aileen con su novio hace un rato.

—Maldita sea —gruñó—. Esos quinceañeros son todo un problema. No tienen ningún respecto. En fin, será mejor no estropearles la fiesta.

—Muy bien. Eso significa que tienes mucho tiempo para explicarme lo de Pamela. Desapareció en cuanto me diste el collar.

—Yo diría que ahora debe estar a medio camino de Edimburgo, con el rabo entre las piernas.

Su tono le sorprendió.

—No te gustaba demasiado, ¿verdad?

—Digamos que lo siento por ella —se encogió de hombros.

—Pues yo no —declaró—. Y tampoco lo sentirías tú si hubieras escuchado las cosas que dijo. Las mentiras que dijo.

Fraser rió.

—Imaginé que había hablado contigo.

—¿Lo adivinaste?

—Cuando te encerraste y dijiste que me marchara, supe que Pamela era la culpable.

—Es cierto que me engañó —comentó con amargura—. Es tan buena actriz que consiguió hacerme sentir pena por ella. ¿Por qué

no me advertiste? Cuando te pregunté, dijiste que no era asunto mío.

Fraser intentó diluir su disgusto con un beso.

—Te pedí que confiaras en mí, ¿recuerdas?

—Sí, y confiaba en ti. Aunque no podía comprender las complicadas maquinaciones de tu mente. Esperaba que tuvieras una buena razón.

Sus ojos azules la miraron con intensidad.

—Pamela fue nuestra prueba final. Es una gran manipuladora. Si no hubieras podido manejarla, no me habría parecido justo que nos uniéramos. Al casarte conmigo tendrás una serie de obligaciones sociales que entiendo que te desagraden. Por otra parte, la primera dama del clan debe ser lo suficientemente perceptiva como para poder ver a través de la afectación, de la pretensión y del engaño. En tu posición sufrirás la presión de personas como ella. Puede que no sea una vida tan hermosa como hayas imaginado.

—No necesito que mi vida sea un camino de rosas, cariño —dijo con sinceridad—. Sólo necesito tu amor.

Fraser la abrazó y la besó en la oreja.

—Es tuyo, para siempre.

—¿Significó algo para ti en algún momento? Me dijo que le habías prometido que te casarías con ella. ¿Estaba mintiendo?

—No exactamente —admitió.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Se lo prometiste o no?

—Sí.

—Ya veo…

El encantamiento parecía estar a punto de romperse.

—Tenía doce años cuando se lo prometí —añadió—. Yo estaba estudiando en la universidad de Edimburgo y me hice amigo de un estudiante llamado Harry Rusell. Sus padres poseían una gran mansión a las afueras de la capital. En aquella época estaba muy centrado en mis estudios, pero los padres de Harry insistieron en que pasara los fines de semana en su casa.

Fraser se detuvo durante unos segundos antes de continuar.

—Eran una pareja muy agradable, y de hecho sigo en contacto tanto con ellos como con su hijo. Les devolví la hospitalidad invitándolos durante las vacaciones. Y fue una experiencia muy agradable, salvo por Pamela. Era la hermana menor de Harry. Dime una cosa, Avalon, ¿es normal que una chica de doce años se declare a un hombre de veintiuno?

—Bueno, a los doce años yo estaba enamorada de un cantante pop estadounidense —admitió incómoda.

—Eso es distinto —puntualizó—. Probablemente, no era más que un póster en la pared de tu dormitorio. Pero yo tenía que vivir bajo el mismo techo que ella. ¿Tienes idea de lo embarazoso que puede ser tener que enfrentarte a una niña que no deja de coquetear contigo? Por fortuna no lo hacía cuando sus padres estaban cerca. Era demasiado inteligente —suspiró con desesperación—. Le prometí que me casaría con ella cuando fuera mayor porque pensé que sólo era un capricho infantil que desaparecería con la edad.

Avalon ya tenía una idea bastante aproximada de aquella niña mimada y retorcida.

Fraser rió, burlándose de su propia estupidez.

—Debí ponerla en su sitio entonces, pero tenía miedo de que se echara a llorar. De todas formas, los niños suelen olvidar ciertas fantasías cuando crecen. Sin embargo, ella no lo hizo. Terminé los estudios y comencé a trabajar, y pasado cierto tiempo, volví a ponerme en contacto con sus padres, a los que invité a venir siempre que quisieran.

—Y Pamela ya había crecido —dijo ella, recordando su belleza.

—No la reconocí hasta que abrió la boca y empezó a coquetear conmigo. Tal vez hubiera crecido, pero en su interior sólo latía una ambición desmesurada y una vanidad similar. Le hice saber que no estaba interesado en ella, de la manera más educada posible, pero es una de esas personas que no aceptan una negativa por respuesta. La mimaron demasiado, y le resulta inconcebible no poder salirse siempre con la suya.

—Supongo que tomó la invitación de que podía visitarte cuando quisiera de manera demasiado literal, ¿no es así?

—En efecto. Se presentaba en casa con cierta regularidad. Normalmente para pasar algún fin de semana. Y tiene un talento especial para llevarse mal con todo el mundo.

—Y tú eres demasiado educado como para decirle que no era bienvenida.

Fraser sonrió con cierta amargura.

—No era fácil. Me llevo bien con sus padres. Estaba más preocupado por sus sentimientos que por herirla a ella. No creo que sean conscientes del monstruo que han criado.

Avalon se dijo a sí misma que al menos había aprendido una lección aquella tarde. A pesar de sus engaños y de sus malas artes,

no había conseguido el amor de Fraser. Pero no dudaba que ya estaría afilando las uñas para intentar cazar una víctima más indefensa.

Hizo ademán de comentar algo, pero Fraser puso la mano sobre su boca y la amenazó en tono de broma.

—Dejemos de hablar sobre Pamela. Si vuelves a mencionar su nombre esta noche, tendré que tomar medidas drásticas. Y te daré algo más en lo que pensar.

Apartó la mano y Avalon lo miró.

—Sólo iba a decir que si vuelve a aparecer por aquí le sacaré los ojos —sonrió, bajando la mirada—. En cuanto a las medidas drásticas, sólo soy una chica indefensa, y tú un hombre fuerte y poderoso que…

—No tientes al destino —dijo con voz ronca—. Hay una pradera muy prometedora cerca de aquí.

Fraser se inclinó sobre ella y la besó.

—Espera a que regresemos a casa, cariño. El jefe de un clan no debe retozar sobre la hierba con su mejor traje. No sería digno.

La luz de la luna iluminaba su pelo oscuro y reflejaba con claridad el brillo de humor de sus ojos.

—Este jefe de clan, en particular, prefiere la pasión a la dignidad. Sobre todo cuando tiene a una mujer tan arrebatadora como tú entre los brazos.

—Me pregunto de qué color tendrán los ojos nuestros hijos —murmuró—. Los tuyos son azules, y los míos verdes.

—Todas las niñas heredarán el color de tus ojos. Y todos los niños el mío —aseveró con firmeza.

—¿Todos? —rió ella—. ¿Cuántos piensas tener?

—Bueno… Tenemos una casa bastante grande, con multitud de habitaciones.

—Al menos veinte.

Fraser acarició su mejilla con delicadeza, despertando todo tipo de emociones en su interior. Aquel simple contacto significaba más que todas las palabras de amor del mundo.

—Con dos bastará —dijo él—. Una niña tan bella como su madre. Y un niño fuerte y valiente que pueda convertirse en el próximo jefe del clan.

—Te prometo que te los daré —susurró—. Te daré hijos de los que puedas estar orgulloso.

Avalon permaneció en silencio unos segundos, antes de declarar

con determinación:

—Quiero que Kirsty sea su madrina. ¿Podrías pedírselo en mi lugar?

Su elección mereció la aprobación inmediata de Fraser.

—Por supuesto. Estará encantada.

Avalon pensó que todo se lo debía a Kirsty. De no haber sido por ella, no se encontraría con su amor en aquella playa, haciendo planes para el futuro. De no haber aparecido en su habitación para advertirla sobre Pamela podría haber sucedido cualquier cosa. Pero una vez más, intentó apartar lejos de sí el sentimiento de culpa.

Empezaron a pasear de nuevo, agarrados del brazo.

Aquél era un instante que recordaría con el paso de los años, cuando todo estuviera nevado y los troncos ardieran en la chimenea. No podía dejar que nada rompiera la magia del instante. Pero a pesar de todo, había algo que necesitaba saber.

—Por fin he descubierto que todo tiene sentido —comentó de forma enigmática.

—¿A qué te refieres? —preguntó él.

—A lo que dijo Kirsty cuando desperté en su cabaña —contestó, frunciendo el ceño, concentrada—. Dijo que había llegado justo a tiempo, que el clan estaba a salvo del desastre. Eso tiene algo que ver con tu tío, ¿verdad?

Fraser gruñó.

—Supongo que Pamela te lo dijo.

Ella sonrió con inocencia.

—Has sido tú el primero en mencionar su nombre, no yo.

—Sí, bueno… No es ningún secreto que deba ocultar.

Tenía que casarme antes de los treinta y cinco años.

Si no podía proporcionar un heredero al clan para entonces, el liderazgo del clan pasaría al siguiente en la línea de sucesión, es decir, a mi tío. Ese era el desastre al que se refería Kirsty. De haber puesto las manos sobre el pueblo, habría echado a la mitad de la población y vendido sus casas para hacer adosados donde pudieran vivir sus clientes ricos del sur.

—Ya veo —murmuró—. Y no podías dejar que algo así sucediera, ¿verdad?

—No, Avalon, no podía —admitió con seriedad.

Pamela no había mentido en aquel caso. Estaba obligado a casarse. Se mordió el labio e hizo acopio de valor para preguntar:

—¿Quieres decir que te habrías casado con ella? ¿Lo habrías

hecho de ser necesario, para mantener tu posición como jefe del clan?

Fraser respiró profundamente. De inmediato se arrepintió por haberlo colocado en una posición tan delicada.

—Bueno, no importa —añadió.

—No te preocupes —dijo, mirándola—. Sí, lo habría hecho. Me habría casado con ella por mucho que la detestara. En ciertas ocasiones, la responsabilidad de mi puesto me exige que haga sacrificios, por dolorosos quesean.

Avalon pensó con amargura que había estado a punto de obligarlo a sacrificarse por culpa de su ceguera.

—Pamela debía saberlo —murmuró—. Eso explicaría por qué estaba tan desesperada por alejarme del Ceilidh.

Fraser asintió.

—Sí. Su mente funciona así —dijo, recobrando la sonrisa—. Pero si no recuerdo mal, acabo de advertírtelo. Te dije lo que pasaría si volvías a mencionar su nombre.

—Lo sé, lo sé…

Intentó librarse de su abrazo, pero él se inclinó y la besó de forma tan apasionada que consiguió que se olvidara de todo. Avalon inclinó hacia atrás la cabeza y dejó que continuara besándola en el cuello y en los hombros, una y otra vez.

Al final, Fraser se apartó un poco y ella recobró el aliento.

—Estás preciosa a la luz del día —susurró él—. Pero bajo la luz de la luna resultas cegadora.

Avalon sintió un nudo en la garganta.

—Creo que será mejor que cambiemos de conversación antes de que olvidemos dónde nos encontramos —dijo, extendiendo una mano—. ¿Puedes decirme cómo es posible que Kirsty tuviera este anillo? ¡Fíjate! Es precioso, y del tamaño adecuado. Tal y como había dicho.

Fraser sonrió. Sus dientes blancos brillaron bajo la luz de la luna.

—¿Quién puede saberlo? Kirsty hace cosas que no tienen explicación. Si empezara a caminar sobre las aguas nadie se extrañaría.

El sentimiento de culpa asaltó nuevamente a Avalon, de improviso.

—Creo que voy a mencionar de nuevo a Pamela.

—Si es necesario… —gimió él.

—Sí, cariño, debo hacerlo. Debemos empezar nuestro matrimonio sobre ciertas bases. No quiero que existan secretos entre nosotros de ahora en adelante. Y tengo algo que confesar.

Fraser se llevó una mano a la cabeza, horrorizado.

—No me digas que ya estás casada y que tienes dos hijos.

—Estoy hablando en serio —espetó, respirando profundamente —. Dijiste que mi enfrentamiento con Pamela fue la última prueba. Pero no estuve a la altura. Me engañó por completo. De no haber sido porque Kirsty se presentó y me indujo a no confiar en ella, aún estaría sentada en mi dormitorio. No llevaría este collar, ni este anillo de compromiso.

—¿Kirsty subió a tu habitación? —preguntó completamente asombrado.

—Sí.

—¿A qué hora, exactamente?

—Unos cinco minutos después de que llamaras a mi puerta.

Fraser movió la cabeza en gesto negativo.

—Debes haberlo imaginado. Kirsty no salió del salón mientras estuve allí. Cameron es testigo. Precisamente estuvimos charlando los tres sobre ciertas becas para que los niños del pueblo puedan ir a la universidad.

Avalon sonrió.

—Lo siento, cariño, pero te equivocas. Vino a mi habitación, te lo aseguro. Sólo estuvo unos minutos, pero…

No terminó la frase. Su voz se quebró al recordar que había cerrado la puerta con llave, al recordar que no la había oído entrar, ni salir.

—Ahora que lo pienso debes tener razón —dijo, nerviosa—. He debido imaginármelo.

Frente a ellos, más allá del pueblo y en las alturas del Nevay, una llama azul brilló durante unos segundos, antes de desaparecer. Fraser la abrazó y la atrajo hacia si.

—Deben ser los amigos de Kirsty, que están celebrando nuestra unión —murmuró con suavidad a su oído.

—Si —suspiró ella con placer—. Supongo que sí.

Avalon pensó en leyendas y en espíritus. En mujeres que podían predecir el futuro y tener el don de la ubicuidad. Casi podía escuchar las risas de los duendes en el aire tranquilo de la noche. Definitivamente, se dijo que había algo mágico en aquel lugar. Pero la verdadera magia consistía en estar en brazos del hombre que

amaba.

—Volvamos a casa, cariño —murmuró Avalon—. Está empezando a hacer frío.

Fin